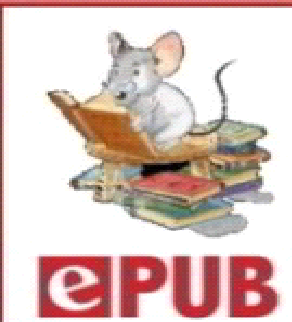
Jean Shinoda Bolen

Autora de ***Las diosas de cada mujer***



Viaje a Avalon

La peregrinación de una mujer en la mitad de la vida





Viaje a Avalon

La peregrinación de una mujer en la mitad de la vida

Jean Shidona Bolen



Jean Shinoda Bolen (n. 1936, en Estados Unidos) es doctora en medicina, psiquiatra, analista junguiana, así como escritora y conferenciante internacionalmente conocida que extrae fuentes de experiencia de la espiritualidad, el feminismo, la psicología analítica, la medicina y lo personal.

Es Distinguished Life Fellow de la American Psychiatric Association y antigua profesora de psiquiatría clínica en la Universidad de California en San Francisco, así como antiguo miembro de la junta de la Ms. Foundation for Women y de la International Transpersonal Association. Recibió el Pioneers in Art, Science, and the Soul of Healing Award del Institute for Health and Healings, y es diplomada por el American Board of Psychiatry and Neurology.

Apareció en dos aclamados documentales, la cinta de antiproliferación nuclear ganadora del premio de la academia Women-For America, For the World, y Goddess Remembered de la National Film Board of Canada.

Página Web Oficial (en inglés)
Wikipedia

El hecho de contar
historias tiene una función muy
importante. El proceso de contar
historias en sí es un proceso sanador,
en parte porque hay unas personas que
están dedicando su tiempo a contarte una
historia que tiene mucho significado para ellos.
Están dedicando su tiempo a hacerlo porque tú
puedes necesitar ayuda, pero no quieren inmiscuirse
en tu vida y se limitan a aconsejarte. Quieren darte un
consejo que sea inseparable de tu ser. Eso es lo que
hacen las historias. Las historias se diferencian de los
consejos en que, una vez las has recibido,
pasan a formar parte de tu alma.
Por eso pueden sanarte.

ALICE WALKEREN
una entrevista sobre su trabajo
en la revista norteamericana
Common Boundary 1990

Resumen

La reconocida analista junguiana Jean Shinoda Bolen relata en esta obra su viaje por Europa en busca de lo sagrado femenino. De su mano conoceremos la catedral de Chartres en Francia, recorreremos Glastonbury en Inglaterra, descubriremos la isla de Iona, situada frente a la costa de Escocia, o encontraremos al Dalai Lama en Holanda. No se trata de un simple diario de viaje, sino de las experiencias más íntimas de la autora en relación con la Tierra, la teología feminista, la arqueología, la espiritualidad de las mujeres, la consciencia planetaria y sobre todo la «consciencia de la Diosa».

Viaje a Avalon es el libro más personal de Jean Shinoda Bolen, en el que también comparte las vivencias que fueron moldeando su vida: la maternidad, la enfermedad, el parendizaje. Al compartir su peregrinaje hacia el encuentro del Grial y la Diosa, Shinoda Bolen revela el significado mitológico de la búsqueda de sentido a mitad de la vida, a la vez que anima a las lectoras y lectores a iniciar su propio camino hacia el despertar espiritual.



INVERNESS
FINDHORN
CLAVA CAIRNS
PLUSCARDEN
IONA
EDINBURGH
LINDISFARNE/HOLY ISLAND
AMSTERDAM
LONDON
GLASTONBURY
PARÍS
CHARTRES

Prefacio

Normalmente imaginamos el Grial como un cáliz; de hecho casi siempre pensamos en el cáliz lleno de vino que Jesús alzó durante la Última Cena mientras decía a sus discípulos: «Ésta es mi sangre...» Sus palabras y sus gestos se rememoran a través del rito de la comunión cristiana.

Cuando lo consideramos como un contenedor de formas redondeadas, el cáliz se convierte en un símbolo de feminidad; la idea de un recipiente lleno de sangre se convierte en una imagen—metáfora del útero de una mujer, y entonces el Grial adquiere otro significado posible: el de un misterioso símbolo femenino, algo transformador y sanador, con una dimensión sagrada o divina de la feminidad. En la más famosa de las leyendas sobre el Grial, aparece un rey herido cuyo reino es una extensión de tierra baldía. Sólo el Grial puede sanar su herida y, hasta que su herida se cure, su reino permanecerá devastado. Sustituyendo patriarcado por «reino», este mito bien podría aplicarse a algunas sociedades actuales. La desforestación, el hambre y los conflictos armados, con todas sus consecuencias negativas, no son nada en comparación con el terrible destino fatal de un planeta expuesto a posibles desastres nucleares o ecológicos que podrían convertirlo en una enorme extensión de tierra baldía.

La leyenda del Grial también tiene una considerable relevancia psicológica. Si vivimos en un terreno espiritual estéril invadido por depresiones, desesperación, miedos, ira, vacío o adicciones, la comprensión de la leyenda puede ayudamos a conocer mejor qué nos aflige y qué puede sanamos.

A las puertas de un nuevo milenio, estamos experimentando una corriente trascendental de suma importancia. Podemos ver a «la Diosa» reapareciendo en todas partes: en forma de preocupación y resacralización del planeta, de una nueva percepción del aspecto femenino de la divinidad, de una consciencia del carácter sagrado y la sabiduría del cuerpo. Las imágenes de diosas emergen en sueños, en el arte y en la poesía. De nuevo consideramos a la Tierra como un organismo vivo, como Gea, la diosa griega de la Tierra.

Yo veo la aparición de esta consciencia de la diosa como un retomo del Grial al mundo, un retomo que por ahora es liminal: es decir, todavía está en el umbral entre los mundos, emergiendo de la niebla, percibido por muchos y sin embargo aún no totalmente presente en la cultura en general. La Diosa se manifiesta a través de momentos sagrados. Para que la Diosa pueda emerger plenamente en la cultura y transformarla, es necesario que suficientes personas sean conscientes de estos sagrados y profundos momentos en los que una mujer y la Diosa forman una unidad: cuando la Tierra, la Diosa, la Madre y la Mujer aceptan y constituyen la divinidad.

La necesidad del retomo del Grial y de la Diosa es, tal como yo experimento su significado, una historia personal y planetaria sobre las heridas y la sanación,

sobre la esperanza y la plenitud.



1. Invitación: una peregrinación

Al abrir el voluminoso sobre que había llegado con el correo del día, encontré una invitación que había de cambiar mi vida: una desconocida me estaba invitando a participar en una peregrinación. Explicaba que yo podría «experimentar mis fuentes espirituales» y con este objetivo me proponía visitar determinados lugares sagrados en Europa. Reconocí algunos nombres de los lugares que me sugería visitar: la catedral de Chartres en Francia, Glastonbury en Inglaterra y lona, una isla situada frente a la costa de Escocia. Además había programado el viaje para que yo pudiera conocer al Dalai Lama, que estaría en Holanda cuando yo llegase. El sobre contenía una carta de invitación con fecha 6 de febrero de 1986 firmada por la señora Elinore Detiger de la fundación Tiger Trust de Holanda, un cheque y un hermoso colgante de oro hecho a mano en forma de *vesica piscis.* Más tarde descubriría que este mismo motivo decoraba el Pozo del Cáliz en Glastonbury, el pozo donde supuestamente se escondió el Grial.

Glastonbury había estado presente en mi imaginación durante años, desde que había tenido un sueño mediante el cual había conectado con este lugar. En Glastonbury existen las ruinas de lo que en una ocasión fue la mayor abadía cristiana de Gran Bretaña, donde previamente había existido la primera iglesia consagrada en honor a María, la madre de Jesús. Glastonbury también era el lugar ficticio desde donde se podía llegar a Avalon, el reino de la Diosa.

De hecho, el sorprendente regalo de la peregrinación tenía sus orígenes en Glastonbury donde, gracias a una serie de coincidencias, mi libro *Goddesses in Everywoman (Las diosas de cada mujer)* había llegado a manos de la señora Detiger. Una mujer de Glastonbury había visitado San Francisco varios meses antes y una amiga suya, que también me conocía a mí, le regaló un ejemplar del libro. Esta mujer se lo había llevado de vuelta a Glastonbury y lo estaba leyendo cuando la señora Detiger la visitó, descubrió el libro y decidió llevar a su autora a Europa. En principio había pensado en invitarme a Europa para hablar del movimiento feminista, y después algo (llamémosle intuición) le hizo ampliar su invitación y organizar una peregrinación.

La invitación llegó cuando yo estaba pasando por unos momentos muy confusos y dolorosos de mi vida. Tenía cuarenta y nueve años y estaba intentando reorientarme. El año anterior me había separado de mi marido tras diecinueve años de matrimonio y ahora me hallaba inmersa en un período de incertidumbre. Era un período de transición y desilusión muy difícil, y sin embargo me ofrecía

una riqueza insospechada. Estaba encontrando refugio en la soledad y, a pesar de la falta de apoyo externo por lo que estaba haciendo, interiormente estaba convencida de que seguía el camino que me indicaba mi alma, aunque ni siquiera podía ver hacia dónde me llevaba. Al igual que cuando se vuelve a experimentar la circulación de la sangre después de que se haya cortado o entorpecido por el frío, en aquellos momentos estaba experimentando unos dolorosos sentimientos de ansiedad contenidos dentro de mi cuerpo desde hacía mucho tiempo y de cuya existencia no me había dado cuenta cuando mi matrimonio llegaba a su fin. Mi intelecto había actuado como defensa; me había refugiado en mi cabeza desconectando totalmente de mis sentimientos. Ésta era mi situación cuando recibí la invitación de la señora Detiger para ir en peregrinación a Europa. Inmediatamente supe que aquélla era una invitación muy especial, no sólo por el contenido de la carta, sino también por la fecha: aquel mismo día del año anterior, mi situación matrimonial había llegado a un punto límite y se produjo un enfrentamiento definitivo que condujo a la separación y el posterior divorcio. Me pregunté qué final o qué principio presagiaba aquella invitación.

Mi carta de respuesta empezaba así:

> Existe un sincronismo tan grande (del cual es imposible que usted tuviera conocimiento) en la fecha de su carta, los planes que me propone, los lugares y las personas que desea que conozca, que estoy más que sorprendida. Siento escalofríos que recorren todo mi cuerpo. En cierto modo, presiento que este viaje es como la continuación de un camino revelador, tal vez un rito de iniciación, y sin duda una introducción a algo que sólo conozco vagamente.

Seguía diciendo:

> Su carta llegó en un período de mi vida que gnósticamente es como una puerta, un momento mítico por lo que respecta a tiempo y lugar (como la aproximación al Monte Análogo, si es que conoce este extraño libro). Me encuentro en un momento de liminalidad, de tránsito entre dos épocas de mi vida, cuando me estoy aventurando psicológicamente a traspasar los límites de «mi mundo conocido», respondiendo a una llamada para vivir mi vida de forma más auténtica aunque ello me cause conflictos e incertidumbre.

El libro al que me refería es *Mount Analogue (El Monte Análogo)* de René Daumal, un pequeño libro que leí durante mi época de estudiante de medicina. Al igual que todas las historias que tocan alguna verdad profunda, había permanecido en mi mente como si se tratara de un sueño que se vuelve a releer mentalmente y sólo más tarde se comprende mejor. El libro relata la historia de un grupo de compañeros que emprenden una expedición en busca de la montaña simbólica por excelencia, el Monte Análogo, que une el cielo y la tierra. El monte está situado en una isla oculta por una curvatura del espacio que deflecta la luz de las estrellas y también las líneas de fuerza del campo magnético de la tierra, constituyendo así «una muralla invisible e intangible: a su alrededor, *todo se produce como si el Monte Análogo no existiera*».

En palabras de Daumal: «Para encontrar la forma de llegar a la isla, uno

debe asumir la posibilidad e incluso la necesidad de llegar hasta ella... En un *determinado momento* y en un *determinado lugar, determinadas personas* (aquellas que saben cómo y desean hacerlo) pueden entrar».

El grupo de compañeros encuentra la isla e inicia el ascenso al monte. A media frase del capítulo quinto, en plena búsqueda, el libro finaliza. La primera versión conocida de la leyenda de Perceval y el Grial, escrita por Chrétien de Troyes, también se termina en plena búsqueda. Daumal murió antes de poder completar su libro. Gracias a algunas notas que dejó, sabemos que el título del último capítulo debía ser: «Y tú, ¿qué buscas?» Ésta es la misma pregunta que yo hago a la audiencia de mis conferencias cuando pregunto: «¿Estáis participando en una expedición en busca del Grial?»Aunque no defina exactamente el significado de esta pregunta, muchas veces noto que provoca una respuesta afirmativa en el interior de muchas personas, quienes responden al significado que el Grial tiene para ellos, a pesar de que nadie sepa con certeza qué es el Grial.

¿Es posible que todos los que respondemos afirmativamente estemos buscando algo que no sólo está ausente de nuestras vidas, sino también de nuestra cultura? El hecho de tener una pista, una intuición, una indicación de lo que buscamos puede acercamos más al Grial. Compartiendo las historias de nuestros viajes personales, nuestros encuentros y lo que aprendemos del Grial, todos podemos contribuir a la posibilidad de recuperar el Grial desaparecido en beneficio del mundo entero. Ésta es mi premisa.

Inicios

Muchos viajes míticos se inician cuando la conjunción de circunstancias excepcionales requieren una respuesta heroica. En el caso de Bilbo Baggins, protagonista de la obra de J. R. R. Tolkien *El Hóbit,* al abrir la puerta de su casa y dejar pasar al brujo Gandalf inicia una aventura que le llevará hasta la guarida de un dragón. En el caso de Psiqué en el mito de Eros y Psiqué, el viaje se inicia después de que ella intente ahogarse en el río pero la corriente la devuelva a la orilla. Pan, el dios de los pastores y rebaños, aconseja a Psiqué que deje de compadecerse por su desgracia y busque a Eros, quien la conduce hasta Afrodita y el reto de completar cuatro misiones inicialmente imposibles. La aventura de Perceval se inicia cuando ve a cinco caballeros vestidos con brillantes armaduras y le deslumbran tanto que los confunde con ángeles (su madre le había dicho que los ángeles eran los seres más bellos aparte de Dios). Al descubrir que son caballeros, decide convertirse en uno de ellos. Ayla, en *El clan del oso cavernario* y *El valle de los caballos,* emprende una aventura en solitario en dos ocasiones: la primera cuando tiene cinco años después de perder a sus padres en un terremoto, y la segunda siendo ya una mujer que emprende un viaje en busca de otras personas como ella.

En *The Hero with a Thousand Faces (El héroe de los mil rostros),* Joseph Campbell escribe que el viaje del héroe se inicia con la Llamada a la Aventura: «La llamada siempre representa el inicio de un misterio de transfiguración, un rito o momento de transformación espiritual, que se completa con una muerte y un nacimiento. Los horizontes conocidos se han ampliado, los antiguos conceptos, ideas y sentimientos ya no nos sirven: ha llegado el momento de traspasar el

umbral».

Ya sea por decisión voluntaria (normalmente en el caso del héroe) o por necesidad (normalmente la situación de la heroína), una persona responde a la llamada, y la esencia de la que está hecha (el alma) emerge a medida que el protagonista se enfrenta a retos y sufre pérdidas durante el viaje.

Atravesar la puerta

En los cuentos, leyendas y relatos de ciencia ficción, el protagonista muchas veces llega a una «puerta» que aparece en un momento especial y también es un lugar especial. En ese preciso momento debe decidir si atraviesa la puerta y supera los límites del mundo conocido o no: el impenetrable seto de espinos que rodea a la doncella dormida sólo se abre una vez cada cien años para permitir el paso del príncipe; el protagonista de un relato fantástico sólo puede atravesar la puerta de las estrellas o la puerta de otra dimensión si llega hasta ella en el momento preciso; al Monte Análago sólo puede llegarse por el este, cuando el sol se pone en el momento del solsticio; y sólo en Glastonbury en la época del rey Arturo podía llamarse a la barcaza que conduciría al pasajero a través de la niebla hasta la isla de Avalon.

La idea de atravesar una puerta se refleja en el término psicológico *«liminalidad»,* que deriva del latín *limen,* que significa «umbral». El escritor y analista jungiano Murray Stein describe las transiciones de la madurez como períodos de liminalidad, que yo considero que describen acertadamente esas épocas de nuestras vidas en que nos encontramos en una zona «intermedia», un estado en que no somos ni quiénes éramos ni quienes seremos. Es como permanecer de pie en el umbral de una puerta, o hallarse en un pasaje o incluso en un largo y oscuro túnel, entre dos etapas de nuestras vidas.

En estas épocas, a menudo estamos muy sensibles y somos muy vulnerables, además de estar psicológicamente receptivos al nuevo crecimiento. La mayoría de nosotros hemos pasado por esta situación durante la adolescencia, otra época de transición y grandes cambios. Durante estas épocas nos parecemos a una serpiente, el antiguo símbolo de transformación, que debe perder su antigua piel para crecer, y mientras desarrolla una nueva piel es vulnerable, irritable e incluso temporalmente ciega.

Durante las épocas de transformación, es posible que también pasemos por un estado psicológico liminal, que es lo que describe el poeta T.S. Eliot cuando escribe: «el punto de intersección de la ausencia de tiempo con el tiempo», ese punto de sensibilidad poética donde destellos de lo eterno se solapan con la percepción ordinaria. Aquí se unen el mundo espiritual invisible y la realidad visible; aquí la posibilidad intuitiva se encuentra en el umbral de la manifestación tangible.

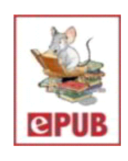
Durante estas épocas liminales, a menudo somos conscientes de la presencia de *«sincronismos»,* término acuñado por C. G. Jung para describir las coincidencias entre nuestro mundo interior subjetivo y los acontecimientos externos. Las sincronicidades como la inesperada y oportuna aparición de una persona o una oportunidad significativa a menudo nos proporcionan la opción de decidir.

¿Responderemos? Y si lo hacemos, ¿entraremos en una nueva etapa de nuestra vida?

Piensa en el momento de tu vida en que apareció un importante profesor, oportunidad o amor. En otro momento, tal vez no habrías respondido igual ante la misma persona ni la misma oportunidad. En períodos de estabilidad, estamos demasiado ocupados o concentrados en lo que nos rodea para responder a la llamada de la aventura. Simplemente no estamos disponibles. También pasamos por períodos de agotamiento en que no podemos responder a nada nuevo por muy atractiva que sea la invitación. Este comportamiento psicológico es análogo a la fisiología de la conducción nerviosa. Un estímulo no provocará la respuesta de un nervio mientras éste ya esté «excitado» e implicado en una conducción, ni tampoco inmediatamente después, cuando la neuroquímica imprescindible está agotada.

Una persona sólo responderá a la llamada de la aventura o del amor, y a las lecciones que inevitablemente comportarán estas experiencias, cuando esté disponible. El dicho oriental «Cuando el alumno esté preparado, vendrá el maestro» describe esta conexión sincrónica entre la disponibilidad interna y los acontecimientos externos.

La invitación de participar en la peregrinación llegó en uno de estos momentos. Yo estaba receptiva y abierta a lo que pudiera venir a continuación. Mis hijos adolescentes pasaban la mitad del tiempo con su padre y podrían quedarse con él mientras yo estuviera fuera. Sin dudarlo, decidí traspasar la puerta y convertirme en una peregrina.





2. Encuentro: el Dalai Lama

Cuando emprendí mi viaje hacia Europa, nerviosa ante la idea de que mi primera experiencia fuera una audiencia privada con el Dalai Lama, me preguntaba si experimentaría un «impacto de guru», que es la expresión que yo utilizo para referirme al impacto que la gente afirma experimentar cuando conoce a su guru. Porque yo iba a conocer a una leyenda viviente y gran líder espiritual. ¿Qué podía esperar? ¿Cómo sería? Me sentía como Perceval iniciando su viaje en busca del Grial, e imaginaba que durante aquel viaje tal vez demostraría que era una pobre inocente que, al ver los equivalentes de las maravillas del castillo del Grial, no sabría qué preguntas formular.

Justo antes de partir hacia Europa, la librería que suelo frecuentar puso a la venta la biografía *Gran Océano: el Dalai Lama.* Lo compré (yo llamo a este tipo de experiencia «sincronicidad literaria»: a menudo ocurre que el libro adecuado aparece precisamente cuando lo necesitas) y descubrí que el nombre completo del Dalai Lama es Tenzin Gyatso, su Santidad el XIV Dalai Lama del Tíbet. Se le considera un bodhisattva, un alma que ha alcanzado la iluminación en una vida anterior y ha decidido voluntariamente reencarnarse en la Tierra para ayudar a los demás. Antes de la invasión del Tíbet por parte del ejército comunista chino en 1959, era el líder espiritual y dirigente temporal de su país, y ahora lideraba un gobierno en el exilio desde Dharmsala, India. También me interesó descubrir que sólo es un año mayor que yo y que se le considera una encamación o manifestación (palabra que él prefiere) de Chenrezi, la divinidad de la compasión y del corazón.

Una audiencia privada

Llegó el día en que había de conocerle, y la «audiencia privada» resultó ser una reunión informal en un castillo holandés. Le esperábamos un grupo de aproximadamente doce personas. El Dalai Lama entró en la sala vestido con un manto de color granate sobre una túnica amarilla, seguido por otros monjes vestidos de forma similar. Nos estrechó la mano y saludó a cada uno de los presentes. Cuando llegó mi tumo de saludarle, me miró fijamente, sonrió, me estrechó la mano, dijo «hola» y emitió una especie de risita alegre y sofocada, parecida a los sonidos de un bebé feliz, que jamás había oído emitir a ningún adulto.

Se sentó entre nosotros. Hablaba un perfecto inglés y se mostró abierto a

cualquier pregunta. Teníamos la oportunidad de preguntarle *cualquier* cosa. ¿Qué le preguntarías al Dalai Lama, especialmente si recordaras a Perceval, quien al ver el Grial fue incapaz de formular una pregunta, causando así la desaparición del Grial, que el rey no se curara y pasaran muchos años antes de poder volver a verlo?

Yo tenía una pregunta que era algo más que esotérica. Sin embargo era la única pregunta auténtica que juzgaba digna de la ocasión. Cuando preparaba mi libro *Gods in Everyman (Los dioses de cada hombre)*, me había preguntado si existía alguna relación entre el Tíbet y el dios griego Apolo, cuyo templo acogía el Oráculo de Delfos. Me preguntaba si los tibetanos eran los «Hiperbóreos» a los que se referían los griegos, cuyo nombre significaba «Más allá del viento del norte» o «Más allá o por encima de las montañas». Se decía que Apolo visitaba todos los años a los Hiperbóreos durante tres meses. Los historiadores de la época consideraban que era un lugar real.

También recordé que había leído en su biografía escrita por Roger Hicks y Ngakpa Chogyam que parecía existir un vínculo de unión entre el Tíbet y los indios hopi. Cuando el Dalai Lama visitó Estados Unidos en 1979, se había entrevistado con un grupo de ancianos hopi, quienes señalaron que su llegada había convertido en realidad una antigua profecía del pueblo hopi. «Según la tradición hopi, el eje central del mundo pasa por su tierra y por el Tíbet. Después de mil años de prácticas religiosas hopi, un gran líder espiritual llegaría de Oriente: sería el Hermano del Clan Sol, y su nombre estaría relacionado con la sal marina. "Dalai" significa "gran océano", y "Gyatso" significa "océano"». También existe una profecía tibetana equivalente: «Cuando el pájaro de hierro vuele y el caballo cabalgue sobre raíles, el Dharma (enseñanzas) viajará al oeste hacia la tierra del hombre rojo... Existen muchas otras semejanzas entre la cultura hopi y la tibetana, incluyendo algunas muy curiosas: la palabra hopi para designar a la luna es la misma que la tibetana para referirse al sol y viceversa».

Puesto que el Tíbet, Delfos y el pueblo hopi eran o son centros espirituales donde se valoran las profecías y los rituales, me parecía lógico que pudiera existir alguna relación entre ellos. En mi mente yo visualizo estos lugares como centros de luz, unidos por haces de luz que surcan el planeta y conectan lugares sagrados. Sin duda la distancia geográfica no representaba ninguna barrera para la gente, que habría podido comunicarse mediante telepatía o experiencias no corporales.

Así pues, esperando sus comentarios, le pregunté si los tibetanos eran los Hiperbóreos y qué relación existía entre el Tíbet, Delfos y los hopi.

El Dalai Lama escuchó atentamente mi pregunta, dijo «mmmmmmm» y después permaneció en silencio y sonrió, dejándome con mi propia intuición e imaginación.

Reflexiones sobre el encuentro

El impacto de mi reunión con el Dalai Lama vendría más tarde. Lo importante no eran las palabras, sino su presencia. Yo había acudido a la audiencia

pensando que no podía permanecer en silencio como Perceval, de modo que formulé la única pregunta que tenía en mente. Sin embargo, al continuar con mi peregrinación, me di cuenta de que las preguntas del Grial (las que Perceval no formuló) eran las importantes: «¿Qué os aflige?» y «¿A quién sirve el Grial?». Además, eran preguntas que no debía formular al Dalai Lama, sino a mí misma; preguntas que todos debemos hacemos si queremos liberamos de lo que nos aflige. Si formulamos las preguntas adecuadas, podrán surgir respuestas. Si buscamos el Grial, tendremos la oportunidad de encontrarlo porque, tal como aprendo constantemente, el misterioso y sanador Grial está escondido en las personas, los lugares y las experiencias.

Mientras pensaba en el significado del encuentro con el Dalai Lama, recordé de nuevo el adagio: «Cuando el alumno esté preparado, vendrá el maestro». En este caso, cuando yo estaba receptiva a lo que él simbolizaba, vino la inspiración. Con su jovialidad y risa inconsciente transmitía la espontaneidad de un niño feliz y confiado, y demostró ser un maestro sabio y comprensivo. A lo largo de los últimos diez años, yo había perdido la espontaneidad, la capacidad de maravillarme y la vulnerabilidad que tuve una vez. Necesitaba estar en contacto con la niña que habitaba en mi interior, quien realmente podía experimentar mis sentimientos y actuar guiándose por ellos. Me di cuenta de que «lo que me afligía» estaba íntimamente relacionado con lo que podía sanarme. Y cuando pudiera ser tan inconsciente como una niña confiada, capaz de reaccionar espontáneamente siguiendo las indicaciones de mi intuición, también descubriría que estaba en contacto con la sabia mujer que sabía lo que había de verdadero en mí, como de forma tan bella ejemplifica el Dalai Lama.

Cada vez que descubro una verdad personal como ésta, me doy cuenta de que siempre había estado allí. En otras palabras, es una sabiduría que está a nuestra disposición, que todos podemos redescubrir si somos capaces de prestarle atención. La relación entre las palabras sabias, el niño confiado y la sabiduría, por ejemplo, es arquetípica. Cuando leemos que Jesús dijo que debemos ser como niños para entrar en el Reino de Dios, que está a nuestra disposición, sus palabras cobran sentido; para percibir algo divino se requiere la capacidad de maravillarse y sorprenderse, tan característica en los niños inocentes que todavía ven el mundo como un lugar mágico.

El arquetipo del niño mágico aparece en los sueños de las personas que están entrando en contacto con el sentido o la creatividad de sus vidas y sienten que puede existir un destino personal que deben cumplir. En sus sueños tal vez dan a luz a un niño especial o conocen a un niño que es excepcional: el niño de los sueños puede ser un hermoso recién nacido del tamaño de un bebé de dos años o un niño que observa a la persona que sueña y habla; también es posible que una voz anuncie al bebé pronunciando su nombre. Al despertar, la persona que soñaba recordará el sueño como una experiencia agradable y a menudo confusa: ¿quién es ese niño?

Estos sueños suelen aparecer en conjunción con una nueva conexión con el arquetipo del Yo, el arquetipo que nos permite adquirir un sentido de unión con algo muy superior a nosotros. El sueño aparece junto con la posibilidad de una

nueva vida. El alma está despertando.

La figura simbólica que anuncia un nuevo comienzo o encama la promesa de transformación puede aparecer en un sueño oculta bajo cualquier forma, no sólo en forma de niño. Cuando tenemos un sueño de este tipo, escribe Joseph Campbell en *The Hero With a Thousand Faces (El héroe de las mil caras),* «existe un ambiente de irresistible fascinación por la figura que aparece repentinamente como guía, marcando el inicio de una nueva etapa, una nueva era, en la biografía personal. Aquello a lo que el individuo debe enfrentarse, que en cierto modo resulta muy familiar para el subconsciente —aunque desconocido, sorprendente e incluso aterrador para la personalidad consciente— se da a conocer a sí mismo».

En ocasiones, alguien aparece realmente en nuestras vidas y sobre esta persona proyectamos una parte del sueño de quiénes podríamos llegar a ser. Esta persona puede ser tan simbólica como la figura de un sueño y posee la misma cualidad: la promesa de un nuevo sentido y una nueva vida. Nos atrae con una promesa, la promesa de sanamos, que podemos intuir o no en ella. Si yo hubiera proyectado sobre el Dalai Lama la posibilidad de que él podía sanarme, hacerme alcanzar la plenitud y evocar a la divinidad que hay en mí, seguramente habría experimentado lo mismo que otras personas cuando conocen a su guru: me habría «enamorado» de él. Pero eso no ocurrió.

No sólo los gurus reciben estas proyecciones, sino también los psicoterapeutas o cualquier individuo que adquiere un carácter superior e irresistiblemente atractivo. Cuando nuestra alma recibe una llamada, nos enamoramos de la persona (que puede ser del mismo sexo o del opuesto) sobre la cual proyectamos el anhelo de ser vistos y amados como seres bellos y divinos.

Mientras algunas personas que captan estas proyecciones y nos cautivan pueden tener cualidades que reflejen esta proyección, en el caso de otras personas no sucede lo mismo y no ven lo que nosotros estamos viendo: no están «enamoradas» como nosotros. Cuando proyectamos nuestra alma sobre otra persona, nos apartamos de nuestras vidas mundanas absorbidos por una increíble atracción: es una llamada espiritual, erótica y misteriosa que provoca una fuerte reacción en nuestro interior y tiene el poder de trastornar nuestras vidas. Esta atracción puede parecer destructiva, como la atracción que arrastra a las mariposas nocturnas hacia la luz, porque a continuación normalmente se experimenta una etapa de desestructuración y redistribución de prioridades, la muerte metafórica de una etapa de nuestras vidas. Esto también puede conducir a la desilusión si las proyecciones no pueden mantenerse. ¿Qué ocurre cuando esa persona resulta no ser tan mágica, maravillosa o espiritual como habíamos imaginado? Entonces podemos vemos sumidos en un período de confusión o tinieblas que se apodera de nuestra alma.

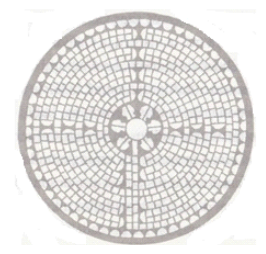
Debido a la necesidad, pocas veces reconocida, de vivir una vida espiritualmente plena y emocionalmente auténtica, proyectamos nuestra alma sobre alguien, algo o alguna creencia que entonces nos atrae. Si la nueva perspectiva o atracción trastorna nuestras vidas y lo que nos alejó de nuestra antigua estabilidad pierde su magia, nuestra alma cae vertiginosamente por un profundo y oscuro pozo. Como en el caso de los caballeros de la Mesa Redonda

que vieron el Grial en Camelot y emprendieron su busca, la atracción y la pérdida pueden ser experiencias iniciáticas que nos conduzcan hacia terrenos psicológicos y espirituales inexplorados y desconocidos. Muchos adultos que pasan por un período que otros califican erróneamente de crisis de la mediana edad se encuentran en realidad en una etapa de búsqueda espiritual. Yo pasaba por una etapa de este tipo.

Cuando recibí la invitación para participar en una peregrinación, mi matrimonio se estaba deshaciendo y yo estaba sola; ya no seguía un camino claro y bien definido. Mi relación con una organización que fomentaba la espiritualidad de las mujeres había despertado en mí un profundo deseo de vivir una vida más auténtica; jamás pensé que esto implicaría la destrucción de mi matrimonio, pero así ocurrió. El libro que había escrito como un texto psicológico sobre los arquetipos de diosas en las mujeres había sido un gran éxito de ventas. Al evocar imágenes de las diosas griegas, había fomentado la recuperación de una consciencia de diosas en las mujeres; era como si hubiera abierto una puerta de comunicación con un mundo paralelo donde la divinidad tenía rostro femenino, donde el cuerpo y la tierra eran sagrados y los hechos cotidianos se ensalzaban mediante ritos espontáneos, y yo fui una de las primeras que atravesó esa puerta. La idea de participar en una peregrinación en aquel preciso instante de mi vida me hacía estremecer porque lo experimentaba como una continuación y afirmación de la búsqueda que inconscientemente ya había iniciado. Sentí una llamada que incitaba a mi alma a partir en busca del Grial.

La misteriosa búsqueda del Grial puede encubrir muchas atracciones para el individuo, ya sea con respecto a un nuevo compañero o un nuevo proyecto del alma. Cuando ocurre esto, existe un aura de promesa alrededor de esa nueva persona o proyecto.

Cuando comprendemos esto podemos apreciar elementos de la leyenda del Grial que nos ayudarán a percibir el enorme poder de la llamada, así como el potencial de emprender la búsqueda y perdemos en el bosque sin tan siquiera saber qué es exactamente el Grial que buscamos.



3. Despertar: la Catedral de Chartres

Dediquemos un pensamiento a aquellos que, siglo tras siglo, asumieron el papel de peregrinos, tanto si eran paganos como cristianos, y emprendieron el viaje por carreteras que apenas eran senderos, cruzando ríos difícilmente vadeables, atravesando bosques repletos de lobos hambrientos, a través de pantanos de arenas movedizas infestados de venenosas serpientes siempre al acecho; sujetos a la lluvia, tormentas de viento, granizo, heladas y el sol abrasador; teniendo como único cobijo durante la noche la capa con que se cubrían la cabeza; todo esto habiendo dejado a su familia y su hogar sin saber si volverían a verlos de nuevo, para alcanzar al menos una vez en la vida un lugar donde habitara la divinidad.

LOUIS CHARPENTIER, Los misterios de la Catedral de Chartres

De todas las visitas a lugares sagrados que la señora Detiger había planeado para mí, la visita a la Catedral de Chartres era la que con más ilusión esperaba. La Catedral de Chartres me había atraído mucho desde que cursé historia del arte en la escuela de Pomona. En la clase a oscuras, había podido contemplar las majestuosas vidrieras, los contrafuertes volantes y los altísimos arcos proyectados en la pantalla; en un curso que intentaba familiarizamos con el arte desde la antigua greda hasta nuestros días, Chartres tenía un encanto especial para mí por ser la expresión sin precedentes de la arquitectura y el pensamiento floreciente del siglo XII. Recuerdo que los historiadores no ocultaban su perplejidad por la construcción de tantas catedrales góticas en un período de tiempo relativamente corto, puesto que su construcción requería una exacta combinación de esfuerzo, talento, energía y recursos económicos que parecía superar los límites de lo posible. De todas aquellas catedrales, la de Chartres permaneció vivamente grabada en mi memoria. Ahora finalmente tendría la oportunidad de contemplarla con mis propios ojos.

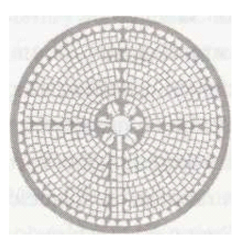
A diferencia de los enormes barcos utilizados por los peregrinos de épocas pasadas, yo sólo tuve que realizar un corto trayecto en avión desde Ámsterdam hasta París y después un paseo en automóvil desde París hasta Chartres. Llegué a Francia en primavera y París estaba precioso. Inicialmente había de acompañarme una guía con quien debía encontrarme en la Universidad Americana. Sin embargo la guía había sufrido un accidente y una señora americana a quien le encantaba la catedral se ofreció para llevarme hasta ella pero, una vez allí, estaría sola.

A la mañana siguiente me recogió frente al elegante hotel donde me hospedaba. Saliendo de París, tomamos una autopista que se abría camino entre los campos y los pequeños pueblos que constituían un bucólico paisaje. El horizonte aparecía despoblado hasta que tomamos una curva bastante empinada y

entonces, inesperadamente cercana y contrastando fuertemente con el rural paisaje, apareció la silueta de la Catedral de Chartres. Contuve la respiración como se hace instintivamente en presencia de una gran belleza o misterio.

Lo único que recuerdo a continuación es que ya estábamos allí. Entré en la catedral de magníficas proporciones y encontré un grupo de visitantes apiñados alrededor de una guía que hablaba en inglés. Me acerqué a ellos y escuché durante unos minutos, hasta que me di cuenta de que aquello no era lo que quería hacer. Sabía que en algún lugar del suelo había un laberinto y empecé a buscarlo. Lo encontré dibujado en el centro de la nave principal, ocupando un área circular casi tan ancha como la nave. Sobre el laberinto había varias hileras de sillas de madera, de modo que casi no podía advertirse su existencia. Decidí entrar en el laberinto, lo cual significaba que primero debía retirar todas las sillas una por una.

Aquel laberinto no era de los que en ellos se pierden los visitantes. No había ningún túnel sin salida, sino un camino que recorría toda el área y me condujo hasta el centro que, con su círculo y sus seis lóbulos, semejaba una estilizada flor con pétalos. El camino hacia el centro era el tallo. La enciclopedista Barbara G. Walker comenta que este diseño se asocia con Afrodita, la diosa griega del amor y la belleza.



Más tarde supe que los laberintos solían construirse en grutas ya existentes y se situaban en la entrada. En la fría y débil luz del interior de la catedral, presidida por su gran bóveda, uno podía imaginar que se encontraba en una gruta de techo muy alto, con sus columnas de estalactitas y estalagmitas y un misterioso laberinto bajo el suelo. Este símbolo de la tierra y la diosa no sólo puede encontrarse en Chartres, sino en al menos veinte otras catedrales repartidas por toda Europa, como por ejemplo Poitiers, Toulouse, Reims, Amiens, Caen, Colonia y Ravenna. Descubrí que la Catedral de Chartres, como muchos otros templos dedicados a la Virgen María, se construyó en un lugar de peregrinación que, mucho antes de la aparición del cristianismo, estaba dedicado a diosas paganas.

En Chartres se dedicaba una especial veneración a María. La palabra *venerate* esconde el nombre de la diosa Venus, el nombre utilizado por los romanos para designar a Afrodita. Émile Male, un gran experto en Chartres, escribe que «era el gran centro de adoración a la Virgen; la catedral parecía ser su morada en la tierra. En Chartres, cuando se cantaba el himno "O Gloriosa" en su honor, todos los verbos se conjugaban en tiempo presente para demostrar su presencia».

Henry Adams, cuyo libro *El Monte Saint-Michel y Chartres* es un clásico, concluye que «Chartres representa no la Trinidad, sino la identidad de la Madre y el Hijo». La catedral en honor a María se construyó en un lugar donde, mucho

antes de la aparición del cristianismo e incluso antes de los griegos y sus divinidades, ya se veneraba a la Diosa. La Gran Diosa tenía una miríada de nombres. Aquí en Chartres se continúan venerando sus cualidades de virgen y madre sólo que, en lugar de llamarla Isis, Tara, Demeter o Artemis, se le ha dado el nombre de María.

Del mismo modo en que los lugares donde se adoraba a la Diosa se convirtieron en iglesias cristianas, también se adoptaron los símbolos utilizados. Antes de convertirse en el símbolo de María, por ejemplo, la rosa roja abierta se asociaba con Afrodita y representaba la madurez sexual. En Chartres, catedral dedicada a la Virgen María, abundan las rosas. La luz penetra en el edificio a través de tres enormes y bellas rosas dibujadas en las vidrieras de colores, y una rosa simbólica preside el centro del laberinto. El recorrido del laberinto mide exactamente 666 pies de longitud. Según Barbara Walker, el seiscientos sesenta y seis era el número sagrado de Afrodita. En la tradición cristiana se convirtió en un número diabólico.

En el lado oeste del crucero sur, otro misterio se construyó dentro de la catedral. Este lugar, según Charpentier, quien escribe sobre las cualidades esotéricas de la Catedral de Chartres, es «una losa rectangular, colocada en posición oblicua con respecto a las demás, cuya blancura destaca en contraste con el tono gris que domina en el resto del pavimento. Destaca especialmente por una brillante almilla de metal dorada» (la pieza de inserción de una ensambladura). Todos los años, en el solsticio de verano (aproximadamente el día 21 de junio), un rayo de luz penetra a través de un espacio transparente de la vidriera dedicada a san Apolinar y alcanza esta losa en el punto exacto del mediodía. Al igual que la existencia de un laberinto, la particularidad de esta losa indica que en esta catedral cristiana se han seguido practicando importantes ritos telúricos propias de las épocas de culto a la Diosa.

Después de recorrer el laberinto con algunas dificultades y muy poca concentración meditativa, paseé por la catedral observando todo lo que había por ver. En aquel momento ya no era una peregrina, sino una turista más. Antes de emprender el viaje, supe que en Chartres se habían encontrado un pozo druídico y una virgen negra. De hecho, la mayoría de lugares destinados al culto de la Diosa suelen contar con pozos o manantiales sagrados. Decidí investigar la posibilidad de visitar la cripta subterránea y descubrí que la mujer que atendía la pequeña tienda de recuerdos situada junto a la catedral conducía a pequeños grupos al interior de la cripta.

Cuando llegó el momento de iniciar la visita, la mujer cerró la tienda y nos condujo a un reducido grupo hacia una puerta lateral de la catedral, que abrió con una llave, y descendimos hasta estar situados debajo de la iglesia. La mujer hablaba en francés, idioma que yo no entiendo, pero leí una descripción en inglés de lo que nos estaba enseñando y oí parte de la traducción que otros miembros del grupo hacían de lo que ella estaba diciendo. Del rostro de aquella mujer habían desaparecido la amabilidad y el aburrimiento de la dependienta de una tienda de recuerdos. Allí, en la cripta, una intensa pasión se había apoderado de ella. Sin lugar a dudas, estábamos con una persona que amaba aquel lugar. Sus gestos y su

comportamiento habían cambiado. Mientras la observaba, pensé que podría haber sido un fraile medieval vestido con hábito y una cuerda alrededor de la cintura. Y, quién sabe, tal vez lo fue.

En la cripta hay efectivamente un pozo, ahora cubierto con una tapa cerrada con llave, que es tan profundo como alto es el capitel de la catedral. Se trata de un antiguo pozo celta de unos treinta y tres metros de profundidad que una vez formó parte de una gruta. En aquella estancia fría, húmeda, oscura y de bajo techo situada debajo de la catedral, resultaba muy fácil imaginar la sensación de estar en una gruta. Muchos años antes de la era cristiana, los peregrinos que visitaban este lugar afirmaban que junto al pozo existía la imagen, esculpida en el tronco hueco de un peral, de una diosa negra con un niño sentado en su regazo. Podría haber sido la representación de la diosa egipcia negra Isis con su hijo Horus. Isis fue probablemente la divinidad negra original, cuyo culto se extendió por toda la civilización grecorromana. En la actualidad, en la catedral también se conserva la imagen de una virgen negra. Se trata de la tradicional representación católica de María con una corona, pero su rostro es de color negro.

Cuando finalizó la visita a la cripta, entré de nuevo en la catedral. Sin embargo esta vez algo había cambiado en mí. Ya no era una turista: me había convertido en peregrina. El descenso a la gruta me había causado una fuerte impresión y, casi como a modo de respuesta, mientras caminaba por la catedral por segunda vez, el organista empezó a tocar y el majestuoso sonido del órgano pareció vibrar a través de las piedras y de mí misma.

Pensé que ya no estaba observando mi alrededor con los ojos y la mente de forma objetiva, sino que estaba experimentando el ambiente del lugar a mi manera, percibiendo la energía de la catedral con mi cuerpo, respondiendo quinestéticamente. Por primera vez en mi vida, sentí que actuaba como un diapasón o la vara de un zahorí. Notaba algo que no era presión, vibración ni calor, y sin embargo parecía tener cualidades de las tres cosas; algo que localizaba en el centro de mi pecho, entre mis senos, e irradiaba en todas direcciones. Mientras caminaba por la catedral, noté que lo que ya empecé a llamar «el efecto diapasón» era más intenso en algunos lugares que en otros. La intensidad alcanzó su punto álgido cuando me detuve en la intersección entre la nave y los cruceros frente a un altar acordonado para impedir el paso.

Quieta allí de pie, noté como si una fuerza extendiera y tirara de mis brazos, y tuve una repentina visión: si yo fuera del mismo tamaño que la catedral, estuviera en posición horizontal y mis brazos tuvieran la misma longitud que los cruceros, el laberinto estaría situado en la posición correspondiente a mi útero. El laberinto era el «seno» de la catedral.

Despertar

Cuando una nueva vida empieza a formarse en el seno de una mujer y la madre nota que su hijo se mueve dentro de ella por primera vez, se dice que el bebé está «despertando». La misma palabra también se asocia a los peregrinos, que visitan lugares sagrados para despertar la divinidad que hay en ellos, para experimentar un despertar espiritual, recibir una bendición o curarse. El peregrino

emprende un viaje con espíritu receptivo y tiene la esperanza de hallar la divinidad. Y, como yo empezaba ya a notar por mi respuesta «diapasón» en Chartres, la peregrinación a un lugar sagrado es una experiencia espiritual que se vive dentro del cuerpo, tal como fueron mis embarazos.

Existe la creencia de que los espíritus divinos se encaman en lugares sagrados porque las divinidades están presentes allí y además penetran la materia del lugar, impregnando o despertando la esencia divina del peregrino. En Europa, los destinos de los peregrinos cristianos son casi siempre lugares que, antes de la aparición del cristianismo, estaban consagrados a grandes diosas.

Charpentier señala que la Catedral de Chartres se construyó en un lugar que previamente había sido uno de los santuarios druídicos más importantes, en un monte o elevación donde había un bosque sagrado y un pozo que llevaba por nombre «El Pozo del Fuerte». Aquí, tallada en un tronco de peral, existió la estatua de una mujer o diosa negra con un niño sentado en sus rodillas, y se considera que los druidas la construyeron antes del nacimiento de Cristo.

El poder del lugar reside en su localización. Aquí es donde los antiguos acudían para recibir «el regalo de la tierra; algo que la tierra da como una madre». Aquí las facultades espirituales humanas se despertaban gracias a lo que los galos llamaban el *wouivre,* las corrientes telúricas (magnéticas o cósmicas) que surgen de la tierra y se representan simbólicamente en forma de serpientes. En los lugares donde estas corrientes eran especialmente intensas, se colocaban dólmenes o megalitos (grandes rocas).

Basándose en fuentes esotéricas e históricas, Charpentier afirma que una corriente especialmente intensa llega a su destino bajo la colina donde se edificó la Catedral de Chartres y señala la poco habitual orientación del edificio hacia el noroeste (las catedrales suelen estar orientadas hacia el este). El autor afirma que en la colina podría estar enterrado un dolmen o una piedra megalítica y esto confiere un especial carácter sagrado a la tierra donde se edificó la catedral, ya que Chartres, a diferencia del resto de catedrales repartidas por todo el territorio francés, es la única donde no hay ningún cuerpo enterrado.

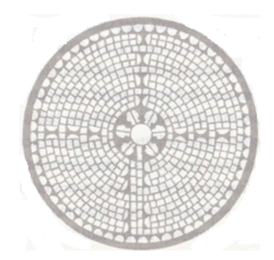
Al pensar en el significado del término *wouivre,* otras imágenes acudieron a mi mente: la del famoso bajorrelieve de una diosa griega no identificada (que podría ser Demeter, la diosa de la agricultura y madre de Perséfone) surgiendo de la tierra con una serpiente, trigo y flores en cada mano; la de una estatua minoica de una diosa o sacerdotisa con los brazos extendidos y sujetando una serpiente con cada mano; la de las estatuas de Atenea con serpientes en su escudo o el dobladillo de su túnica, reminiscencias de sus orígenes preolímpicos. ¿Es posible que la gran Diosa, que en sus diversas manifestaciones era la Diosa de la Tierra / Madre Tierra, fuera la proveedora de energía sagrada (las serpientes) así como de flores y trigo? Esto explicaría las imágenes.

En algunas religiones orientales, la energía sagrada, llamada *kundalini,* también se simboliza con una serpiente que yace dormida en la base de la columna vertebral (como si se tratara de un reconocimiento al significado de este punto del cuerpo humano, en anatomía occidental llamamos «hueso sacro» al conjunto de vértebras soldadas que protegen el final de la médula espinal) hasta que despierta

y recorre los diferentes chakras del individuo gracias a determinadas prácticas espirituales. Según la medicina oriental, el cuerpo humano (como la Tierra) está atravesado por meridianos, cuyas intersecciones son puntos de acupuntura. Estos puntos pueden estimularse para aliviar el dolor y restaurar el equilibrio y la armonía del cuerpo.

Durante mi peregrinación conocí la existencia de las corrientes telúricas y experimenté por primera vez esta energía que está presente en lugares donde los humanos han adorado a sus divinidades durante miles de años, y se me ocurrió que estos lugares sagrados son los «puntos de acupuntura» de la Tierra. Pero yo sigo experimentado el fenómeno diapasón, y por consiguiente sintonizo con el entorno dondequiera que esté. Simplemente dejo mi mente en blanco e intento experimentar la reacción de mi cuerpo. Sintonizo con la consciencia instintiva de la calidad de la energía que impregna un lugar, una intuición sensorial que se extiende a las personas, los animales, los árboles e incluso las rocas. En Irlanda, por ejemplo, «conocí» grandes rocas colocadas en posición vertical y cada una de ellas me pareció como una antigua presencia sabia y serena. En una isla griega atravesé una arboleda situada en un barranco, y la energía del lugar era de tan mala calidad que no pude soportar permanecer allí.

La señora Detiger considera que cuando visitamos lugares sagrados no sólo ellos nos afectan a nosotros, sino que nosotros también despertamos su energía aletargada. Tal vez sea cierto. Tal vez el aborigen australiano cuya labor sagrada consiste en cantar la canción que mantiene el alma de la Tierra en vida no sea supersticioso e ignorante, sino que esté haciendo precisamente eso. Tal vez podemos sintonizar con la naturaleza, tal vez la comunión con la naturaleza es un diálogo sagrado del cual depende el desarrollo espiritual de nuestra especie. Sólo durante el transcurso de mi peregrinación me di cuenta de que existían todas estas posibilidades y empecé a establecer una relación consciente con la Tierra como madre: un ser vivo hecho de materia y energía, igual que nosotros, con nuestros cuerpos visibles y mentes invisibles.



4. La leyenda del Grial: el viaje espiritual

Tanto una peregrinación como la búsqueda del Grial son viajes externos y experiencias internas al mismo tiempo. Tanto el peregrino como el caballero abandonan sus vidas habituales y parten en busca de algo que echan en falta, no necesariamente sabiendo lo que es. Éste es el caso del Grial. Cuando inicié esta peregrinación con la leyenda del Grial en mente, era consciente de que la historia en sí es bastante esquiva: existen múltiples versiones, interpretaciones y contradicciones, y yo iba a añadir mis propias contribuciones.

Si *somos seres espirituales que seguimos un camino humano en lugar de seres humanos que seguimos un camino espiritual,* lo cual intuitivamente creo que es cierto, entonces la vida no sólo es un viaje, sino también una búsqueda o peregrinación. Cuando experimentamos momentos sagrados, en la mayoría de los casos no se trata tanto de lugares de la geografía externa como de descubrir rincones espirituales en nosotros mismos. El laberinto como imagen y la leyenda del Grial como historia son metáforas que pueden ayudamos a ser conscientes de las dimensiones espirituales de nuestra vida personal.

Empecé a pensar que el laberinto de Chartres podía servir como mapa simbólico o metáfora de la peregrinación. Cuando entramos en él, los valores habituales de tiempo y distancia son inmateriales, hemos iniciado un ritual y un viaje donde la transformación es posible; no sabemos si estamos cerca o lejos del centro y no descubriremos su significado hasta que lleguemos a él; el camino de vuelta tampoco está definido y no podemos saber cómo o cuándo podremos regresar al mundo con las huellas de la nueva experiencia vivida hasta que realmente lo hagamos. En un laberinto no hay callejones sin salida, el camino a menudo se dobla sobre sí mismo, la dirección en que avanzamos cambia continuamente y, si no volvemos atrás ni abandonamos, llegaremos al centro y encontraremos la rosa, la Diosa, el Grial, un símbolo que represente la feminidad sagrada. Para regresar a la vida cotidiana, debemos recorrer el laberinto de nuevo para salir, viaje que también es complejo porque implica la asimilación de la experiencia y su integración en la consciencia, y eso es precisamente lo que nos cambia.

La leyenda del Grial, con sus múltiples historias y versiones, expresa un misterio humano esencial y contiene una promesa implícita en ella: el potencial de plenitud, sanación y sentido. Es uno de los mitos centrales del segundo milenio del

cristianismo, siendo su protagonista un héroe que emprende una búsqueda espiritual. La historia refleja fielmente el viaje psicológico hacia la plenitud que C. G. Jung llamó «individuación», considerada la misión que debe llevarse a cabo durante la segunda mitad de la vida.

Leyendas del Grial, sueños, historias

La mayoría de versiones de la leyenda del Grial que conocemos se escribieron durante los siglos XII y XIII pero, sin lugar a dudas, se inspiraron en tradiciones orales mucho más antiguas. Las leyendas reflejan el espíritu de aquella época en concreto, un período de auge cultural en el que se construyeron las grandes catedrales góticas, se introdujo por primera vez el concepto de amor romántico, el culto a la Virgen María adquirió importancia y las Cruzadas expandieron la consciencia medieval europea mediante el contacto con otras culturas más avanzadas. A pesar de que reflejen una época muy concreta, las historias del Grial también son intemporales, arquetípicas y tan relevantes entonces como ahora.

Por mi profesión de psicoanalista, he escuchado los sueños de la gente durante casi treinta años y he descubierto que leer textos sobre el Grial es como escuchar el relato de un sueño. Si puedes recordar un sueño que hayas tenido y que contenga algo que te confunde, seguramente podrás comprender lo que digo. Cuando escucho a la gente contándome sus sueños o cuando pienso en los que yo he tenido, descubro que están repletos de símbolos (la mayoría desconocidos) que la persona que sueña no comprende de forma consciente. Pero los símbolos forman parte de la historia y la mitología humanas; tienen un significado colectivo que supera los límites del tiempo y la geografía. En los sueños personales de cada individuo, se demuestra la existencia de una fuente colectiva de la que todos nos abastecemos cuando soñamos.

Los artistas y escritores cuyas obras tanto nos conmueven utilizan instintivamente símbolos colectivos. «Sueñan» por nosotros; de su interior surgen imágenes e historias que bien podrían ser las nuestras. Es posible que nos reconozcamos en ellas, de lo contrario sólo sabremos que nos han conmovido. Desde esta perspectiva, los artistas y los escritores son nuestra versión contemporánea de los chamanes, que tienen visiones por toda su tribu. Conectan con un estrato más profundo y lo expresan. Y ese estrato, el inconsciente colectivo, no sólo contiene elementos de la cultura de la época o la experiencia personal de ese individuo, aunque estos dos factores modelan lo que proviene de una fuente intemporal y transpersonal. Esta comprensión ayuda a explicar la emergencia y los contenidos de las leyendas relacionadas con el Grial.

La leyendas sobre el Grial más conocidas fueron escritas por hombres, siendo las versiones más famosas las de Chrétien de Troyes (hacia 1180), Robert de Boron (hacia 1190) y Wolfram von Eschenbach (1207). De Troyes no terminó la historia del viaje de Perceval, pero existen tres continuaciones dignas de consideración. A pesar de que las leyendas fueron producto de una época y una cultura masculinas, patriarcales y cristianas, estaban repletas de influencias paganas, y probablemente éste fue el motivo de que la Iglesia nunca las aceptara.

En estas variaciones de la leyenda del Grial se encuentran referencias y símbolos propios de las mitologías griega y celta, la poesía árabe y la imaginería islámica, las culturas tibetana, egipcia y muchas otras más.

Quien cuenta la historia es quien le da forma. Recordemos la clásica película japonesa *Rashomon* y el principio que pone de manifiesto. Un hombre es asesinado y una mujer violada, y cuatro personas cuentan lo que ha pasado. Todas las versiones son «verdaderas», sin embargo cada persona cuenta una historia diferente. Siempre es muy importante tomar en consideración quién cuenta un relato, porque la historia puede cambiar radicalmente de una persona a otra.

A pesar de que todas las historias del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda tengan determinados puntos en común, la historia puede cambiar si se cuenta desde un punto de vista femenino.

En una versión de la leyenda del Grial, el Grial aparece en Camelot el día de Pentecostés y después desaparece. A continuación los caballeros de la Mesa Redonda deciden partir en su busca. Muchos sufren, muchos no regresan y sólo el puro caballero Galahad lo encuentra. En *The Mists of Avalon (Las nieblas de Avalon),* el Grial que aparece en Camelot es la copa de la Diosa, el calderón de Cerridwin, y la Diosa actúa a través de la hermanastra de Arturo, Morgana.

> Morgana... alzó la copa entre sus manos, viéndola brillar como una gran joya resplandeciente, un rubí, un corazón vivo que latía entre sus manos... Se movió, o tal vez la propia copa se movió, arrastrándola con ella... Oyó un ruido como si muchas alas batieran ante ella, y sintió un dulce olor... El cáliz, dijeron algunos más tarde, era invisible; otros dijeron que brillaba como una gran estrella y provocaba la ceguera de todos los ojos que lo miraban... Cada persona de las que estaban en la estancia halló en su plato todo aquello que más le apetecía comer...

Por unos instantes, Morgana siente el poder de la Diosa que llena su cuerpo y su alma. Sostiene la copa y habla como la Diosa: «Yo soy todas las cosas; virgen y madre y la que da la vida y la muerte. Ignoradme y correréis un grave peligro, vosotros que invocáis otros nombres... sabed que yo son Una». Y entonces la copa, el plato y la lanza, las sagradas insignias de la Diosa, desaparecen y se transportan a Avalon por arte de magia para que los hombres y los sacerdotes que niegan la existencia de la Diosa jamás puedan profanarlas, e inmediatamente los caballeros parten en todas direcciones en busca del Grial.

Esta versión contemporánea de la aparición del Grial en Camelot me hizo reflexionar acerca de las otras historias del Grial que conocía. Yo había interiorizado las historias tal como habían sido contadas por hombres: basándose en las relaciones de los personajes masculinos con el misterioso y sanador Grial. Pero cuando pensé en la doncella que lleva el Grial y el propio Grial como símbolos femeninos, recordé experiencias que yo misma había vivido, experiencias corporales, momentos sagrados que había podido experimentar por mi condición femenina y mediante la presencia física de otras mujeres.

En las leyendas del Grial, el espíritu, el corazón y la mente son los tres caminos representados por los tres caballeros que encuentran el Grial. La posibilidad de experimentar el Grial a través del cuerpo no existe. Las religiones

patriarcales siempre han negado que lo sagrado pueda experimentarse a través del cuerpo. Para que el cuerpo pueda volver a considerarse santo, la Diosa (el aspecto femenino de la divinidad) debe regresar, pues sólo a través de la consciencia de una Diosa puede percibirse la dimensión sagrada de la materia.

Temas básicos de la Leyenda del Grial

Aunque existan diferentes versiones de la leyenda del Grial, la historia básica puede resumirse del siguiente modo:

El Grial es un misterioso objeto (puede ser una copa, un plato hondo, una piedra o una joya) por el cual merece la pena abandonarlo todo y partir en su busca. Se encuentra en un castillo escondido donde vive el Rey Pescador. El rey tiene una herida incurable y su reino es una extensión de tierra baldía. Sólo se curará y su reino recuperará el esplendor perdido si un caballero encuentra el castillo y, al ver el Grial y al rey herido, formula una pregunta muy concreta, que normalmente suele ser «¿A quién sirve el Grial?» o «¿Qué os aflige?». Si no formula la pregunta, el castillo se desvanecerá y el caballero deberá volver a iniciar su búsqueda desde el principio. Si vuelve a encontrar el castillo y formula la pregunta adecuada, el rey se curará y su reino volverá a ser verde y fértil.

Normalmente se considera que el Grial es una copa sagrada: el cáliz que Jesús utilizó en la Ultima Cena o, en otra versión, el cáliz donde se recogió parte de la sangre que brotó de su herida en el costado mientras estaba en la cruz. Según se dice, José de Arimatea (quien supuestamente fundó la primera iglesia de Gran Bretaña en Glastonbury) trajo el Grial desde Tierra Santa y después se perdió. La imagen de una copa sagrada ya existía en la mitología celta y druídica precristiana en forma del Caldero de la Diosa, que proporcionaba renacimiento, inspiración y abundancia.

En la múltiples versiones, sólo tres de los muchos caballeros que parten de Camelot en busca del Grial consiguen verlo: Galahad, Perceval (Parsifal) y Bors. Galahad, el caballero puro, encuentra el Grial y abandona la tierra en un rapto de éxtasis; Perceval, el inocente, regresa al castillo del Grial y se convierte en el nuevo rey y guardián del Grial; Bors, el hombre corriente, regresa a Camelot y cuenta la historia.

En *The Grail Quest for the Eternal (La búsqueda del Grial y la eternidad),* John Matthews comenta que los tres caballeros «representan tres formas diferentes de enfocar el misterio». A Galahad se le reserva la vía del espíritu, de la comunión directa con la divinidad; a Perceval le corresponde la vía de la dedicación, del corazón, que implica la necesidad de recorrer un largo y duro camino hacia la autocomprensión; y a Bors, quien observa los acontecimientos pero se mantiene un poco alejado de ellos, le corresponde la vía de la contemplación, de la mente.

En mi libro *The Tao of Psychology (El Tao de la psicología),* yo misma escribí sobre el Grial. En la época en que escribí este libro compartía la misma perspectiva espiritual y mística cristiana que caracteriza a la leyenda del Grial, y añadí una interpretación psicológica con la intención de ayudar a los hombres y mujeres que tienen éxito en la vida pero interiormente se sienten vacíos.

La gente busca ayuda psiquiátrica al experimentar síntomas de depresión,

ansiedad y otras enfermedades mentales mucho más graves. Los síntomas suelen ser claros y la gente responde bien a la psicoterapia, pero he observado repetidamente que mis pacientes también necesitan que su vida tenga sentido. Me gustaría extraer un largo pasaje de *El Tao de la psicología* porque considero que explica bastante bien esta búsqueda de sentido.

Existe un país desolado, una tierra baldía, donde el ganado no se reproduce, las cosechas no prosperan, los caballeros mueren, los niños se convierten en huérfanos, las doncellas lloran y el dolor y la aflicción reinan en todo el país. Los problemas del país tienen su origen en el malherido Rey Pescador, quien sufre terriblemente porque su herida no se curará jamás. El Grial está en su castillo, pero el rey no puede tocarlo ni conseguir que le cure hasta que, según la profecía, un joven inocente llegue a la corte y formule la pregunta: «¿A quién sirve el Grial?». El Grial es la legendaria copa que Jesús utilizó durante la Ultima Cena y es un símbolo de Cristo o el Yo (tanto Cristo como el Yo describen algo que supera los límites de lo humano o del ego, algo que es divino, espiritual, reconciliador y da sentido).

Si el gobernante del país, el ego, pudiera ser tocado por el Grial y experimentar la espiritualidad del Yo o del Cristo interior, tendría poder para curarlo. Cuando la herida del rey se curara, el país también recuperaría la alegría y la fertilidad. La herida puede simbolizar la situación del ego, que ha perdido el contacto con el Yo. La separación es una herida que nunca se cura y causa un terrible dolor en forma de ansiedad y depresión crónicas y persistentes.

La herida del Rey Pescador es el problema psicológico de la época moderna. En una sociedad competitiva y materialista, donde prevalece el cinismo hacia los valores espirituales y ningún pensamiento científico ni psicológico concede importancia al reino del espíritu, los individuos se sienten solos e insignificantes. Buscando intimidad sexual para curar la soledad o adoptando una actitud enérgica para no sentirnos insignificantes no conseguiremos curar nuestra herida. Cuando el ego pierde el contacto con el Yo o, en otras palabras, cuando a un individuo le falta la sensación interna de estar en contacto con Dios o formar parte del Tao, entonces la persona sufre una herida que experimenta en forma de intensa, persistente y creciente inseguridad.

Todas la maniobras defensivas a las que podamos recurrir para sentimos mejor, desde fumar hasta acumular poder, serán esfuerzos inútiles. El narcisismo de la época actual parece estar alimentado por el sentimiento de carecer de alimento emocional o espiritual, que forma parte de la misma herida. Una persona con una herida de este tipo busca la novedad, la emoción, poder o prestigio para compensar la falta de felicidad y paz interiores. La depresión y la ira crónica se esconden bajo la imagen que el individuo muestra al mundo. De nuevo, esto es consecuencia de la herida, de que el ego haya perdido el contacto con el Yo. Esta herida destruye la capacidad de dar y recibir amor. Emocionalmente prevalece la escasez sobre la abundancia, reprimiéndose así la generosidad, compasión, esperanza y voluntad de ayudar a los demás, y la felicidad y el crecimiento interior resultan imposibles de alcanzar.

Para devolver la vida a la tierra baldía, el Rey Pescador debe curarse. Esta premisa puede compararse con el principio psicológico de la psique que el ego utiliza para determinar un valor y tomar decisiones. Para muchos individuos, y para nuestra cultura en general, el pensamiento racional o científico es el principio que gobierna todo. En la leyenda del Grial, existe una falta de conexión con el cáliz de la comunión espiritual, gracias al cual se podría recuperar la salud y la vitalidad. La herida que no se curará es el resultado de la falta de una conexión imprescindible para el bienestar. La desconexión del Rey con respecto al Grial es la racionalista desconexión de la espiritualidad, la separación entre el pensamiento y la intuición, entre la personalidad lineal propensa a padecer ataques al corazón y todo aquello que no es racional y da sentido.

El Rey no podrá ser curado por el Grial hasta que un joven inocente (que en algunos casos se describe como «tonto») entre en escena. Mientras siga prevaleciendo el «principio gobernante», que en este caso es el pensamiento racional, la herida seguirá estando abierta hasta que un nuevo elemento penetre en la situación psicológica. Es posible que sólo el elemento joven e inocente de la psique (que desde la perspectiva del pensamiento racional se consideraría el elemento «tonto») pueda experimentar las maravillas del Grial, un símbolo de Cristo, y pueda formular preguntas sobre el sentido, que podrán conducir a la restauración de la conexión entre ego y el Yo. Entonces el paisaje interior que había sido una tierra baldía o un yermo desierto podrá recuperar su esplendor y fertilidad a medida que la personalidad recupere la espiritualidad, los elementos irracionales en conexión con la capa simbólica del inconsciente.

Mi interpretación de la leyenda del Grial provenía de dos fuentes: de mi trabajo como psiquiatra y de una experiencia mística que había vivido a los dieciocho años.

«Hágase tu voluntad y no la mía»

Después de graduarme del instituto y antes de ir a la universidad, fui a un campamento cristiano de verano en el sur de California. Estaba en la montaña, donde siempre me sentía más cerca de Dios. La inmensidad y la belleza del cielo sembrado de estrellas por la noche hacían que sintiera que formaba una unidad con el universo. A pesar de haber asistido a varias iglesias protestantes y haber sido bautizada a los doce años como presbiteriana, mi actitud religiosa era sobre todo la aceptación de lo que me habían enseñado.

En aquel momento de mi vida, me sentía muy bien conmigo misma. En el instituto obtuve buenas notas, gané las elecciones, siempre hice un buen papel en debates y exposiciones públicas, representé a mi instituto en varios concursos y tenía muchos amigos. Finalmente había decidido estudiar derecho, porque pensaba que sería el camino más sencillo para mí. Por otra parte, al escoger esta carrera también cumpliría los deseos de mi padre.

El campamento estaba organizado por la iglesia presbiteriana más importante de la zona de Los Ángeles y, durante todo el verano, recibimos la visita de predicadores. Un día, mientras escuchaba a uno de estos predicadores, me sentí repentinamente avergonzada por mi orgullo; me di cuenta de que todo lo que había conseguido había sido gracias a regalos que no me había ganado con mi esfuerzo, como la salud, la inteligencia, el talento, las oportunidades y unos buenos padres. No había hecho nada para merecer lo que había recibido.

Bastante abatida, salí a dar un paseo. Había anochecido y el campamento estaba desierto. Entré en una capilla débilmente iluminada por unas velas y recé. Entonces aquella chica de dieciocho años orgullosa y humillada tuvo una profunda experiencia mística de Dios, el padre que ama y perdona, un momento de gracia que me cambió para siempre. Mientras rezaba en la capilla, me di cuenta de que nunca podría devolver a Dios todo lo que me había concedido pero sí podía expresar mi gratitud ayudando a las personas que no eran tan afortunadas. En este estado de gracia, recé: «Hágase tu voluntad y no la mía». En el profundo silencio que se produjo a continuación, supe que debía convertirme en médico.

Durante el año de preparación antes de entrar en la universidad, mi convicción fue duramente puesta a prueba. Aunque destacaba en las asignaturas artísticas, que me encantaban, no tenía mucha facilidad, y no hablemos de amor, por las asignaturas de ciencias y matemáticas. A medio curso incluso recibí el inquietante aviso de un suspenso en zoología de invertebrados. Los exámenes de matemáticas y química eran como una tortura para mí, que conseguí superar gracias a la suerte de colocar los números apropiados en la ecuación correspondiente. En dos ocasiones, lloré la víspera del examen de química porque me veía incapaz de superar la difícil prueba.

Por otra parte, en todas las asignaturas más artísticas que cursaba me resultaba muy fácil conseguir un sobresaliente. Mi yo racional empezó a dudar sobre la conveniencia del camino que había elegido: ¿había malinterpretado el mensaje? Durante el año de preparación para la universidad, hice un pacto con mi yo racional: seguiría con el curso de preparación pero también haría cosas que me gustaran. Si no me aceptaban en la facultad de medicina, lo cual era bastante probable, reconocería que había malinterpretado lo que Dios quería que hiciera.

Finalmente me aceptaron en la facultad de medicina de la Universidad de California, en San Francisco. Tras cinco años de estudio, inicié la residencia en psiquiatría (pensando que un año de psiquiatría sería útil para cualquier especialización que escogiera) y supe que ésa era precisamente la profesión que quería ejercer. Descubrí que tenía un don especial para la psiquiatría, que la capacidad de preocuparme sinceramente por mis pacientes, la comprensión intuitiva de sus mentes y la fascinación por la complejidad de la psique eran de gran utilidad tanto para mí como para ellos. Habían transcurrido diez años desde que prometí a Dios que sería médico, y la fuerza de aquella convicción me había permitido llegar hasta el final. Mi ineptitud por las matemáticas y las ciencias puras ya eran historia; había tenido confianza en mí misma y me había esforzado para llegar a ser lo que debía ser y, sorprendentemente, resultó ser muy gratificante. En aquella época, leí una frase que decía lo siguiente: «Creer en Dios es creer que las reglas serán justas y habrá maravillosas sorpresas».

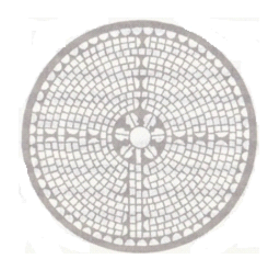
La experiencia mística de Dios que tuve a los dieciocho años fue seguida por una continua sensación de acceso a Dios a través de la oración. Sólo en otra ocasión volví a experimentar la vivida e inefable presencia de Dios y la sensación de ser un recipiente de gracia en un contexto cristiano, y ocurrió durante la ceremonia de mi boda en una catedral episcopalista. A esta experiencia me referí cuando escribí sobre el arquetipo de matrimonio en mi libro *Goddesses in Everywoman (Las diosas de cada mujer).*

Recibí una educación moderadamente protestante. Nuestros rituales religiosos estaban desprovistos de toda magia o misterio. En el sacramento de la comunión se utilizaba mosto. Por este motivo me sorprendí y emocioné al descubrir que la ceremonia de mi boda en la catedral de San Francisco representaba una nueva experiencia interior para mí. Sentía que participaba en un poderoso ritual que invocaba lo sagrado. Tenía la sensación de estar experimentando algo que superaba los límites de la realidad, algo misterioso, que es una característica de las experiencias arquetípicas. Mientras pronunciaba los votos, sentí que participaba en un ritual sagrado.

Algunas experiencias son simplemente inefables. Experimenté a Dios como un espíritu, una infusión de gracia procedente de las alturas que convirtió el momento en sagrado. Al iniciar mi camino en el mundo de la medicina sentí la presencia de Dios en una capilla, y más tarde volví a sentirla en la catedral donde se inició mi matrimonio.

Si éstas fueran las únicas experiencias misteriosas de la divinidad, no estaría analizando la leyenda del Grial ni añadiendo el cuerpo (además del espíritu, el corazón y la mente) a la lista de instrumentos que permiten experimentar el Grial. Pero realmente experimenté la divinidad a través de mi cuerpo, lo cual considero que está muy relacionado con el hecho de ser mujer: el cuerpo femenino es el recipiente a través del cual se manifiesta la Diosa.

En las versiones tradicionales de la leyenda del Grial, prácticamente no se habla de la mujer que lleva el Grial. Ella no lo busca ni tampoco ha sido apartada de él. El secreto de su acceso al Grial, su forma de experimentar el Grial, está en su cuerpo. Analizar la historia del Grial desde su perspectiva es penetrar en el reino de la Diosa y los misterios femeninos, donde el Grial, la Diosa y la Mujer forman una sola unidad.



5. Los misterios femeninos y el Grial

Antes de introducir el tema de los misterios femeninos, debemos recuperar el significado original de la palabra *misterio.* En la mayoría de bibliotecas y librerías, los libros agrupados en el apartado de «misterio» suelen hablar acerca de cómo resolver asesinatos. Sin embargo, en un contexto espiritual, un misterio es una verdad religiosa que uno sólo puede conocer a través de la revelación. La palabra proviene del término griego *mystes,* que como mínimo dos mil años antes de la aparición del cristianismo ya se asociaba con la localidad griega de Eleusis, recinto sagrado donde se rendía culto a la diosa Demeter y su hija Perséfone. Los iniciados o *mystes,* que tanto podían ser hombres como mujeres, vivían una profunda experiencia transformadora que debían mantener en secreto. Y el secreto se mantuvo incluso después del inicio de la era cristiana (estos rituales se practicaron hasta el año 396 d.C.).

Todos sabemos que guardar un secreto no siempre resulta fácil, sin embargo éste no se divulgó nunca, lo cual indica la posibilidad de que no pudiera revelarse con palabras. El misterio podría ser la experiencia en sí, una inefable revelación que transformaba al participante en un iniciado que, según la tradición, ya no tenía miedo a la muerte.

Lo que sí sabemos es que el mito de Demeter y Perséfone celebra el reencuentro de la diosa madre con su hija, a quien Hades había secuestrado y llevado al Averno. Podemos suponer que, al igual que el cristianismo, que es una religión basada en el misterio padre-hijo, los Misterios Eleusinos se basaban en la relación madre-hija y tenían que ver con la muerte y el regreso (en forma de resurrección, renacimiento o reencuentro) y que de algún modo los iniciados podían compartir el destino de la divinidad que superaba el reino de la muerte.

Los dos misterios también se parecen porque se rinde culto a una divinidad con tres aspectos: Padre, Hijo y Espíritu Santo constituyen la divinidad masculina cristiana, mientras que la Diosa se adoraba en sus tres aspectos de Doncella, Madre y Anciana. En Eleusis, es posible que la Anciana, al igual que el Espíritu Santo, se considerara un espíritu. Según el «Himno Homérico a Demeter», que relata el secuestro de Perséfone, Hécate, la anciana sabia y arquetípica, diosa de las encrucijadas, *precedió y siguió* a Perséfone desde que surgió del Averno: una hazaña imposible, a menos que Hécate fuera un espíritu.

La iniciación

Iniciarse psicológicamente en un misterio es vivir una experiencia mística que te cambia. Dejas de ser la persona que eras antes. Has pasado por algo que te separa de aquellos que no han vivido la misma experiencia. Con frecuencia una iniciación implica cierto grado de soledad, miedo y la sensación de estar pasando por una especie de prueba. Por otra parte, en muchos casos la experiencia iniciática también es un regalo divino, cuando el misterio y la profunda belleza se reúnen en un incomparable momento del que formamos parte. El iniciado se siente arquetípicamente renacido: además de haber llegado a la vida en el momento de su nacimiento, ahora, a través de un misterio, penetra en un nuevo estado o nueva consciencia.

Probablemente el lector estará pensando que *escribo* sobre algo que sólo puede conocerse a través de la experiencia personal, pero ¿y si las mujeres han penetrado sin saberlo en territorio sagrado y *no han podido expresar su experiencia con palabras*? Pensemos en todo aquello que sentimos intensamente y nunca expresamos, compartimos ni situamos en un contexto de la realidad consciente. Sin palabras o nombres que permitan calificar una experiencia, el recuerdo de la vivencia se ve entorpecido: es como saber la forma de acceder a la información almacenada en un ordenador, pero resulta mucho más complicado porque lo que es inconsciente también afecta a nuestro cuerpo, sueños y relaciones personales. Es más, sólo podemos analizar el significado de una experiencia cuando tenemos palabras que se ajustan a lo que sentimos en nuestro interior. También utilizamos las palabras para recordar. Por ejemplo, cuando he hablado de la sensación de «diapasón» que experimenté en el centro de mi pecho en la Catedral de Chartres, me he dado cuenta de que estas palabras abren algunas puertas de mi memoria y me ayudan a transmitir un significado a los demás.

Por mi experiencia previa en la escritura sobre arquetipos, también sé que, para los lectores, tener palabras e imágenes para lo que ellos sólo han conocido subjetivamente es como verse reflejados en un espejo por primera vez. Si una persona siente que determinadas palabras reflejan una experiencia vivida, recordará tanto los acontecimientos como los sentimientos asociados con esa experiencia. Y cuando esa experiencia recordada tiene una dimensión sagrada, lo cual es cierto en los misterios femeninos, una mujer también puede recordar que no tenía palabras para expresar la divinidad que había en su interior, o la Diosa que se expresaba a través de ella, y el poder o el respeto tan intensos que sintió en aquel momento. Cuando lee o escucha unas palabras que reflejan su experiencia, se siente inmediatamente identificada.

Incluso si éste no es tu caso, no has vivido ninguna experiencia iniciática o eres un hombre, al leer cosas acerca de los misterios femeninos puedes intuir que son reales o ciertos, porque todos formamos parte del reino de las experiencias arquetípicas y compartimos un inconsciente colectivo. Sin embargo, ya que los misterios femeninos son *corporales,* siempre habrá una diferencia entre lo que una mujer pueda conocer con su mente (a través de la imaginación o de lo que le hayan contado) y la experiencia física propiamente dicha.

Al reflexionar sobre estas cuestiones pensé en la diferencia de la idea abstracta de dar a luz a un hijo, que aprendí leyendo libros sobre el tema, y la experiencia directa de ser una mujer dando a luz. Durante mis prácticas como estudiante de medicina, había observado contracciones, las había cronometrado, había comprobado cómo se dilataba el cérvix mientras se acercaba el momento del parto y ayudé a nacer a un centenar de niños con mis propias manos. Sin embargo estas prácticas no me ayudaron mucho a prepararme para la verdadera experiencia de dar a luz.

El embarazo como iniciación

Para mí, el embarazo fue una experiencia iniciática que transformó mi cuerpo, cambió mi mentalidad, me enseñó a entregarme y fue el inicio de las crecientes exigencias y regalos físicos, psicológicos y espirituales que conlleva el hecho de ser madre. Más tarde comprendería que el embarazo y el parto también son experiencias similares a la vivencia de un mito, lo cual ocurre siempre que pasamos por una experiencia arquetípica.

Al igual que la pubertad, el embarazo era algo que me estaba ocurriendo *a mí* pero también ocurría *en mí.* Mi cuerpo estaba cambiando físicamente y necesitaba energía para hacerlo. Me cansaba fácilmente y dormía más de lo habitual, sobre todo durante los primeros tres meses. Después cambiaron las formas de mi cuerpo y, con ellas, se desplazó mi centro de gravedad. A menudo perdía el equilibrio, me caía y me torcía el tobillo. Me sentía especialmente vulnerable, tanto emocional como físicamente.

En mi mente también ocurrió algo; por aquel entonces pensé que era una especie de «introversión biológica». Por mi conocimiento de las teorías de Jung, estaba familiarizada con los términos *introversión* y *extroversión* y sabía lo que era una introversión normal. Aquello era diferente. Me había vuelto más introvertida pero no mentalmente: no estaba introspectiva ni contemplativa. La imaginación y los pensamientos no eran importantes. En lugar de eso, sentía como si el centro de mi consciencia se hubiera desplazado hacia abajo y ahora estuviera localizado en algún lugar por encima o dentro de mi útero. El sentido de «yo» estaba ahora localizado en mi cuerpo, y este «yo» se contentaba con estar tranquilo, como una piedra bajo el sol en la orilla de un río. Seguí trabajando durante casi todo el embarazo a pesar de que era consciente del esfuerzo que suponía pasar de este estado de calma a ir a trabajar a la oficina, donde tenía que utilizar la mente y el corazón para concentrarme, pensar, intuir y relacionarme con los demás.

La atracción interior del embarazo parece ser similar a lo que ocurre en las personas que se están muriendo, especialmente hacia el final, cuando ya sólo es cuestión de tiempo que el fallecimiento del cuerpo le lleve a uno a la siguiente etapa, desconocida y con frecuencia temida. A medida que se aproxima el momento, el círculo de intereses del individuo se va reduciendo y los problemas y acontecimientos que tienen lugar en el mundo exterior dejan de tener importancia.

La muerte de la antigua forma y la nueva vida o renacimiento son fundamentales para la iniciación. En el embarazo, esto ocurre a muchos niveles. Una mujer embarazada puede tener un cuerpo ágil, fuerte y lleno de energía o

también un cuerpo delicado y sensual. Antes tenía la figura de una doncella y el atractivo de su rostro era importante. Con el embarazo, su mente cambia y la vista deja de preocuparse por su cuerpo de doncella. La mujer cambia arquetípicamente, ante los ojos de sí misma y de los demás. Simbólicamente, la doncella muere para dejar paso a la madre embarazada.

Cuando el embarazo ya es evidente, el cuerpo de la mujer se parece a las primeras imágenes de diosas que se esculpieron. Es una encamación de las famosas «Venus embarazadas», la más conocida de las cuales es la Venus de Willendorf. Creadas hace unos dos mil o dos mil quinientos años, estas figuras de diosas se caracterizan por sus cuerpos voluminosos, por no tener rasgos faciales y porque las piernas acaban en punta, de modo que podían clavarse directamente en el suelo. Según la arqueóloga Marija Gimbutas, «los ritos de las épocas preindustriales demuestran la existencia de una relación mística muy definida entre la fertilidad del suelo y la fuerza creativa de la mujer». Esta relación está volviendo a resurgir en nuestra cultura actual. Las mujeres están adquiriendo una nueva consciencia mística relacionada con el hecho de habitar un cuerpo femenino y formar parte de Gaia la Tierra. (La percepción intelectual de que formamos parte de la Tierra al igual que los ríos y los árboles, formulada por James Lovelock como la «hipótesis Gaia», es una *percepción mental.* Aquí yo estoy hablando de los misterios femeninos, que son *corporales.)*

Cuando noté por primera vez que mi hijo se movía dentro de mí, no pude reprimir una sonrisa de alegría y sorpresa a la vez. Pude comprobar directamente, experimentándolo en mi propio cuerpo, que un bebé estaba creciendo dentro de mí. A pesar de que para mí aquella novedad fuera algo sorprendente y maravilloso, de hecho forma parte del embarazo y es lo más normal del mundo. El patriarcado no tiene rituales para celebrar estas maravillas. Pero supongamos que los hombres pudieran vivir un embarazo en su propio cuerpo: imagino que la capacidad de engendrar hijos sería la prueba definitiva de la superioridad de su sexo y el embarazo anunciaría el inicio de una importante etapa de transformación para el hombre que indudablemente se celebraría con algún ritual. Si un solo hombre se quedara milagrosamente embarazado, a ese embarazo y a ese parto se le concedería tanta importancia como a los primeros pasos del hombre sobre la Luna.

Esta fantasía se deriva de mi creencia de que el patriarcado devalúa cualquier cosa que las mujeres hagan de forma natural e instintiva, y por este motivo se rinde culto a un Dios masculino y se considera que los hombres están creados a su imagen y semejanza. Pero durante miles de años antes de la aparición de la Biblia, el culto a Zeus y los dioses del Olimpo, los humanos adoraban a la Diosa. Así pues, cuando empiezo a especular sobre cómo las mujeres podríamos experimentar el embarazo si valoráramos lo que hacen las mujeres, pienso en mi propia experiencia y en los primeros movimientos del bebé. Recuerdo cómo me sentía al notar que mi cuerpo respondía a la energía en un lugar sagrado por primera vez, y recuerdo que se organizaban peregrinaciones para «despertar a la divinidad». Tomando en consideración estos hechos, sé intuitivamente que si la Diosa no se hubiera eliminado de la cultura y la consciencia de la población, los primeros movimientos del bebé en el seno de la madre serían una profunda

experiencia religiosa muy valorada. Una mujer embarazada sabría que comparte la esencia de la Diosa creadora, quien creó toda la vida a partir de su propio cuerpo. Al notar la vida creciendo en su seno, la mujer simultáneamente experimentaría su divinidad. En ese momento, podría saber y decir: «La Madre Diosa y yo somos una sola».

Mis dos hijos nacieron a principios de los setenta, cuando la trinidad protestante compuesta por Padre, Hijo y Espíritu Santo era todo lo que yo conocía, antes de que tuviera conocimiento de la dimensión espiritual de la feminidad. Y sin embargo incluso entonces, cuando sentía que la vida se movía dentro de mí, era consciente, aunque sólo vagamente, de que aquella experiencia tenía algo que ver con ser un recipiente sagrado. No tenía palabras para expresarlo. Di mucha importancia a mi primer embarazo porque anteriormente había sufrido tres abortos, de modo que no lo consideraba como algo tan natural que no mereciera una especial consideración.

A pesar de que la situación personal de cada mujer hace que el embarazo se viva de formas muy diferentes, si Deme— ter, la madre arquetípica, está presente en su mente y su cuerpo y su espíritu no han sufrido ningún tipo de abuso físico o emocional, entonces estas palabras del rosario referidas a la Virgen María pueden aplicarse a su propia experiencia: «Bendita soy entre todas las mujeres y bendito es el fruto de mi vientre». Estas palabras pueden reflejar la consciencia mística que se despierta en las mujeres en ese momento de revelación en que saben que la Diosa y ellas forman una sola unidad. Entonces el embarazo es la barcaza que las conduce a través de las nieblas de Avalon hacia el reino de la Diosa.

El parto

Mi marido y yo habíamos asistido a un curso para dar a luz de forma natural, habíamos visto una película y leído algunos libros para preparamos para lo que había de suceder. A medida que se acercaba la fecha señalada, yo esperaba el inicio del parto como si se tratara del inicio de una aventura o mi primer día de colegio. A pesar de que nunca había pasado por la experiencia, confiaba en mi capacidad y tenía la intención de hacerlo bien. Después de todo, había conseguido un título en medicina y había ayudado a nacer a muchos niños siendo interna en un hospital de Los Ángeles y una residencia psiquiátrica. A los treinta y tres años, me consideraba capacitada para superar la prueba con éxito. Notaba cierta ansiedad y algunas dudas, pero intentaba mantenerlas bien alejadas. Mi mayor preocupación era si el bebé sería normal. Consideraba la posibilidad de que surgieran complicaciones, problemas que escaparan a mi control. Muchas mujeres también temen aquello que todas sabemos: el dolor insoportable y la muerte durante el parto también son posibles. Sin embargo estos pensamientos no ocupaban mi mente. En la antigua Grecia, las mujeres rezaban sus oraciones a la diosa virgen Artemis para que tuviera piedad de ellas, solicitando tanto un parto rápido como una muerte rápida.

Las contracciones empezaron al caer la tarde y, con el paso de las horas, cobraron mayor intensidad y frecuencia. Las primeras horas fueron muy bien y no me costaba respirar tal como había aprendido en los cursos de preparación. De

hecho no tuve ningún problema, lo cual me tranquilizó mucho. Así pues, cuando llegó la hora de ir al hospital, me sentí como una aventurera que emprende su viaje con la maleta ya preparada de antemano. Llegué al hospital y me instalaron en la zona de partos. Mi ginecólogo formaba parte de un equipo que había sido el primero en San Francisco que permitía a los padres estar presentes durante el parto. Así pues, no iba a pasar sola por todo aquello. Me sentía acompañada por mi marido y un equipo de profesionales en los que confiaba, y además estaba en un ambiente hospitalario que ya conocía.

Sin embargo, aquél resultó ser un territorio totalmente desconocido para mí. Me sentí como la diosa sumeria Inanna, quien voluntariamente decidió visitar a su diosa hermana en el mundo subterráneo y descubrió que debía atravesar una serie de puertas, y a cada puerta se desprendía de algo que representaba su identidad y su poder en en el mundo exterior. La primera puerta fue el proceso de ingreso en el hospital, donde todos los pacientes entregan sus objetos de valor y los documentos que acreditan su identidad. A la siguiente puerta, entregué mi ropa y me dieron una amplia bata que debía ponerme sin ropa interior. Aquí también sentí que me arrebatan el privilegio de ser médico. En la tercera puerta, entré en la sala de partos, me tumbé boca arriba para que me practicaran una exploración vaginal para comprobar a qué velocidad se dilataba el cérvix y calcular cuánto tiempo faltaba para el momento decisivo. A medida que pasaban las horas, noté que también perdía el control de la situación. Me sentía como si estuviera en el mundo subterráneo, en un estado alterado de consciencia. Notaba olas de dolor que me atacaban y retrocedían, y cada ola era más larga y más intensa, separadas por intervalos cada vez más cortos. Tenía que realizar un esfuerzo físico duro y doloroso cuya intensidad aumentaba progresivamente y amenazaba con llegar a ser insoportable. Llegó un momento en que el dolor era tan intenso que los intervalos de descanso ya se llenaban de un miedo anticipado. Después me administraron anestesia paracervical, que permite aliviar el dolor. En algún momento (no recuerdo exactamente cuándo) me llevaron a otra sala de partos.

El momento que precede a la expulsión y alumbramiento, cuando los dolores son más intensos y más largos, recibe el nombre de «transición»: el bebé llega al canal del parto, pasando por el anillo pélvico de la madre para salir al exterior. Entonces es cuando la madre siente que tal vez no podrá superar la dura prueba, como un atleta que corre la maratón y cree desfallecer pocos metros antes de llegar a la meta; en esta situación, el cuerpo exige más de lo que la mente puede imaginar. En el caso del atleta, la voluntad le ayuda a seguir corriendo, pero los últimos dolores del parto van más allá de la voluntad o la decisión; la mujer sólo puede hacer una cosa: aceptar lo que le está ocurriendo. El parto continúa hasta que finaliza con el nacimiento del bebé o, como sabemos en lo más profundo de nuestro ser desde tiempos inmemoriales, con la muerte de la madre.

Éste es el momento liminal más importante tanto para el bebé como para la madre, cuando el bebé literalmente atraviesa una puerta hacia una nueva etapa, cuando existe mayor peligro para la madre y el bebé. Éste es el prototipo de todas las transiciones de la vida: cuando cruzamos unos límites, ya nada sigue igual.

Y así fue. Con el último esfuerzo, mi bebé llegó al mundo. Ahora yo misma

era la puerta. Seguidamente oí un llanto y me dijeron que era una niña y estaba bien. La envolvieron con una toalla y pude cogerla en brazos, despertando inmediatamente en mí una profunda ternura maternal y sorpresa al pensar que aquella personita había crecido dentro de mí.

Durante la preparación y el momento del parto, ocurrieron muchas cosas; percibí y conocí muchas cosas de una forma desconocida para mí, sin la intervención de la mente ni palabras. Dieciséis meses después, con el nacimiento de un hijo, volví a experimentar esta iniciación. De nuevo participé en un misterio femenino y algo se reveló en mi interior, algo que siento más como una difusión que una iluminación. Era como descender a las oscuras profundidades, disolviéndome en ellas, y después conocer y saber. Esta experiencia contrasta con el momento de claridad, la revelación que dura una milésima de segundo como si fuera un relámpago, cuando la mente conoce de forma repentina. La mujer que había llevado a cabo cosas en el mundo no era la misma que estaba en la sala de partos. Aquello era una iniciación, mediante la cual experimenté un profundo sentimiento de unión con todas las mujeres de la historia que habían vivido aquella trasformación. Nada me diferenciaba de otra mujer que hubiera dado a luz a un bebé en cualquier época o cualquier parte del mundo.

La experiencia de dar a luz despertó mi interés por los movimientos y organizaciones femeninas. En aquel momento se inició la sensación de estar fuertemente unida al resto de las mujeres. Tuve la mística sensación de formar una unidad con todas las mujeres de todas las épocas. Ninguna característica de mi vida personal me diferenciaba ni separaba de ellas, mi individualismo no significaba nada. Al vivir aquella experiencia, era cualquier mujer y todas las mujeres al mismo tiempo: era Mujer. Fue una profunda revelación.

Pude comparar mi propia experiencia en la facultad de medicina y el ritual de pasar por una época de internado en un hospital, que para un estudiante es una de las mayores pruebas iniciáticas, con el hecho de tener un bebé. En muchos aspectos, dar a luz era más duro; era necesario entregarse por completo a la experiencia. A pesar de tenerlo todo a favor, contar con mis conocimientos médicos y el apoyo de mi marido y el equipo médico que me atendió, aún debía enfrentarme al miedo y la soledad de ser la única persona en la que ocurría todo. Me di cuenta de que, durante el embarazo y el parto, las mujeres de todo el mundo superan un importante ritual de transformación que la sociedad y las religiones no reconocen como tal. En los rituales de transformación masculinos, se representan los cambios y los elementos de riesgo (por ejemplo, en los ritos iniciáticos para poder ser miembro de una banda o los ritos indígenas descritos por los antropólogos; mediante esos ritos, se define la masculinidad). Aquello que sólo se representa de forma ficticia en las ceremonias masculinas se convierte en una situación real cuando se tiene un hijo: el parto realmente es una prueba difícil de superar, existe el riesgo de morir, la mujer se transforma. Durante este proceso iniciático, el cuerpo de una chica se transforma en el cuerpo de una madre y da a luz a una nueva vida. Sin embargo éste no es más que el inicio de su compromiso; para que el bebé pueda sobrevivir, la iniciada debe asumir la responsabilidad de proteger su vida. Aunque una mujer no sea responsable de la continuación de la

especie humana, la especie humana continúa porque la mujer experimenta esta iniciación y lleva una nueva vida al mundo a través de ella.

El embarazo fue para mí una profunda experiencia con momentos maravillosos y otros terribles. Fue un rito de paso y una experiencia que me cambió para siempre.

Recordando mi época de interna en tres hospitales, me horroricé al pensar en todas las ocasiones en que había presenciado sin protestar actitudes realmente crueles e insensibles hacia las mujeres que «no se portaban bien» durante el parto. Recordé varios incidentes, como por ejemplo el caso de una chica joven que gritaba aterrorizada a medida que aumentaban los dolores, a quien un residente de obstetricia dijo: «Deberías haber pensado en esto cuando te abriste de piernas». Recuerdo el desprecio de todo el personal médico mientras escuchaban a mujeres que suplicaban a la Virgen pidiendo que las ayudara, y a veces incluso se burlaban de ellas. En las salas de parto, los estudiantes e internos asistían los partos sin problemas, lo cual les permitía aprender mucho. Sin embargo debo añadir que estas situaciones eran mejores que otras que algunos colegas médicos me han contado. Mi propio embarazo también me convenció de que ninguna mujer debería pasar por todo esto en contra de su voluntad, sobre todo si la concepción fue la consecuencia de una violación o incesto, profanaciones del cuerpo y la mente de una mujer.

Una mujer embarazada acepta el proceso del embarazo y el parto y se entrega a él. La experiencia que afecta a su cuerpo y mente la transformarán. Sin embargo la atención no se centra en la mujer, sino en el bebé que lleva dentro: nos anticipamos al nacimiento del bebé y nos preguntamos cómo será y quién llegará a ser. También deberíamos preguntamos en quién se convertirá la mujer después de vivir esta experiencia, lo cual no es menos importante.

El embarazo es como la creatividad que se obtiene al explorar el interior de uno mismo, cuando la persona cambia mientras desempeña la labor, una labor creativa que proviene del alma y es su fruto. La experiencia del embarazo y el proceso de creatividad pueden simbolizarse con los laberintos situados cerca de las entradas a grutas sagradas y ocultos bajo las catedrales, que son espacios similares al seno materno.

Profundizando en la experiencia de ser madre: dar el pecho como sagrada comunión

Cuando pienso en la época en que crié a mis hijos, hago mucho más que recordar aquella vivencia. Mis pechos también lo recuerdan y yo soy consciente de la sensación que experimentan. Mi cuerpo es un órgano de memoria además de percepción.

Criar a mis hijos fue una experiencia extraña para mí, porque «yo» (mi cuerpo) no producía leche en abundancia. A veces mis pechos estaban llenos y a veces no. Durante el día, a menudo pensaba que yo no servía para dar el pecho a mis hijos. El momento de mayor abundancia era cuando les daba el pecho al amanecer (a las 4 de la madrugada).

Esta toma también era una experiencia de unidad y calma, comunión y

simbiosis. Vivíamos en un apartamento en Sausalito con vistas a la bahía de San Francisco. Me sentaba en una roca en plena oscuridad y alimentaba a mis hijos con abundante leche. Mientras les amamantaba e incluso después, con el bebé satisfecho entre mis brazos, yo formaba una sola unidad con mi bebé, la noche y la bahía.

Stephanie Demetrakopoulos, en su obra *Listening to Our Bodies: The Rebirth of Feminine Wisdom (Escuchar nuestro cuerpo: el renacimiento de la sabiduría femenina),* habla elocuentemente en nombre de las mujeres para las cuales dar el pecho a sus hijos es una experiencia incluso más importante que para mí, cuando recuerda los sentimientos que experimentaba al amamantar a sus dos hijos:

A veces el deseo físico era incontenible para ambos. La acumulación de leche en los senos agravaba el anhelo reprimido. Este deseo y el alivio de estar de nuevo con mis hijos son dos de las pasiones más intensas que he experimentado en toda mi vida. Cuanto mayor era el niño, menos intenso era el deseo; se trata de una combinación de cuerpo y mente, deseo y amor, que es propia y exclusiva de la relación madre-hijo.

Demetrakopoulos (cuyo nombre griego es un eco de Demeter, la diosa madre) también habla de una profunda experiencia maternal que vivió al criar a un bebé que no era su hijo:

En una ocasión crié a un bebé que tenía síndrome de Down. Cuando criaba a mi hijo pequeño, una amiga que había adoptado a este niño, cuya madre lo abandonó al nacer, me pidió que lo criara. Era alérgico a las leches preparadas y necesitaba alimentarse con leche de una mujer para curar una fuerte erupción cutánea causada por los pañales. Criar a este bebé fue una experiencia muy gratificante pero diferente a la de criar a mis propios hijos; el afecto y cariño impersonales de dar a aquel pequeño bebé desamparado me permitieron descubrir y establecer contacto con un nuevo aspecto de la Diosa. .. Aquella experiencia (vivida hace seis años) ha influido de forma importante en mi imaginación y mis fantasías. Cuando me siento especialmente feliz y dispuesta a amar al mundo, a veces me asalta el recuerdo de aquel niño, pero no como una imagen visual, sino como una sensación táctil. Lo siento entre mis brazos y también siento su olor; en ocasiones incluso noto como si la leche brotara de mis senos.

La autora evoca la representación católica del siglo XVII de la Virgen María de pie en el cielo y derramando la gracia divina de su leche sobre el mundo. Una mujer que da el pecho a un bebé está diciendo, aunque sin palabras: «toma, come; ésta es mi sangre». Porque la leche de una mujer esta hecha de su cuerpo y su sangre. Los humanos y todos los seres vivos de la Tierra somos como niños de pecho. La Madre Tierra nos alimenta y nos permite sobrevivir; todo lo que necesitamos proviene del cuerpo y la atmósfera de Gea. Comemos y bebemos de ella.

Demetrakopoulos afirma que el conocimiento adquirido al criar a un hijo no se pierde, sino que es un punto de referencia en la consciencia de la mujer para el resto de su vida. Yo creo que esta afirmación es cierta *sólo* si existen palabras para

describirlo: palabras que describen la experiencia previamente articulada, recuperan la experiencia y hacen que forme parte de nuestro conocimiento.

También me sorprende la frecuencia con que las mujeres *sienten* en sus cuerpos, especialmente en los senos y la zona del corazón, cuándo están dando, amando y respondiendo a las necesidades de los demás. Demetrakopoulus cita a una psíquica amiga suya, quien hace la siguiente analogía: «Cuando siento que alguien necesita ser sanado, la energía divina invade mi corazón y la zona del pecho. Sólo puedo describir esta experiencia como si estuviera en una fiesta a cinco kilómetros de distancia, con los senos llenos y sabiendo que mi bebé está hambriento. La urgencia de llegar a casa y darle de comer es como querer sanar a alguien que lo necesita». Para ella es como alimentar a un nivel espiritual, gracias a lo cual tanto el sanador como el sanado experimentan alivio y serenidad, el primero por la liberación del amor reprimido y el segundo por recibir su energía.

La experiencia femenina de los misterios de sangre

Después de comprender de qué modo mi embarazo había sido una iniciación, decidí analizar la menarquía, la menstruación y la menopausia como «misterios de sangre». En las sociedades patriarcales, la aparición y desaparición de hemorragias uterinas son temas inmencionables o vergonzosos; la menstruación se denomina con el eufemismo «regla». En el Antiguo Testamento, se consideraba que una mujer que tuviera la menstruación no estaba limpia, y las mujeres que tenían la menopausia habían sufrido un cambio que las había convertido en inferiores. Todo sería muy diferente si la fertilidad de la tierra y de las mujeres se celebraran como manifestaciones divinas y si a las mujeres de edad avanzada se las considerara ancianas sabias de la comunidad.

Durante la pubertad, cuando una niña sufriera una transformación física para convertirse en mujer, su cuerpo cambiaría de forma y sabría que estaba empezando a parecerse a la Diosa. El inicio de la menstruación sería motivo de celebración. Este acontecimiento se esperaría con emoción. Esta sangre significaría que ahora ya sería fértil, que podría ser como la Diosa Tierra y sería capaz de traer nuevas vidas a este mundo.

Su ciclo menstrual, como sucede en el caso de las mujeres que duermen juntas, se produciría en el mismo momento que el resto de mujeres en período fértil. Todas estarían en armonía y sincronismo con las fases de la Luna, un testimonio vivo de la conexión de la mujer y la Naturaleza. Tendría hemorragias todos los meses, excepto cuando estuviera embarazada. Durante estos nueve meses, se consideraría que retendría la sangre en su cuerpo para hacer un bebé. Esto ocurriría siempre igual durante sus años fértiles, hasta que llegara la menopausia y se interrumpieran sus hemorragias. Y tal vez esto se consideraría aún más maravilloso, porque ahora podría decirse que retendría la sangre en su cuerpo para hacer sabiduría.

De este modo, todas las mujeres serían una encamación de la Diosa, a quien se adoraba en sus tres aspectos de Doncella, Madre y Anciana, siendo cada etapa una expresión de los misterios de sangre que definían a la mujer.

Las mujeres tienen en su interior un seno oculto y misterioso, un órgano de

creatividad, alimento y fertilidad, un símbolo de la creatividad, la fertilidad y la capacidad de proporcionar alimento de las mujeres, igual que los senos. Las imágenes y representaciones de estos símbolos sagrados se destruyeron. En la actualidad aún se siguen descubriendo algunos en excavaciones arqueológicas, y también están emergiendo en la mente de las mujeres, desenterradas de la consciencia y descubiertas a través de la imaginación o imágenes oníricas.

Los misterios femeninos y los misterios de sangre del cuerpo no son lo mismo que las realidades físicas de la menstruación, la lactancia, el embarazo y la menopausia; para que la fisiología se convierta en un misterio, debe establecerse una relación mística entre una mujer y el arquetipo femenino. Una mujer debe sentirse, saberse o imaginarse Mujer, Diosa, la encamación del principio femenino. Los ejemplos que he utilizado en este capítulo ilustran esta relación entre el cuerpo de una mujer y la consciencia o descubrimiento de este misterio. En las sociedades patriarcales, se ha suprimido esta relación: no existen palabras ni rituales para ensalzar la relación entre los acontecimientos fisiológicos que ocurren en el cuerpo de una mujer y su significado espiritual.

No sólo podemos imaginar lo diferente que sería la situación en la antigua Europa, hace veinte mil años, cuando Dios era una mujer, sino que también será diferente cuando los nativos norteamericanos recuperen las tradiciones que el gobierno y la iglesia de Estados Unidos intentaron destruir internando a todos los jóvenes indios en escuelas católicas creadas para convertir a los paganos. Recuerdo que oí a una psiquiatra navajo contando que había celebrado la menarquía de su hija. Fue la primera vez que imaginé lo diferente que podía ser para una niña la llegada de la menstruación y su significado, y el orgullo y respeto de mantener este tipo de tradiciones. Lo comparé con la actitud hacia el inicio de la menstruación de las familias de mentalidad científica. Las hijas no están preparadas y el inicio de la menstruación supone un acontecimiento confuso y alarmante para ellas. Se las informa clandestinamente o se les muestran libros o documentales sobre la fisiología de la menstruación.

Los misterios de la mujer son del cuerpo y de la mente. Es posible que una mujer viva las experiencias físicas que incluyen los misterios de sangre pero se pierda la dimensión espiritual de ser mujer, o tal vez experimente la dimensión sagrada de la Diosa como aspecto propio de sí misma o pueda dar forma a su creatividad o sabiduría por el hecho de estar en el cuerpo de una mujer pero permanezca célibe, nunca se quede embarazada o una intervención quirúrgica le provoque la menopausia.

Una mujer no debe necesariamente ser madre biológica para poder iniciarse en el aspecto maternal de la Diosa: puede conseguirlo mediante su naturaleza femenina y maternal, gracias a la cual se siente unida a las mujeres, los animales y la Naturaleza. Su mente reside en su cuerpo y su sabiduría surge de un conocimiento instintivo de lo que puede hacer con sus manos y su cuerpo para calmar, consolar o hacerse cargo de una situación que lo requiera: es capaz de ayudar a una mujer que está de parto, un animal atrapado en un cepo, una mujer enloquecida por el dolor, un niño aterrorizado demasiado pequeño para comprender qué está ocurriendo, y lo hace con una autoridad maternal que los

demás reconocen instintivamente. Cuando una mujer interviene en una situación haciendo lo que debe hacerse, ha llegado la Madre.

Una mujer puede proporcionar instintivamente un espacio psicológico similar al seno materno a los demás. Puede hacerlo ejerciendo una profesión que implique enseñar o ayudar a los demás o siendo esposa, madre o amiga: en cualquier circunstancia y cualquiera que sea el aspecto frágil o vulnerable de otra persona, la mujer puede apoyarle con su actitud y confianza en la capacidad de crecer de la otra persona.

Una mujer también puede engendrar su propio trabajo creativo, que proviene del seno de su propia experiencia explorando su interior y luchando por exteriorizarlo. Una mujer que hace esto se entrega a un proceso creativo que es como un embarazo. Algo en su interior desea adquirir forma a través de ella; el trabajo proviene de ella y es el resultado de su talento y experiencia, aunque tenga vida propia.

Una mujer no es maternal o creativa por decisión propia. Existe un aspecto femenino instintivo en todo lo que hace y cómo lo hace o cómo sabe lo que sabe.

Al igual que una mujer puede entregar su cuerpo para convertirse en un recipiente durante el embarazo, de forma similar, algunas mujeres con cualidades de médium con capaces de convertirse en el cáliz a través del cual puede surgir la consciencia. El Oráculo de Delfos y las mujeres nativas indias cuyos sueños concernían a toda la tribu funcionaban de este modo. Estas mujeres psíquicas a menudo habían de perder la consciencia para que el sueño o la información se canalizara a través de ellas, un paralelismo con las mujeres que son anestesiadas durante el parto. Ambas experiencias son muy diferentes cuando no se entrega la consciencia y la mujer se da cuenta del privilegio y el carácter sorprendente de lo que está haciendo. Ahora es un recipiente elegido y ella ha tomado la decisión de hacer lo que está haciendo con su cuerpo o mente. Bebe de profundidades arquetípicas o biológicas que misteriosamente se unen en experiencias del alma y es consciente de ser ese cáliz a través del cual emerge la vida o la visión. En ese momento tan especial, muchas mujeres están dando a luz a la consciencia de la Diosa.

En brazos de la Diosa

Cuando sentí la presencia de Dios a los dieciocho años, era real e innegable, y había un contexto apropiado. Estaba en un campamento cristiano, se hablaba de Dios y rezábamos, de modo que sabía lo que era aquella experiencia. Podía definirla para mi comprensión y la de los demás. A los cuarenta años, tuve otra experiencia sorprendente. Ahora sé que fue una experiencia de la Diosa. Al contrario de la primera vez, en esta ocasión no tenía contexto para guiarme y darle un nombre a la experiencia.

Ocurrió en mi consulta al final de una sesión de análisis con una mujer que, en otras circunstancias, podría haber sido fácilmente amiga mía. Desde el punto de vista clínico, había iniciado un importante período creativo de su vida. Por aquel entonces, yo estaba más cansada de lo que creía. Me sentía abatida y llena de dolor reprimido.

La semana anterior, una paciente mía había sido encontrada muerta en extrañas circunstancias. El período previo a su muerte había sido una buena época para ella, y yo la había visto el día que murió. Aquella noche, el juez de instrucción me llamó para comunicarme la noticia y me encargó que la comunicara a los demás. Durante la semana previa a su muerte, yo había estado en contacto con el personal del centro médico donde mi paciente seguía un tratamiento, me había entrevistado con su hijo, que todavía era bastante joven, y había hablado con una de sus amigas íntimas, quien también era mi paciente. Al no contar con otras opciones, había solicitado a un sacerdote que conocía que celebrara el funeral. Entre tanto, tuve que seguir ocupándome del resto de mis pacientes y cumplir con mis clases y mis responsabilidades como madre y esposa.

Nadie pensó que yo necesitaba consuelo, ni siquiera yo misma, hasta que aquella mujer que era mi paciente notó algo y me preguntó si estaba bien. Y cuando mis ojos se llenaron inesperadamente de lágrimas, ella abandonó su papel de paciente y se levantó para abrazarme. En aquel momento, sentí que una presencia mucho mayor estaba allí con las dos. Cuando aquella mujer me rodeó con sus brazos, sentí como si ambas estuviéramos entre los brazos de una presencia invisible y divina. Me sentí profundamente aliviada y noté un dolor agudo en el pecho. Esto ocurrió antes de que yo supiera la existencia de un chakra del corazón, pero ahora sé que en aquel momento se abrió por completo.

Ahora también sé que la Diosa (de quien ni siquiera sospechaba la existencia) puede manifestarse de este modo. Fue diferente a la experiencia que había tenido de Dios. En aquel caso, la presencia humana no era necesaria y la oración me proporcionaba una sensación de continuidad y conexión.

En este caso, en cambio, la compasión y los brazos de una mujer fueron los medios que me permitieron sentir una presencia maternal y misteriosa. Me sentí profundamente aliviada, como si una divinidad femenina que era muy superior a nosotras dos sostuviera entre sus brazos nuestros cuerpos y nuestras almas. Fue una experiencia transpersonal como lo había sido la anterior experiencia de Dios, pero tenía un componente físico: «Dios» era trascendente, como si proviniera de arriba y del espíritu, mientras que la «Diosa» se manifestó en forma de mujer humana en un momento de amor compasivo y me dejó con un dolor en el corazón, como una huella corporal. Al igual que la experiencia de Dios, este momento sagrado en que experimenté a la Diosa fue real e innegable y ocurrió cuando yo era vulnerable y estaba en un lugar sagrado. Porque la «consulta analítica» es un lugar especial, como una especie de capilla a pesar de estar destinada a un uso terapéutico. En aquel espacio, lo que ocurrió entre nosotras debía ser analizado y comprendido, y en aquel momento sólo disponía de las herramientas intelectuales de transferencia para conseguirlo. Hice todo lo que pude, pero mis esfuerzos para tratar de analizar la experiencia con estas herramientas no surtieron efecto.

Aquella experiencia tuvo un efecto duradero: a partir de entonces, siempre que sentía compasión por alguien, sentía un inmenso amor acompañado por un ya familiar dolor en el chakra del corazón, en el centro del pecho entre mis dos senos. En este mismo punto, más tarde sentiría también el efecto diapasón, primero en la Catedral de Chartres y posteriormente en otros lugares sagrados. Es una reacción

corporal que siento en lo más profundo de mi interior.

Ahora pienso en ese profundo momento como una experiencia del Grial donde la Diosa era el Grial que nos abrazaba. Esto, y lo que otras personas me han contado sobre sus experiencias de la Diosa, me hacen pensar que la Diosa es un ser que proporciona alimento y consuelo, cuya presencia se evoca mediante el contacto humano.

Cuando fui consciente de que las mujeres pueden sentir la presencia de la Diosa como una energía maternal, femenina y sanadora, reconocí que el suceso ocurrido en una cueva de Montana y relatado por dos mujeres era una experiencia de la diosa. Ambas participaban en un taller femenino que yo había organizado. Entramos en una cueva donde se habían hallado restos humanos pertenecientes a la época glaciar. Una cueva es un símbolo de seno materno y tumba a la vez; penetrar en ella es como realizar un viaje simbólico al interior de la tierra, el mundo subterráneo, el lugar de donde proviene toda la vida y donde toda vida regresa al morir. Es el reino mitológico de la diosa griega Perséfone y la diosa sumeria Erishkigal. En total éramos unas cuarenta mujeres. Entramos en la cueva con linternas, avanzando una detrás de otra separadas por poca distancia, en ocasiones reduciendo la marcha para atravesar pasos estrechos, avanzando principalmente hacia abajo, ayudándonos mutuamente. Recorrimos una especie de largo laberinto que desembocaba en un gran sala, donde nos sentamos alrededor de un altar construido con rocas. Encendimos una vela para iluminar ligeramente la sala. Era como si estuviéramos en las entrañas de la Tierra, en un acogedor y oscuro seno materno.

Todas las mujeres que habían entrado en la menopausia, tanto por motivos de edad como por intervenciones quirúrgicas, podían participar en su iniciación como mujeres sabias levantándose, tomando la vela y hablando. Cada mujer hablaba de lo que había aprendido, de la sabiduría que había adquirido a lo largo de su vida.

Clare habló de su histerectomía, que había extinguido su profundo deseo de tener un hijo. Nos contó que había estado muy distanciada de su madre, pero volvieron a unirse cuando su madre permaneció a su lado mientras se recuperaba de la operación. Todo ocurrió gracias al hecho de que Clare había seguido su intuición y le pidió a su madre que permaneciera junto a ella. Siendo la hija mediana de una familia numerosa, Clare nunca había sido la única preocupación de su madre. Consiguió perdonarla por el abandono que había experimentado siendo niña y un nuevo vínculo de unión se estableció entre las dos, aunque el dolor de no poder ser madre seguía vivo en su interior. Cuando terminó de hablar, devolvió la vela a su lugar y volvió a sentarse con los ojos llenos de lágrimas. La mujer que estaba a su lado la abrazó y, en ese momento, también ella se sintió abrazada como a mí me había pasado, no sólo por una mujer, sino por la Diosa que se manifiesta a través de las mujeres como una presencia misteriosa, reconfortante y sanadora.

La siguiente vez que experimenté la visita de la Diosa para reconfortar a una mujer de este modo fue en un gran círculo de monumentos megalíticos en Irlanda. Acabábamos de finalizar una meditación guiada, durante la cual una mujer

llamada Patricia revivió la primera vez que se alejó de casa para asistir a un campamento de verano y al regresar descubrió que su madre había regalado su querido perro al basurero. El dolor y la incredulidad invadieron su rostro como si todo acabara de suceder y ella sólo tuviera siete años. Jo, que estaba sentada a su lado, reaccionó instintiva e inmediatamente y la consoló; tanto si fue con sus brazos, como recuerda Patricia, o con sus palabras y su corazón, como cuenta Jo, Patricia se sintió reconfortada por una presencia maternal misteriosa y sanadora. Jo también sintió que participaba de algo extraordinario y notó que ambas estaban en un «espacio ovoide con una poderosa carga» o un campo de energía.

Jo me escribió relatando lo que hizo y sintió:

> La meditación finalizó; la gente se sentó o se levantó y empezó a alejarse caminando. Patricia parecía estar paralizada, seguía sentada con la cabeza y los hombros inclinados hacia adelante. Me sentí invadida por una fuerte energía y le dije: «Patricia, te abrazaré con mi corazón mientras haces lo que necesitas hacer». Ella profundizó en el pozo de su dolor y se tumbó en el suelo, llorando. Me senté a su lado, ofreciéndole con mi corazón un espacio sagrado. Reviví todo lo que había hecho a lo largo de mi vida: mi propia experiencia del dolor, mi experiencia terapéutica con otras personas, todo desembocaba en aquel momento.
>
> Mientras la energía de Patricia parecía menguar para volver a recuperar su intensidad de nuevo, se levantó y empezó a realizar unos movimientos semejantes al tai-chi. Yo también me puse en pie y ambas llenamos nuestro espacio ovoide con la danza, alcanzando unidas un éxtasis de plenitud. Sin lugar a dudas, la Diosa estaba presente.

En estos momentos, cuando nos sentimos protegidas entre los brazos de la Madre Diosa, una mujer compasiva actúa como intermediaria, lo cual me lleva a pensar que esta divinidad femenina se manifiesta a través del cuerpo y el corazón de una mujer humana, creada a Su imagen y semejanza.

Todos los misterios de sangre que he descrito hasta el momento son arquetípicamente los de Perséfone-Demeter-Hécate, la doncella-madre-anciana, los tres aspectos de la Triple Diosa, las tres caras de la feminidad. Existe otra iniciación a un misterio de sangre: la desfloración de la doncella, quien sangra cuando se rasga su himen. Cuando es una experiencia de Perséfone, a pesar de que la mujer dé su consentimiento con el corazón y la mente, siempre existe una resistencia corporal. La doncella experimenta una violación de su virginidad física o psicológica; ha perdido su pureza y se siente poseída. Es una Perséfone raptada y desflorada que puede convertirse en una Demeter embarazada.

Por otra parte, una mujer joven que arquetípicamente sea una Afrodita puede responder con todo su cuerpo a un amante apasionado y sensible cuando es penetrada por primera vez. La pequeña cantidad de sangre que mancha las sábanas es entonces un símbolo de la iniciación que la ha transformado y ha convertido a la doncella sexualmente dormida en una mujer plenamente sexual, que es un misterio sagrado. Cuando Afrodita impulsa a los dos amantes, el contacto sexual puede convertirse en una comunión celebrada a nivel corporal y espiritual. Las sociedades patriarcales son incapaces de aceptar que la unión sexual puede ser un acto sacramental mediante el cual se manifiesta la divinidad.

Al igual que en todos los misterios de sangre, es necesario que la experiencia física tenga un componente sagrado para que pueda ser una iniciación para la mujer. Una mujer no se transforma automáticamente de doncella no iniciada a mujer sabia al perder su virginidad. El misterio transformativo de Afrodita, diosa del amor y la belleza, a quien yo llamo la «diosa alquímica» en *Las diosas de cada mujer,* tal vez sea el misterio femenino menos experimentado en las sociedades patriarcales. Es más probable que una mujer se inicie en este misterio en la madurez, si es que llega a conseguirlo.

En los patriarcados tradicionales, el cuerpo de una mujer pertenece a su marido y debe satisfacer las necesidades de éste, no las suyas propias. El deseo camal es «pecado» y a las mujeres se les prohíbe disfrutar de él. Desde hace dos mil años, se ha considerado que las mujeres que disfrutaban su sexualidad eran «prostitutas», mientras que la represión de la sexualidad garantizaba la seguridad de una mujer: una «buena mujer» se protegía socialmente y se consideraba una buena madre y esposa.

Cuando se supone que el hombre debe dominar la situación, se inhibe su potencial humano y divino como amante extático, aunque sea muy buen amante y esté orgulloso de su habilidad, que ha aprendido y practicado. Para experimentar a la Diosa a través de una mujer humana, su ego no puede controlarla ni a ella ni a sí mismo. El amor debe predominar sobre el poder para que la Diosa se manifieste encamada en este Misterio.

Al igual que una mujer embarazada o una mujer que da el pecho a su hijo pueden entrar en un estado alterado de consciencia y ser conscientes de que participan en un momento sagrado donde ella y la diosa madre forman una unidad, también es posible vivir una experiencia amorosa y sexual sacramental donde la mujer y la diosa Afrodita son una misma cosa.

Los misterios femeninos y el grial

Debemos recordar cuándo y cómo cada una de nosotras hemos vivido una experiencia de la Diosa y nos hemos sentido sanadas por ella. Estos momentos son instantes sagrados, atemporales y misteriosos que a veces resultan difíciles de expresar con palabras. Pero cuando alguien relata una experiencia similar, puede evocar nuestras vivencias y hacemos recordar los sentimientos, reviviendo así la experiencia. Esto sólo ocurre si hablamos de una experiencia personal. Por este motivo necesitamos palabras para describir los misterios femeninos que, como todo lo que es de las mujeres, parece que deben transmitirse de mujer a mujer. Todas actuamos como comadronas para que las demás puedan dar a luz a su consciencia. Expresar nuestra propia verdad en palabras por primera vez suele parecer aterrador, pero cada vez resulta más sencillo. Por nuestra experiencia colectiva como mujeres, sabemos que existen riesgos y peligros.

En algún lugar de nuestro interior, recordamos la época de la hoguera, cuando se perseguía y se quemaba vivas a las mujeres acusándolas de brujas. Esta práctica se llevó a cabo a lo largo de trescientos años durante la época de la Inquisición. En lo que se ha llamado posteriormente «el holocausto femenino», se quemó a más mujeres en la hoguera de las que fueron asesinadas por los nazis en

los hornos de gas durante el holocausto de la Segunda guerra mundial. Se persiguió a las comadronas por aliviar los dolores del parto (lo cual iba en contra del mandato de la Biblia según el cual las mujeres debían sufrir), las sanadoras que conocían las propiedades medicinales de las plantas, mujeres que celebraban la llegada de las estaciones, mujer excéntricas, mujeres cuyas posesiones alguien codiciaba, mujeres que decían lo que pensaban, mujeres inteligentes, mujeres sin protección. Esta memoria colectiva tiene el mismo efecto que un trauma personal no superado. Cuando las mujeres descubrimos nuestras propias experiencias sagradas y hallamos palabras para expresarlas, la ansiedad se apodera de nosotras. Necesitamos ser valientes para dar a luz a lo que sabemos.

En algún lugar de nuestra alma, las mujeres recordamos una época en que los humanos nos referíamos a la divinidad con los términos Diosa y Madre. Cuando nos iniciamos en los misterios femeninos, descubrimos que somos portadoras de un cáliz sagrado, que el Grial se manifiesta a través de nosotras.



6. Peregrinación a Glastonbury

Las peregrinaciones invitan a la reflexión. Estamos tan receptivos a nuestros pensamientos, sentimientos y recuerdos como a la impresión que nos causan los lugares sagrados. Como resultado, reflexionamos, recordamos experiencias significativas y establecemos conexiones, tal como yo he estado haciendo en los dos últimos capítulos. Más tarde, cuando llegamos a la siguiente parada de nuestro itinerario, volvemos a centrar nuestra atención en el exterior. En esta peregrinación en particular, al principio el camino que seguía era tan laberíntico como el laberinto de Chartres.

Había ido desde Holanda, donde conocí al Dalai Lama, hasta Chartres, y después volví a Holanda antes de iniciar la siguiente etapa de la peregrinación, cuyo destino era Glastonbury, en Inglaterra. La señora Detiger me había buscado una compañera de viaje con quien debía reunirme en Holanda para embarcamos rumbo a Glastonbury desde allí.

A pesar de no haber estado previamente en ninguno de los destinos previstos, la Catedral de Chartres era un lugar real dentro de mi mente, en cambio para mí Glastonbury era más un lugar mitológico que geográfico.

Glastonbury

La señora Detiger me había invitado con gran énfasis: «Debes ir a Glastonbury». Su convicción, por no mencionar el oportuno momento en que recibí su carta, contribuyeron a intensificar la sensación de que aquélla no era una invitación corriente. Porque ella no podía saber que yo ya había visitado este lugar en un sueño que había tenido muchos años antes, un lugar que cautivó mi imaginación desde que leí *Las nieblas de Avalon.* En esta novela, desde Glastonbury se podía llegar a Avalon, el último reino de la Diosa donde las mujeres eran sacerdotisas, sanadoras y visionarias.

Glastonbury es una pequeña población del condado de Somerset, en el suroeste de Inglaterra. El pueblo se extiende sobre un rectángulo de cuarenta acres de terreno, donde todavía se conservan las impresionantes ruinas de la Abadía de Glastonbury, que su época fue la mayor iglesia de Inglaterra. La característica más destacable de la zona es una colina poco corriente con una torre en su cima, situada en las afueras del pueblo. Es la Torre de Glastonbury, que se alza 158 metros por encima del nivel del mar.

Glastonbury está rodeado por grandes extensiones de campos. Desde la Torre se puede contemplar un bello paisaje de suaves líneas y verdes cultivos.

Vista desde lejos, la Torre se alza rebelde sobre los campos desde su escarpada colina como si fuera una isla. En épocas antiguas, la llanura que se extiende por el oeste hacia el Canal de Bristol y el mar estuvo cubierto de agua. Los barcos amarraban alrededor de lo que ahora son colinas; se han hallado restos de un muelle en la colina de Wearyall.

La colina de Wearyall recibe este nombre porque, según las contribuciones cristianas a la leyenda de Glastonbury, aquí es donde llegó José de Arimatea con sus compañeros de Tierra Santa, cansados (*weary* en inglés) del largo viaje. Al desembarcar, José, quien en el Nuevo Testamento proporcionó la tumba para el cuerpo crucificado de Jesús, supuestamente clavó su bastón en el suelo y, milagrosamente, en ese mismo punto creció la vida en forma de árbol. Este árbol, llamado el Espino Santo, florecía todos los años en Navidad. Aunque este árbol fue destruido, sus descendientes de Glastonbury todavía siguen floreciendo entre finales de diciembre y principios de enero. En la actualidad, todos los años se envía una rama florecida del Espino Santo al soberano que reina en Inglaterra. El Espino Santo es muy diferente a los árboles característicos de la vegetación inglesa y se parece más a las especies que crecen en Tierra Santa.

Glastonbury es un centro de historia y leyendas celtas, artúricas, cristianas y esotéricas. Los libros de Geoffrey Ashe —especialmente *Avalonian Quest (La búsqueda de Avalon)*— recogen ampliamente todas las leyendas y tradiciones que se sitúan en Glastonbury: que se veneraba como el lugar más sagrado de Gran Bretaña antes del cristianismo y acogió a la primera comunidad cristiana; que José de Arimatea llegó allí con el Santo Grial de la última cena, que posteriormente se perdió; que la Torre y la escarpada colina de Glastonbury fueron en una ocasión la Isla de Avalon, donde se llevó a Arturo después de ser herido en su última batalla; que es uno de los grandes centros de energía del mundo occidental.

Y ahora yo me dirigía a Glastonbury, ese lugar que había permanecido vivo en algún rincón de mi mente durante más de veinte años, desde que tuve el siguiente sueño:

##

Yo descendía por una escalera de caracol estrecha y mal iluminada que conducía a una habitación secreta situada debajo de una catedral. La habitación era espaciosa y estaba bien iluminada y ventilada. Había el cuerpo de un caballero o rey ataviado con armadura. Hacía siglos que estaba muerto, sin embargo tenía el mismo aspecto que si estuviera vivo (como Blancanieves después de morder la manzana envenenada). Llevaba un anillo con una gran piedra oval de tonos verdes o azulados, que ahora se me entregaba para que lo llevara yo. A continuación me encontraba en la planta inferior de unos grandes almacenes. Era como si hubiera atravesado la pared de la habitación situada debajo de la catedral y hubiera ido a parar a aquel lugar ruidoso y ordinario. Llevaba el anillo pero le había dado la vuelta para que la piedra quedara oculta dentro de mi mano y sólo yo pudiera verla. Desde fuera sólo se veía un aro liso y sencillo.

En este significativo sueño descubría que un rey o caballero artúrico estaba oculto bajo el suelo de una iglesia. Era un símbolo de la autoridad, espiritualidad,

fuerza, coraje y honor masculinos, y el hecho de que yo hubiera recibido su anillo significaba que debía transmitir al mundo lo que aquel caballero representaba. Sin embargo la piedra llamaría la atención de forma inmediata y divulgaría algo que debía mantener en secreto, de modo que debía dar la vuelta al anillo para que la piedra quedara oculta.

Cuando conté el sueño a mi psicoanalista, me preguntó si había oído a hablar de la Abadía de Glastonbury y yo le respondí sinceramente que no. Supongo que él sabía que bajo el suelo de la abadía se encontraron los supuestos restos del Rey Arturo. También mencionó un libro que había leído muchos años antes titulado *The Gate of Remembrance (La puerta del recuerdo).* Tanto el nombre de Glastonbury como el título del libro permanecieron vivos en mi memoria durante años, como sucede a menudo con todo aquello que implica cierto misterio. En la época en que tuve el sueño intenté localizar el libro, pero no pude encontrar ni rastro de su existencia.

Desde entonces he recordado este sueño en muchas ocasiones y también he tenido otros sueños relacionados con el primero. Éste es otro de los sueños que tuve en aquella época:

Estoy en un edificio medieval de piedra que tiene un claustro y un patio interior. Entro en una pequeña habitación a la que se accede desde el claustro a través una puerta que se abre en el muro, como si fuera un pasadizo secreto de una película de misterio, y ahora estoy en el exterior, en una especie de parque donde muchas personas disfrutan del soleado día ignorando que, un momento antes, yo estaba en un mundo diferente.

No es extraño que el libro *Las nieblas de Avalon* me intrigara mucho, ya que mis propios sueños indicaban la posibilidad de pasar de una realidad a otra. Además, teniendo en cuenta que era capaz de soñar con un caballero artúrico y con llevar su anillo en el mundo actual, no es nada sorprendente que al iniciar este viaje me identificara rápidamente con Perceval. Por lo que respecta a Glastonbury, tuve la sensación de entrar en un paisaje onírico repleto de historias y leyendas, incluyendo la que afirma que Glastonbury es el lugar donde el velo que separa los mundos es más fino.

Observando la Torre

Para llegar a Glastonbury desde el aeropuerto de Heathrow, tomamos una autopista en dirección oeste que pasa junto a Stonehenge. Después de pasar por varias carreteras secundarias, llegamos a la carretera de Shepton Mallet, una estrecha y no precisamente recta carretera limitada por vallas y setos. Esta carretera nos condujo a través de campos donde pastaban ovejas y a través de parte del polémico Zodiaco de Glastonbury, cuyos defensores afirman que Glastonbury está situado dentro de un círculo zodiacal que mide aproximadamente dieciséis kilómetros. Las figuras de este círculo son determinados puntos característicos del paisaje que, supuestamente, están situados en la misma posición relativa que las constelaciones del cielo.

De repente, la carretera cambió (pudo ser un cambio de rasante o un espacio

libre de setos) ¡y allí estaba la Torre de Glastonbury! Digo esto entre signos de exclamación porque la aparición de la imagen de la Torre es realmente impactante. La Torre está situada en la cima de una montaña que en realidad no es más que una colina, pero no sería justo calificarla sólo de colina. Las laderas estaban cubiertas de abundante vegetación y parecían haberse formado terrazas; en lo alto había una torre de vigilancia. Como estábamos a finales de mayo, la base de la colina y los campos que la rodeaban estaban sembrados de manzanos en flor. A primera vista parecía tener una forma triangular, como de pirámide. Después, a medida que avanzábamos por la carretera, el perfil de la colina cambió al ensancharse el ángulo de una de sus laderas.

La colina emana poder y misterio desde cualquier perspectiva. Hay algo sobrenatural y escultural en su forma, en sus terrazas que la envuelven formando una espiral y en la torre de la cima que parece uno de los monumentos megalíticos de Stonehenge. La Torre es lo único que queda de la iglesia de San Miguel, que en épocas pasadas dominó toda la región desde lo alto de la colina. Un extraño terremoto destruyó la iglesia y sólo dejo la torre en pie.

En Inglaterra, los cristianos tomaron posesión de los lugares sagrados dedicados a la Diosa de dos formas diferentes: construyendo iglesias dedicadas a san Miguel, como en el caso de la Torre, o capillas en honor a María. San Miguel suele representarse pisando una serpiente, imagen que también representaba a la Diosa y simboliza la existencia de corrientes de energía telúrica que habitan bajo el suelo de lugares sagrados y lo recorren como serpientes. En China, estas corrientes se denominan con el término *lung-mei,* los caminos del dragón; en la moderna ciudad de Hong Kong, aún en nuestros días se consulta a los especialistas acerca de estas corrientes del dragón antes de edificar en un terreno.

Las zonas donde la energía es más intensa se convierten en lugares sagrados o puntos de poder. Las imágenes que se asocian con esta energía son arquetípicamente similares tanto en Europa occidental como en China. Tanto el dragón chino como la serpiente tienen cuerpos ondulantes y poder. En una cultura que respeta la Tierra, se considera que el dragón es benévolo, sin embargo en las culturas judeo-cristianas, donde se considera que la Tierra (y las diosas y las mujeres) deben domesticarse y dominarse, se teme a los dragones y serpientes (que san Miguel aplasta, san Patricio expulsa y san Jorge mata.)

Me divertí pensando que el terremoto que destruyó la abadía de san Miguel podría haber sido una expresión de la ira de la Diosa Madre Tierra ofendida, que se negaba a ser ignorada. Sin embargo san Miguel ganó la partida, puesto que la abadía de San Miguel, que en una ocasión estuvo situada en lo alto de la colina, es una de las que todavía existen sobre una corriente de energía que recorre el sureste de Inglaterra hasta la isla rocosa de San Miguel en Cornualles, el punto más occidental de Inglaterra.

El segundo método para usurpar los lugares sagrados dedicados a la Diosa consistía en construir iglesias o catedrales en honor a María. Como expresión femenina de la divinidad, María es arquetípicamente la Diosa Madre. A excepción del nombre, así es como se le rinde culto en Chartres, por ejemplo. A pesar de las diferencias establecidas por los teólogos, el hombre o la mujer que reza a María se

está dirigiendo a la misma diosa compasiva cuyos nombres eran, entre otros, Demeter, Isis, Tara o Kuan Yin, diosas que, como María, comprendían el sufrimiento. La hija de Demeter, Perséfone, fue secuestrada y el marido de Isis, Osiris, fue descuartizado. Al igual que el hijo crucificado de María, tanto Perséfone como Osiris también resucitaron. Cuando se construyen iglesias dedicadas a María en lugares donde se rendía culto a antiguas diosas, en realidad sólo se les cambia el nombre y se puede considerar que todavía se adora a la Diosa.

Siguiendo la carretera, dejamos atrás la Torre de Glastonbury y nos dirigimos hacia el pueblo y el pequeño hotel llamado «Chalice Hill House», donde íbamos a hospedamos. Al llegar descubrí que Geoffrey Ashe, escritor y experto en la historia y las leyendas de la región, nos estaba esperando. La señora Detiger se había encargado de preparar el encuentro. Geoffrey Ashe nos llevó hasta un lugar donde se podía contemplar una vista panorámica de toda la zona y distinguir en el paisaje la silueta de una mujer tumbada. Más tarde Barri Devigne, un experto en leyendas artúricas, nos llevó a Cadbury, donde probablemente se ubicaba Camelot. En el camino se detuvo para mostramos algunos de los puntos concretos del Zodiaco de Glastonbury. Mirar el paisaje y ver lo que ellos estaban viendo era como buscar las constelaciones en el cielo estrellado; las marcas son tan fáciles de identificar como las estrellas cuando alguien nos las señala, pero no resulta tan sencillo identificar de qué figura forman parte. En Glastonbury, el paisaje invita a imaginar y ver más allá de la simple realidad.

Visitar a la Torre

En mi primera mañana en Glastonbury, me levanté temprano dispuesta a visitar la Torre. Pasé junto a los manzanos en flor y emprendí la subida a la colina. A aquella hora de la mañana, yo era la única persona que estaba por allí. Las terrazas en forma de espiral, que vistas desde lejos parecían tan bien definidas y supuestamente eran siete, no resultaban nada fáciles de seguir cuando se iniciaba la subida. Al igual que había recorrido el laberinto de la Catedral de Chartres, ahora quería recorrer la colina de la Torre. Mientras seguía las espirales de la ladera para llegar hasta la cima, me sentí confusa y por un momento pensé que me estaba equivocando en algo.

Cuando se observa la Torre desde lejos, la construcción atrae toda la atención del espectador y parece ser el destino final del sendero que serpentea por la ladera. Sin embargo, al llegar a la Torre, me causó varias sensaciones diferentes. Como ya había hecho en la Catedral de Chartres, dejé mi mente en blanco para que el lugar pudiera sugerirme imágenes y despertar sensaciones en mí. Ahora la torre en sí me parecía una construcción impuesta, fuera de lugar. Sentí que el poder del lugar residía en la colina de forma uterina. En lugar de sentir el impulso de subir a la cima, noté que probablemente había existido un túnel que penetraba en la montaña desde la base.

Según descubrí más tarde, estos pensamientos resultaron corresponderse con antiguas conjeturas que otros habían emitido sobre el lugar: ¿Existía alguna caverna o estancia dentro de la montaña? ¿Existía alguna entrada al mundo subterráneo? Geoffrey Ashe escribe: «Hasta nuestros días se conserva la arraigada

leyenda local que afirma que dentro de la montaña de la Torre existe una cámara. Normalmente se dice que esta sala o estancia está situada bajo la cima, tal vez a una distancia considerable en dirección descendente. Según la leyenda, algunas personas han encontrado la entrada a la montaña y han salido de ella enloquecidas».

En la mitología celta, el Otro Mundo recibe el nombre de Annwn, un reino mágico. Este reino se ha asociado con la Torre de Glastonbury. En Annwn existía un caldero mágico que continuamente proporcionaba maravillas. Este caldero era parecido, si no el mismo, al caldero mágico del renacimiento y la regeneración, donde lo muerto podía recrearse, hacerse nuevo y renacer. En mi opinión, el caldero y el Grial están simbólicamente relacionados, ya que en algunas versiones de la leyenda del Grial, este objeto es un plato que proporciona cualquier alimento que una persona desee. Por otra parte, como símbolo de Jesús y de la Ultima Cena, el Grial está relacionado con la muerte, la resurrección y la promesa de vida eterna. Los tres días que Jesús pasó en la tumba corresponderían a su paso por el Otro Mundo y el caldero del renacimiento y la regeneración.

Las cuevas y los túneles subterráneos son imágenes que están universalmente relacionadas con la Madre Tierra como útero y tumba, con la Diosa que nos da la vida y nos acoge al morir. La Tierra funciona como un caldero de regeneración: todo muere y va a parar a la Tierra o a la atmósfera de la Tierra y se recicla y regenera creándose vida nueva. La Madre Tierra también es el caldero de la abundancia, que nos proporciona todo lo necesario para conservar la vida.

La montaña de la Torre de Glastonbury de forma uterina evoca pensamientos del Otro Mundo y espacios subterráneos ocultos. El hecho de caminar por la montaña despertó en mí imágenes y sensaciones que se correspondían con los antiguos mitos y leyendas del lugar. Era mi primera visita a Glastonbury y no conocía las historias relacionadas con la Torre. Ahora me pregunto: ¿Existe realmente un reino subterráneo bajo la montaña o simplemente su forma evoca esta imagen? De todos modos ¿qué tiene la Torre de especial? Lo innegable es que, en las profundidades de la Tierra o de la mente, las imágenes relacionadas con el Otro Mundo y la Diosa asaltan la consciencia tanto del visitante como del habitante de la región.

Para mí, pasear por la Torre y tener impresiones que resultaron formar parte de la leyenda se correspondía con lo que se dice sobre Glastonbury: es un lugar donde el velo entre los mundos es más fino. Mi mente se llenaba de imágenes relacionadas con las creencias acerca de la Torre y mi cuerpo parecía notar que no estaba siguiendo un camino normal cuando supuse que existía un camino en forma de espiral que conducía a la cima. No sólo sentí que «me equivocaba», sino que además es imposible seguir ese camino sin tener que escalar de vez en cuando para pasar de un nivel a otro.



Después de estudiar y visitar la Torre, Geoffrey Ashe concluyó que existe un camino y que tiene la forma de laberinto cretense (véase la figura). Tanto Glastonbury como Chartres cuentan con un laberinto. El laberinto de Glastonbury es una versión simple y tridimensional cuyo recorrido está diseñado al estilo de los laberintos cretenses, que es la forma más habitual de un laberinto. Este tipo de laberintos se encuentran excavados en los muros de roca de cuevas de muchas partes del mundo. Así pues, estaba recorriendo una versión tridimensional del laberinto bidimensional más elegante y simétrico de Chartres y, en ambos casos, el laberinto evocaba la imagen del seno materno. La montaña de la Torre tenía una forma uterina y el laberinto de Chartres estaba situado en la posición que correspondería al útero de la catedral.

Si estas impresiones fueran verdaderas, entonces, en el lenguaje de *Las nieblas de Avalon,* serían un ejemplo del don de la Vista: una forma de conocimiento que puede manifestarse de forma natural en la mayoría de mujeres, tal como sucede en el caso de las habilidades espaciales en la mayoría de hombres. En cualquier caso, nuestra cultura no da mucho crédito al conocimiento intuitivo o extrasensorial.

Creo que puede establecerse un buen paralelismo con la experiencia de buscar pisos o casas de segunda mano. Cuan—do entramos en casas vacías que están a la venta, o incluso en una habitación concreta de la casa, con frecuencia sentimos en el ambiente si los recuerdos de aquellas paredes son felices, tristes o incluso aterradores. Y a veces, cuando preguntamos, nos proporcionan alguna información que confirma nuestra sensación. Esta capacidad es característica de la categoría parapsicológica de la psicometría: es lo que hace una persona con habilidades psíquicas cuando toma un objeto entre sus manos y describe a su dueño.

La psicometría y la posibilidad de que existan campos mórficos, como sugiere el biólogo teórico Rupert Sheldrake, explicarían cómo es posible que una persona visite un lugar con cualidades arqueológicas, históricas o sagradas y sienta lo que allí ocurrió en el pasado sin equivocarse. Sheldrake describe los campos mórficos como una fuente de memoria acumulativa que se basa en la experiencia de una especie en el pasado. Al conectar con un campo mórfico humano, reaccionamos como individuos de nuestra especie, haciendo lo que los humanos han hecho. Desde la prehistoria hasta nuestra época, los humanos han tenido unas creencias espirituales, han seguido unos ritos, han construido lugares de culto y se han relacionado con la divinidad. Sea cual sea la práctica, el lugar o la experiencia mística que un ser humano haya tenido, estaba relacionada de algún modo con los campos mórficos de nuestra especie, cuyo contenido sobrepasa los límites del tiempo y la distancia. La teoría de resonancia mórfica de Sheldrake (aplicada a los humanos) y el concepto de Jung de la existencia de un inconsciente colectivo son dos ideas muy similares. Ambas teorías justifican la existencia de recuerdos, conocimiento, comportamiento o imágenes que no adquirimos en nuestra vida personal; ambas justifican la existencia de experiencias transpersonales, colectivas y arquetípicas.

A través de la meditación o de los sueños, en un estado místico o extático, una persona que conecta con el inconsciente colectivo o un campo mórfico tiene acceso a una experiencia transpersonal donde el tiempo y la distancia son inmateriales. Sheldrake compara nuestro ADN con una antena de televisión que nos permite captar una transmisión por ondas; los humanos «sintonizamos» con frecuencias del campo mórfico. La idea de inconsciente colectivo de Jung se basa en un principio similar: el inconsciente colectivo (o campo) contiene imágenes arquetípicas, sensaciones y sentimientos y pautas de comportamiento de los cuales no somos conscientes hasta que se activan y adquirimos consciencia de ellos. Platón desarrolló una variante de la misma idea cuando dijo que existe una forma pura con lo que todo está relacionado, como por ejemplo un triángulo perfecto. Aristóteles afirmaba que cada ente tiene un alma y que ésta no está contenida en el cuerpo, sino que el cuerpo está contenido en el alma. En este caso, el alma sería un «campo» que influiría y estaría influido por el cuerpo. Esta idea tiene puntos en común con la teoría de Sheldrake, según la cual los humanos conectamos con el campo mórfico, influenciándolo y recibiendo sus influencias al mismo tiempo.

El conocimiento gnóstico podría ser conocimiento que recibimos al conectar con un aspecto espiritual del campo mórfico. Volviendo a la analogía de la antena de televisión, la parte de nuestra psique con que nos identificamos puede determinar qué «canal» sintonizamos. La existencia de un campo de «transmisión» invisible sugiere esta posibilidad. En este caso, si estamos en contacto con nuestra alma o nuestro Yo (en lugar de identificamos con el ego o un complejo), que es la actitud interior del peregrino, estaremos abiertos a la posibilidad de percibir experiencias espirituales.

Los campos mórficos abarcan todas las épocas de la historia y, por consiguiente, contienen todas las experiencias humanas importantes que se han producido. La historia puede olvidar y tal vez sólo quedan rastros de una época matriarcal donde se rendía culto a la Diosa, pero si los campos mórficos existen, las imágenes y ritos que han permanecido en el olvido durante miles de años estarán al alcance de las personas que vuelven a centrar su atención en una divinidad femenina. Teniendo en cuenta esta posibilidad, los rituales espontáneos de culto a la Diosa practicados por las mujeres contemporáneas no serían ritos inventados sino recordados. Conectando con un campo mórfico en un lugar sagrado, un peregrino puede percibir intuitivamente lo que realmente ocurrió en aquel lugar con mayor precisión que un experto con recursos limitados. Los investigadores rechazan el uso de la intuición, sobre todo por parte de mujeres, como ocurrió en el caso de la arqueóloga Marija Gimbutas. Los críticos no dieron crédito a sus teorías porque incluyó especulaciones intuitivas acerca del significado de trozos de loza y otras piezas halladas en lugares destinados al culto de divinidades femeninas. Si existen los campos mórficos y la arqueóloga conectó con uno de ellos, sus conclusiones serían correctas.

Existe un importante movimiento espiritual que se extiende por todo el mundo, sin embargo está desorganizado: las mujeres se reúnen en grupos reducidos o actúan a título individual, prestando atención a los cambios de estación y otras transiciones importantes, practicando rituales, construyendo

altares, buscando símbolos que expresen importantes temas y sentimientos espirituales y psicológicos. A falta de tradición, las mujeres siguen su intuición y hacen lo que espontáneamente les parece lo correcto. Después de seis mil años de patriarcado y divinidades masculinas, se ha perdido la transmisión de tradiciones espirituales de madres a hijas, el culto a divinidades femeninas y el conocimiento de las sacerdotisas, sanadoras y mujeres sabias. Sin embargo, tal vez estemos asistiendo a una recuperación de las tradiciones perdidas gracias al despertar espontáneo de un movimiento espiritual femenino. En los lugares sagrados donde una vez se adoró a la Diosa, las mujeres llevan a cabo los rituales recuperados. Las mujeres se reúnen para celebrar los cambios de estación. ¿Es posible que las mujeres estén conectando con un campo mórfico que les permite devolver a la Diosa a la consciencia humana? ¿Es posible que los ritos contemporáneos reflejen lo que ha ocurrido en el pasado y añadan su propia contribución?

Las experiencias de la Diosa se producen en individuos que recuperan la consciencia de la Diosa a través de su propia creatividad personal. Aunque esto ocurra mayoritariamente en el caso de mujeres, la Diosa no se está manifestando exclusivamente a través de la colectividad femenina. Está apareciendo en los sueños de hombres y mujeres. Algunos hombres también son conscientes del carácter sagrado de la Tierra y del cuerpo y, como tampoco tienen palabras para describir lo que están experimentando como sagrado, lo expresan mediante actos privados de adoración, ritos o creatividad.



7. Hermanas de peregrinación: las leyendas de Glastonbury

La señora Detiger se había ocupado de que Freya, una experta en las leyendas artúricas, me acompañara en mi visita a Glastonbury. De hecho, a lo largo de todo mi viaje, la señora Detiger se aseguró de incluir a personas además de lugares en el itinerario. Cuanto más avanzaba en el viaje, más me convencía de lo importantes que eran las personas en aquella peregrinación. Freya publicaba una revista donde expresaba su pasión, experiencia y conocimiento de los temas artúricos. Freya recibió la llamada de la señora Detiger invitándola a «acompañar a Jean Bolen en una peregrinación» el mismo día que mi libro *Goddesses in Everywoman* finalmente llegó a su mesita de noche. Había permanecido en una estantería reservada a los libros «para ser leídos» durante más de seis meses, y finalmente aquel día empezó a leerlo. Tenía una edición con mi fotografía en la contraportada; estaba sobre la mesita junto al teléfono cuando la señora Detiger llamó.

El momento en que se formuló la invitación también fue muy oportuno por otro motivo. Si la invitación hubiera llegado antes, Freya probablemente la habría declinado, porque sólo entonces estaba empezando a recuperar las fuerzas después de una larga convalecencia. Le habían practicado una histerectomía y se había sometido a radioterapia por un cáncer que se inició en el útero y se extendió por el sistema linfático. Además, como yo, el año anterior se había separado de su marido. Así pues, la invitación le llegó en un momento crucial de su vida, como en mi caso, y la sincronicidad jugó un importante papel a la hora de convertirla en hermana de peregrinación.

Los acontecimientos y encuentros sincrónicos son como los sueños reveladores, repletos de símbolos que debemos tener en cuenta. Así pues, me interesé por el significado de su nombre: Freya. Freya era el nombre de la Gran Diosa en el norte de Europa, la diosa de la fertilidad, el amor, la luna, el mar, la tierra, el otro mundo, la muerte, el nacimiento; era virgen, madre y antepasada. Tenía tantos atributos que los investigadores que intentaban clasificarla y etiquetarla no lo conseguían. En resumen, tenían tantos aspectos diferentes como cualquier otra versión de la Gran Diosa.

Freya era la diosa de la juventud, el amor y la belleza en la obra de Richard Wagner *El anillo de los Nibelungos,* a quien Wotan accedió a dar a los gigantes para pagar la construcción del Valhalla, su castillo-fortaleza y monumento a su fama y

virilidad eternas. Este tema se repite en varias leyendas de la mitología patriarcal: Agamenón, en *La Ilíada,* sacrifica a su hija Ifigenia para que sus naves puedan partir hacia Troya; Zeus accede a que Hades secuestre a Perséfone. En todos estos casos se refleja la psicología de los hombres que prescinden de la importancia de la juventud, el amor y la belleza para satisfacer su ambición personal. Sacrifican su *anima,* suprimiendo el aspecto femenino de su psique para obtener poder. Se impide que los aspectos femeninos se desarrollen y contribuyan a la creatividad, sensibilidad y perspectiva de la personalidad masculina. El *ánima,* simbolizada por la doncella, es considerada y tratada como se trata a muchas mujeres: se devalúa y se reprime al mismo nivel.

Esto también ocurre en el caso de las mujeres. En un mundo de hombres, el rechazo de las cualidades de Freya es el precio del éxito. Una mujer no puede alcanzar el éxito si se la considera demasiado femenina, tierna, vulnerable o sentimental. Normalmente tampoco puede tener éxito si tiene la confianza en sí misma de la gran Diosa Freya, porque entonces no sabe cuál es su lugar.

A pesar de que el nombre de Freya despertara en mí la imagen de todas estas diosas, quien me acompañaría en mi viaje sería una mujer real, quien resultó ser muy importante para mi experiencia. Al igual que los peregrinos de *Los cuentos de Canterbury* o los viajeros de la obra de Katherine Anne Porter *Ship of Lools (Barco de locos),* cuya historia personal llegamos a conocer, cuando emprendemos un viaje significativo en compañía de otra persona, también llegamos a conocer su historia personal. Los compañeros también suelen tener una importancia simbólica, porque pueden representar figuras interiores, aspectos de otras personas importantes de nuestra vida, posibilidades de lo que nosotros podríamos llegar a ser, reflejos de lo que éramos o metáforas de nuestra situación actual. Me preguntaba cómo sería Freya.

El progreso de los peregrinos: leyendas de Glastonbury

A lo largo de una cena que duró cinco horas, Freya me contó su historia y yo le conté la mía. Confesó que los médicos habían augurado que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir y, durante aquella primera conversación, ambas éramos conscientes de que aquella peregrinación podía significar el punto de bifurcación entre su vida y su muerte. Pronto nos enfrascamos en temas profundos. Me contó que el año anterior había pasado por operaciones quirúrgicas muy delicadas y había seguido un tratamiento de radioterapia para combatir lo que podría haber sido, y aún podrá ser, una enfermedad terminal. Yo sé lo que significa superar el trauma de una enfermedad, los procedimientos de diagnóstico y de tratamiento, y el alto precio que debe pagar el enfermo y todas las personas que le rodean. Freya no sólo había pagado un elevado precio física y emocionalmente, sino que la enfermedad también la había sumido en una terrible situación económica. Además, me contó que una de sus mejores amigas había muerto repentinamente en la misma época en que ella se había separado de su marido y se había visto obligada a abandonar el empleo de sus sueños.

Aunque ahora se sentía físicamente bien para viajar, se cansaba fácilmente y era consciente de que ambas nos encontrábamos en un momento muy importante

de nuestras vidas y un paisaje mítico muy significativo para las dos. Ella estaba pasando por una de las épocas de su vida en que se sentía más vulnerable tanto física como psicológicamente. Se hallaba en un cruce entre la vida y la muerte: aquella peregrinación determinaría la dirección que su cuerpo y su espíritu elegirían.

Freya me recordó a Psiqué en la historia de *Eros y Psiqué.* Psiqué era una heroína mitológica cuyo camino siguen muchas mujeres cuando están solas y su supervivencia depende de ser capaces de hacer más de lo que imaginan posible.

Al igual que la mayoría de mujeres, Psiqué era un personaje antiheroico. Abandonada, repudiada y embarazada, sola y abatida, quiso morir y se tiró al río para perecer ahogada. El propio río la devolvió a la orilla, al igual que en el caso de muchas mujeres cuando una fuerza vital instintiva las impulsa a seguir luchando. Incapaz de renunciar a la vida, tuvo que afrontar la necesidad de llevar a cabo una serie de pruebas inicialmente imposibles. Una parte de ella se desesperaba, era demasiado duro, quería abandonar; pero, al mismo tiempo, otra parte de ella la impulsaba a seguir luchando. Después, como también sucede en la vida, recibió ayuda y pudo cumplir su misión con éxito. En el relato mítico, los ayudantes son simbólicos. En la vida real las personas son muy importantes, pero lo más importante es que la mujer conecte con su propio interior y descubra el valor, la intuición y otras habilidades no desarrolladas hasta entonces que le permitan cumplir sus objetivos.

En momentos significativos y de transición donde el tejido de la vida pierde su forma y se recuperan antiguos patrones, los sueños y las sincronicidades cobran importancia y su frecuencia aumenta. Es el momento de prestar atención a las personas que se cruzan en nuestro camino y los acontecimientos que ocurren, tanto sus aspectos reales como los simbólicos.

Además de ser ella misma, Freya podía simbolizar una posibilidad en mí, al igual que yo podía simbolizar algo para ella. Me preguntaba si esto podría ser cierto por una conversación poco habitual que mantuve el día que conocí a Freya, justo antes de salir de Holanda. La señora Detiger me había dejado un mensaje diciendo que «a una interesante y sabia mujer anciana le gustaría hablar contigo. Es el miembro más sensitivo de la familia real holandesa y seguramente morirá pronto. Ha notado tu aura y le interesaría seguir tu experiencia mientras estés en Europa». No disponía de tiempo para visitarla en persona, de modo que llamé por teléfono. Ella me invitó a hacerle preguntas, y eso fue lo que hice. Me impresionaron mucho sus respuestas y comentarios, sobre todo cuando me previno acerca de mi salud, que por lo que yo sabía era excelente, advirtiéndome de que podría desarrollarse alguna enfermedad grave. No dijo o no pudo decir nada más concreto sobre este punto.

Freya y yo pasábamos por un período de transición personal muy importante puesto que ambas nos habíamos separado. Hablamos de nuestros matrimonios, las circunstancias que nos llevaron a la decisión de separamos y el impacto que la decisión había causado en los demás. Ambas teníamos hijos y nos preocupábamos por su bienestar. Mis hijos acababan de entrar en la adolescencia; sus dos hijos eran más pequeños. Más tarde me di cuenta de que, en aquella época,

ambas entramos en la menopausia, cambiando físicamente y transformándonos de madre a anciana-sabia. A Freya le habían practicado una histerectomía y, por consiguiente, la intervención quirúrgica le provocó la menopausia a la edad de cuarenta años. Por mi parte, yo estaba teniendo el que sería mi último período menstrual en Glastonbury; el mes que regresé a casa después de la peregrinación cumplí cincuenta años.

Yo había abandonado a un hombre esencialmente bueno y un matrimonio que tenía sus problemas pero también tenía sus buenos aspectos. Habíamos formado un buen equipo abriéndonos camino, creando un hogar, siendo padres y apoyándonos el uno al otro en nuestras respectivas profesiones. Sin embargo no afrontábamos los temas demasiado emocionales y, cuando llegó el momento de la verdad, no pudimos superar la situación. Nuestra comunicación era buena con respecto a los problemas logísticos de la vida, pero insuficiente para satisfacer las necesidades de intimidad emocional o verdadera amistad. No podíamos compartir nuestros miedos, puntos débiles, necesidades ni decepciones.

Esta situación contrastaba fuertemente con lo que ocurría en los demás ámbitos de mi vida. En mi profesión como psiquiatra, las sesiones de cincuenta minutos están llenas de intensidad, búsqueda, sentimientos y profundas emociones; aquí puedo reflejar lo que estoy escuchando analizando mi propio interior y las circunstancias de la situación. Mantener una relación de reciprocidad durante una sesión es una práctica parecida a la meditación. Trabajar en común superando las diferencias no sólo es posible, sino que además intensifica y mejora la relación terapéutica; el proceso de trabajar los sentimientos más íntimos afecta también al psicoanalista. Ésta es la alquimia del analista jungiano: si el proceso afecta al paciente, también debe afectar al médico. Este tipo de análisis es un diálogo genuino que se centra exclusivamente en el paciente. El deseo de mantener un diálogo recíproco crecía progresivamente en mí y me hacía sentir más sola en mi matrimonio, situación que tal vez no se habría producido si yo me dedicara a otra profesión.

Sin embargo, otras mujeres que se hallaban en situaciones diferentes también hablaban de la misma soledad y ansia por una profunda comunicación. La necesidad de compartir lo que sentimos, de ser escuchados, de que nuestro cónyuge se preocupe por lo que ocurre en nuestro *interior* y de entablar un diálogo recíproco es la súplica de una alma que desea conocer a otra.

Tal vez el final de mi matrimonio y las circunstancias que nos llevaron a su disolución también tuvieron algo que ver con el tránsito del planeta Urano, que gobierna las transformaciones y los cambios abruptos. Poco después de dejar a mi marido había solicitado la primera consulta astrológica seria de mi vida y no esperaba que fuera tan precisa con respecto a los acontecimientos que habían de suceder, lo cual le dio credibilidad y me proporcionó una cierta orientación. En el para mí extraño lenguaje de la astrología, Urano se encontraba en una Gran Cruz afectando cuatro aspectos de mi vida: personalidad, trabajo, hijos y matrimonio, una configuración que se produce cada cuarenta y nueve años. Según la lectura astrológica, era un período de crisis que me destruiría si me encontraba entre dos contrarios; podría acabar crucificada en la Gran Cruz a menos que creciera «lo

suficiente» para mantener en equilibrio estos contrarios dentro de mi mente y mi vida. Según esta lectura astrológica, Urano no volvería a aparecer en esta posición hasta que tuviera noventa y ocho años, si es que vivía tanto tiempo. Sería el momento de sufrir la última transformación y pasar de la vida a la muerte. La gravedad y el significado del término muerte me pareció una buena comparación con lo que me estaba ocurriendo. A nivel simbólico, había muerto en mi antigua vida y ya no era la misma persona que había sido hasta entonces.

Aunque hay excepciones, en la mayoría de los casos tanto los hombres como las mujeres acuden a mujeres en busca de comprensión. La intensa relación espiritual que yo había establecido con una mujer provocó una crisis en mi matrimonio y condujo finalmente a la separación. Todo empezó con mi necesidad de comunicación y acabó con mi entrada en la dimensión espiritual de la feminidad. Aquella mujer actuó como una especie de catalizador que precipitó el cambio y la ruptura, y mi marido y yo no podíamos superar su presencia en mi vida como pareja. El diálogo era simplemente imposible. Nos convertimos en dos extraños totalmente opuestos y llegamos a un callejón sin salida.

La comunicación entre mi marido y yo estaba totalmente bloqueada y me marché terriblemente abatida y confusa, sintiéndome emocionalmente destrozada. Sabía que mi marido también sufría y se sentía traicionado y un poco culpable, pero yo me sentía emocionalmente destrozada por su ira y su actitud interrogativa, que progresivamente me hundieron en un pozo de silencio y soledad. Entre tanto, consciente de lo que nuestra relación estaba haciendo a mi matrimonio y convencida de que la abandonaría, mi amiga se apartó de mí, empezó a practicar la meditación Zen y salió progresivamente de mi vida.

Dar testimonios de la vida de los demás

Estoy convencida de la importancia de contar con una persona significativa que dé testimonio de nuestras vidas. Con frecuencia pienso que esto es precisamente lo que hago como psiquiatra: doy testimonio de las vidas de mis pacientes y de este modo puedo comprender su situación. Ellos comparten conmigo los momentos y las relaciones realmente importantes. Conozco el valor y los sacrificios, la culpa o la vergüenza que no pudieron ser perdonadas o afrontadas hasta que se dijo algo imprescindible. Y años más tarde, cuando alguien vuelve y me cuenta lo que le ha ocurrido durante ese tiempo, de nuevo puedo dar testimonio de ello, porque escucho y comprendo el significado de lo que me cuentan.

Todos sentimos la necesidad de ser totalmente sinceros, ser capaces de hablar con otro ser humano que nos acepte tal como somos y crea en nosotros, crea en lo que hemos y nos han hecho, en nuestras esperanzas, pensamientos, miedos y sentimientos. La otra persona puede ser un terapeuta o un amigo, siempre que ese amigo sea una persona con la que podemos hablar abiertamente, con la seguridad de que no revelará nuestras confidencias a los demás ni las utilizará en contra nuestra. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia no contamos toda la verdad por miedo a no sentir, pensar o actuar como los demás esperan de nosotros.

Dar testimonio de la vida de otra persona no es poca cosa. Escuchando con

comprensión y compasión, damos validez la vida de los demás, damos sentido al sufrimiento y ayudamos a los demás a perdonar. Nuestra aceptación puede hacer posible que una persona que se siente desplazada recupere el sentimiento de pertenecer a la comunidad. Los soldados que regresaron de Vietnam necesitaban este tipo de testimonio. Los que fueron capaces de volver a formar parte de la comunidad (a diferencia de los veteranos que en su aislamiento, rabia y sentimiento de culpabilidad todavía están, psicológicamente, entre los desaparecidos) lo consiguieron porque contaron sus historias, a menudo repetidas veces, a otras personas que, escuchándoles y ofreciéndoles su comprensión, los aceptaron y permitieron su reintegración.

Las personas que han sobrevivido a abusos durante la infancia se encuentran en una situación parecida. Ellos también se sienten avergonzados, fracasados o diferentes, «indeseables», por lo que ocurrió. Ellos también necesitan contar lo que experimentaron, necesitan que alguien dé testimonio de sus vidas para sentir que pertenecen a una colectividad.

Cualquier suceso significativo resulta más fácil de asimilar cuando podemos expresar la esencia de la experiencia y otra persona la recibe y la comprende. Estoy convencida de que cualquier ser humano que pueda actuar como testimonio de otra persona a nivel espiritual es capaz de sanar la soledad y el aislamiento que de lo contrario se apoderaría de ella. Dar testimonio es una experiencia recíproca porque al testimonio también le afecta la experiencia relatada por la otra persona. Para comprender profundamente la experiencia de otro individuo, debemos ponemos en su lugar y permitir que la experiencia también nos afecte a nosotros.

Rituales

Cuando Freya y yo mantuvimos una profunda conversación durante la cena, cada una de nosotras dio testimonio de la vida de la otra en un momento muy importante. Al hacerlo, nos convertimos en hermanas de peregrinación que, como los peregrinos de la antigüedad, nos contamos por qué habíamos decidido emprender la peregrinación y las circunstancias de nuestras vidas que nos habían impulsado a hacerlo. Sin embargo, existía otra aspecto importante de esta conversación que también estaba relacionado con el hecho de dar testimonio. Dar testimonio es (en un sentido ritual) escuchar la confesión de otra persona, que es el movimiento de apertura de la sinfonía arquetípica de la redención y la sanación. Así es cómo se inician la mayoría de ritos y terapias espirituales. El primer paso en cualquier proceso de sanación es contar lo ocurrido a alguien que escuche sin juzgar.

Mantuvimos esta conversación la noche anterior a nuestra última mañana en Glastonbury. Aquella mañana nos invitaron a participar en un ritual. Si no hubiéramos tenido aquella conversación, el ritual no habría tenido el mismo poder que tuvo para mí.

Freya y yo nos levantamos a las seis de la mañana para reunimos con Ann Jevons, la mujer que dirigiría el ritual. Después de esperar en el salón del hostal durante cuarenta y cinco minutos, decidimos que sería mejor ir a buscarla a la casa de al lado. Tiramos un par de piedras a una ventana del primer piso y fuimos

recompensadas con una risueña Ann que sacó la cabeza por la ventana y nos vio. No esperaba que nos levantáramos tan temprano. Vestida con un chándal de color pastel, su atuendo habitual por las mañanas, Ann parecía cualquier cosa menos una sacerdotisa. Es una persona amable, abierta y llena de energía con el aspecto de una extrovertida azafata de vuelo, profesión que anteriormente había ejercido. Ella su mujer, David, ex piloto, regentaban el hostal donde nos hospedábamos. Cuando se instalaron en Glastonbury, Ann tuvo una visión que inspiró el ritual que estábamos a punto de experimentar. Iríamos al jardín del Pozo del Cáliz y después a las ruinas de la abadía de Glastonbury; ambos lugares estaban muy cerca. A aquella hora de la mañana, no habría nadie más.

El pozo del Cáliz

Según la leyenda de Glastonbury, el Pozo del Cáliz situado en Glastonbury y el Pozo Sagrado de Avalon son el mismo. El pozo es un manantial natural situado entre la Torre de Glastonbury y Chalice Hill House. Mide unos 2,7 metros de profundidad y produce agua en abundancia, aproximadamente unos 95.000 litros al día. El agua es rica en hierro y, aunque al extraerla del pozo sea cristalina y transparente, el cauce subterráneo por donde transcurre el agua está teñido de rojo debido al hierro. Por este motivo también se le llamaba el Manantial de Sangre o Pozo de Sangre.

De nuevo, el nombre Pozo del Cáliz y el agua teñida de rojo nos hacen pensar en un recipiente sagrado lleno de sangre, esta vez manando directamente de la Madre Tierra en el lugar que «fue Avalon».

El pozo se encuentra en un tranquilo y bello jardín, y en aquella época del año los manzanos estaban en flor, abundantes flores estaban en su esplendor, parras y enredaderas escalaban los muros y la verde hierba crecía con vigor. El visitante se adentra en el jardín siguiendo pequeños senderos que recorren los diferentes niveles de terreno y pasando junto a espesos árboles, tentadores bancos y acogedores rincones. Se respira un ambiente que invita a pensar en Avalon, a pesar de que el jardín esté situado junto a una transitada carretera.

Los lugares donde se rendía culto a diosas a menudo contaban con pozos sagrados alimentados por manantiales subterráneos. En la mayoría de los casos, la presencia del pozo se ignoró cuando el lugar se dedicó al culto cristiano, como por ejemplo en Chartres, donde el pozo está situado en la cripta de la catedral. También solía ocurrir que un pozo que había sido consagrado a una diosa se rebautizara y reconsagrara a una santa; en Irlanda, estos pozos se convirtieron en los pozos de Santa Brígida. En la mitología y las leyendas, las diosas y los pozos a menudo se encuentran juntos. En la mitología nórdica, así como en la ópera de Richard Wagner *El Anillo de los Nibelungos,* por ejemplo, la Diosa (Erda) era una fuente de sabiduría y beber el agua del manantial era una forma de conectar con esa fuente.

El agua del Pozo del Cáliz es fresca y deliciosa y cualquier persona que lo desee puede bebería o llenar un recipiente. El agua mana de una fuente que se encuentra en una zona del jardín situada por debajo del pozo, donde se puede acceder fácilmente, y después desciende para desembocar en un profundo

estanque cuya silueta recuerda la forma de dos círculos superpuestos, el símbolo de *vesica piscis,* en la parte más baja del jardín.

El jardín del Pozo del Cáliz está rodeado por un muro y se puede entrar en él a través de una verja. Sin embargo, incluso cuando el jardín está cerrado a los visitantes, en un muro lateral existe una fuente de donde el agua mana constantemente, de modo que se puede beber a cualquier hora.

Dion Fortune, una psicóloga muy interesada en lo sobrenatural, escribió acerca del Pozo del Cáliz en *Avalon of the Heart (Avalon en el corazón)* afirmando que existe una gran cámara que se comunica con las paredes del pozo. En esta cámara hay espacio suficiente para que una persona pueda permanecer de pie o para que el Grial pueda ocultarse en ella. En el solsticio de verano, un rayo de luz ilumina directamente esta cámara. La sala está hecha con grandes bloques de piedra del mismo tipo que la utilizada en Stonehenge, piedra que no puede encontrarse en la región. Los bloques están perfectamente tallados y pulidos y sin duda se llevaron hasta allí y se utilizaron para construir la sala con métodos que ni siquiera podemos imaginar.

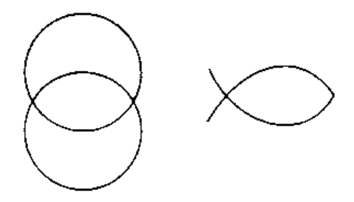
En 1919 se realizó una tapa para el pozo decorada con un adorno de hierro forjado al que Frederick Bligh Bond llama *vesica piscis.* Bligh Bond es el autor de *The Gate of Remembrance (La puerta del recuerdo),* el libro que tanto había buscado desde que soñé con el caballero en el subterráneo de la catedral. Finalmente encontré el libro en una librería de Glastonbury.

Bligh Bond fue un respetado intelectual nombrado director de excavaciones en la Abadía de Glastonbury en 1909. Su curioso y pequeño libro relata las excavaciones que permitieron descubrir los cimientos de la Capilla de Loreto, la Capilla de Edgar y otros edificios de la abadía. La información acerca del lugar donde se debía excavar se conseguía a través de la escritura automática, una forma de comunicación espiritual donde una persona en trance escribe mensajes supuestamente transmitidos por personas que han muerto. La localización y las dimensiones exactas de estas ruinas se comunicaban en latín; los informantes afirmaban haber vivido en el siglo XVI, cuando la abadía pasaba por un momento de esplendor. Se identificaron como «William el Monje» y «Johannes el Albañil». Johannes dijo que había muerto en 1533. La utilización de recursos psíquicos, a pesar de los excelentes resultados obtenidos, ensombreció la reputación de Bligh Bond y le costó el cargo. Hay muchas cosas acerca de Glastonbury que tienen un aire misterioso y sobrenatural.

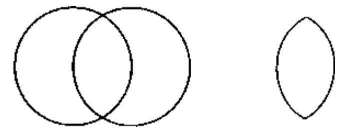
Vesica Piscis

Todavía llevaba el colgante en forma de *vesica piscis* que recibí junto con la carta de invitación de la señora Detiger. Era muy bonito. Me lo puse inmediatamente y desde entonces no me lo había quitado, y por este motivo el símbolo de *vesica piscis* era una figura muy conocida para mí.

Vesica piscis significa «vasija del pez» en latín. La figura sencilla se obtiene superponiendo los bordes de dos círculos del mismo tamaño, de modo que la circunferencia de cada uno pase por el centro del otro, creando así una forma de almendra u oval terminado en punta entre ellos.



Cuando los dos círculos están colocados uno encima del otro, el dibujo que se forma en el centro es la silueta del cuerpo de un pez, que era el símbolo de Cristo y también un símbolo fácil de dibujar que los primeros cristianos utilizaban para identificarse entre ellos. Se dice que el símbolo elegido para representar a Cristo fue el pez porque el término griego que significa pez, *ichthys,* podría ser un acrónimo de Jesús Cristo, Hijo de Dios. No obstante, antes de convertirse en un símbolo cristiano, el *vesica piscis* era el símbolo universal de la Diosa Madre, ya que la silueta en forma de almendra representaba la silueta de su vulva, a través de la cual se creaba toda la vida. Según Barbara Walker en *The Woman's Encyclopaedia of Myths and Secrets (La enciclopedia de mitos y secretos de la mujer),* esto era indiscutiblente así.



Para ser símbolo de la Diosa, los círculos se superponen estando uno al lado del otro y la silueta de almendra tiene las puntas hacia arriba y hacia abajo. Con respecto al nombre *vesica piscis,* se dice que la vulva tiene un olor que recuerda al pescado; en griego, la palabra *delphos* significa tanto útero como pez; y existen otras muchas asociaciones culturales entre las diosas y los peces. Las imágenes de la diosa hindú Kali y la figura femenina Sheila-na-gig, que antiguamente se esculpieron en las puertas de muchas iglesias irlandesas, muestran sus vulvas en forma de vesica piscis. Muchas medallas católicas también tienen esta misma forma.



En el *vesica piscis* de la tapa del Pozo del Cáliz y de mi colgante, los círculos están colocados uno encima del otro, pero en un diseño más complejo. Ambos círculos están incluidos dentro de un círculo mayor. A ambos lados de este *vesica piscis* básico se representan hojas y ramas de parra, y en el centro hay una vara vertical que parece crecer de una planta situada en la base o desembocar en ella.

Sin hacer ningún tipo de análisis, la belleza del colgante atrajo enseguida mi

atención, cosa que ocurre normalmente con los símbolos; experimentamos atracción (o rechazo) por objetos que tienen algún significado para nosotros; esto los convierte en objetos simbólicos y hace que no sean simples cosas. Normalmente representan algo relacionado con nosotros o inconscientemente proyectamos algo sobre ellos. Entonces, como en mi caso, se establece un vínculo entre el objeto simbólico y nuestra mente y nos preguntamos: ¿Qué tendrá que me afecta tan directamente?

Yo llegué a pensar en el *vesica piscis,* la imagen de dos esferas superpuestas, como una metáfora visual de aquellos momentos en que diferentes mundos se superponen o interaccionan y la vida se impregna de significado. Éstas son lo que yo llamo «experiencias *vesica piscis*»: intersecciones de lo intemporal con el tiempo. Son los momentos en que el tiempo parece detenerse y el mundo invisible se mezcla con el invisible, cuando los valores eternos y los mundanos se superponen, cuando el mundo arquetípico y el mundo tangible se unen, cuando el Cielo y la Tierra, el mundo superior y el inferior se funden en un instante liminal. Cuando, por ejemplo, comprendemos lo que T. S. Eliot quiere decir cuando escribe sobre «la música que se escucha tan profundamente / que no se oye en absoluto, sino que tú eres la música / mientras la música dura». Cuando podemos conocer lo que tiene un profundo significado y está más allá de lo que podemos comprender con nuestro intelecto. Cuando podemos tener una visión interior mística o poética.

Así pues, es muy apropiado que esta imagen esté relacionada con Glastonbury, donde, según las leyendas populares y literarias, uno podía atravesar la niebla para llegar a Avalon y beber el agua del pozo sagrado.

Ritual en el Pozo

Ann nos condujo hacia el interior del jardín del Pozo del Cáliz, que yo visitaba por primera vez. Pasamos junto a dos estanques poco profundos en forma de *vesica piscis* que, con el tiempo, habían cambiado de color pasando del blanco a un intenso rojo. A continuación seguimos el sendero pasando bajo unos arcos hasta llegar a la zona donde el agua mana de una fuente. Y allí Ann dirigió un ritual de purificación, utilizando en todo momento agua del Pozo del Cáliz. ¿Acaso podría existir un lugar más bello o más significativo para llevar a cabo el ritual?

Con palabras y gestos, realizamos un ritual de limpieza, purificación y liberación de la negatividad, del miedo, del pasado, de la gente, de las expectativas, de cualquier cosa que supusiera un obstáculo para nuestra receptividad hacia lo divino, el amor, la sanación, la esperanza, la sabiduría, el conocimiento, cualquier cosa. Dejamos que la cristalina agua de la fuente recorriera nuestras manos y brazos y después, formando un cuenco con las manos, lo llenamos, nos lavamos la cara y bebimos el agua. En oración y meditación, pensamos en aquello que cada uno necesitaba eliminar como si llenáramos el cuenco de nuestras manos con agua y, al tirar el agua y sacudir las últimas gotas de las manos, ritualizáramos nuestras intenciones y solicitáramos ayuda para ser capaces de deshacemos de los vínculos y las cargas emocionales que nos impedían sanar nuestra alma.

La Abadía

La siguiente parte del ritual nos llevó a las ruinas de la Abadía de Glastonbury. Volviendo sobre nuestros pasos, ahora nos dirigimos hacia la localidad de Glastonbury.

La Abadía de Glastonbury se ha designado como «el lugar más sagrado de Inglaterra», donde en épocas pasadas se alzaba un monasterio celta, la primera comunidad cristiana de las Islas Británicas y, más tarde, la iglesia más importante de Inglaterra. Ahora sólo quedan las ruinas de la abadía. Algunos de los arcos de la nave siguen en pie y su silueta se dibuja sobre el cielo, al igual que algunos de los edificios de los alrededores. El suelo que rodea los cimientos de la abadía están recubiertos por una verde y espesa hierba. Una área rectangular delimitada por una cadena indica el lugar donde se alzaba el altar mayor. También se indica el lugar donde supuestamente están enterrados los restos de Arturo y Ginebra. Varios senderos recorren la zona. El edificio que se conserva más intacto es la capilla dedicada a la Virgen, que carece de tejado y se construyó sobre los restos de la primera iglesia del cristianismo dedicada a María.

Entramos en el recinto de la abadía por la parte trasera, pasando entre dos grandes robles, y llegamos al lugar donde se alzaba la nave central. Todavía era temprano y, de nuevo, éramos los únicos visitantes. Ann nos pidió que nos quitáramos los zapatos para poder estar descalzos sobre el altar mayor. Con profundo respeto, Freya y yo penetramos en el rectángulo de césped donde en el pasado se alzaba el altar mayor. Ann nos contó que dos corrientes de energía telúrica se cruzaban en el altar mayor, convirtiéndolo en el centro energético de la abadía.

Los rituales se realizan en lugares y momentos sagrados, y así es como yo lo experimentaba mientras permanecía con los pies desnudos sobre un rectángulo de la Madre Tierra que simultáneamente era el altar mayor. Ann, vestida con su chándal, se había entregado totalmente a su papel de sacerdotisa.

Me sumí en un profundo estado de receptividad, de modo que no puedo repetir exactamente sus palabras, aunque sí puedo contar algo que ocurrió dentro de mí. De nuevo experimenté mi espiritualidad cristiana: Cristo, el Espíritu Santo y el Padre estaban conmigo una vez más. Y también sentí la presencia de un dios maternal: la Diosa. Mientras estaba de pie en el altar mayor, escuchando a una sacerdotisa contemporánea, noté que la energía de la Madre Tierra entraba por mis pies y subía recorriendo mi cuerpo, mientras el Espíritu descendía desde lo alto a través de mi cabeza. Ambos se unieron en mi corazón. Noté como si un gran cáliz, luminoso y resplandeciente, llenara mi pecho.

Este encuentro de Dios y Diosa llenó un vacío en mi interior. Aunque desde hacía ya mucho tiempo iniciaba mis oraciones diciendo «Querido Dios Padre—Madre», antes de aquel momento nunca había experimentado la reunión de las dos energías en mí. Al contrario, más bien experimentaba un creciente distanciamiento entre los dos aspectos de la divinidad. Cada vez era más consciente de la importancia de la divinidad femenina y me informaba y me enfadaba por el trato que históricamente había recibido la Diosa y las consecuencias de ello para la mujer. En mi mente, Dios era sinónimo del poder patriarcal opresivo, de la Inquisición, de los fanáticos fundamentalistas que se dejaban llevar por su miedo y

su odio, del celoso y vengativo Dios del Antiguo Testamento. Me había distanciado por completo de mis experiencias de la gracia de Dios y su presencia sanadora. De pie en el altar mayor, donde Dios y Diosa se unieron en mí, recuperé el amor de Dios que había «conocido».

La voz de Ann se apagó y permaneció en silencio. Yo tenía los ojos cerrados y carecía por completo del sentido del tiempo. En aquellos momentos parecía que mi propio ritual se iniciaba en mi interior. En unos instantes, la imagen de las personas más importantes de mi vida acudieron a mi mente. Hablé mentalmente con cada una de ellas y les expresé mi agradecimiento por lo que habían hecho por mí, o por lo que habían sido para mí, o lo que me habían enseñado. Les pedí perdón por el dolor que les había causado, y les perdoné y les liberé de mis expectativas. En este ritual, miré con amor a las personas que eran importantes para mí, con el firme propósito de perdonarlas y liberarme de los sentimientos que me conducían al dolor o la culpa.

En mi opinión, los ritos ejercen una gran influencia sobre las emociones. Al igual que cuando los niños construyen castillos de arena a orillas del mar y cavan canales para que el agua pueda fluir, los rituales, la oración y la meditación también proporcionan canales invisibles para que las emociones puedan surgir. Sin embargo, en ocasiones nos inunda una inesperada e inmensa ola de emociones a pesar de todos nuestros esfuerzos por canalizarla. Y si la marea de emociones tiende a entrar en lugar de salir, entonces no es el momento de hacer lo que estaba haciendo en la Abadía de Glastonbury. Debemos permitir que los sentimientos de rabia y dolor nos inunden y fluyan a través de nosotros antes de poder trabajar en la construcción de esos canales que nos permitirán perdonar y superar la situación.

La oportunidad de perdonar se presenta constantemente en períodos de transición, cuando ya no es posible seguir aferrándose a lo que ocurrió o podría haber ocurrido. En estos momentos es cuando surgen olas de sentimientos positivos y negativos, deseos, sueños, reproches, sentimientos de culpa, recuerdos de experiencias pasadas y esperanzas que alguna vez acariciamos.

Cuando recuerdo que estaba de pie sobre la hierba donde había estado el altar mayor de la Abadía de Glastonbury, me doy cuenta de que yo misma estaba encamando el *vesica piscis*. Las dos esferas, Cristo y la Diosa, Dios Padre y Madre, lo arquetípico y lo ordinario, se interseccionaron en mí. Mientras estaba allí de pie, en aquel momento también era «la vara» que conectaba los dos mundos. Rodeada del esplendor del lugar, era el recipiente de gracia, lo cual me hacía sentir completa. Todo estos sentimientos y pensamientos se fundieron en mi corazón, en un intenso y profundo momento de espiritualidad.



8. Avalon: el Otro Mundo y el Mundo de la Madre

En *The Mists of Avalon (Las nieblas de Avalon),* Avalon es la isla donde habitan las sacerdotisas de la Diosa. Está escondida del Glastonbury de los monjes, detrás de la niebla, y sólo es accesible para aquellos que pueden llamar a la barcaza. Psicológicamente, Avalon un arquetipo de Otro Mundo y reino de la Madre. Hay algo en la Torre de Glastonbury que evoca la imagen del Otro Mundo incluso en la actualidad. Yo creo que tiene algo que ver con las características poco naturales del terreno, su suave verdor, la calidad de la luz y, especialmente, el poder de la energía que las personas experimentan allí.

Avalon, como el mitológico Shambala, el ficticio Monte Análogo y el legendario Castillo del Grial, es un lugar que pertenece al Otro Mundo, visible sólo por personas concretas y en circunstancias especiales. En las Islas Británicas, el Otro Mundo situado al otro lado del agua recibe el nombre de «la Verde Isla del Este», «la Tierra más allá del Mar» y «la Isla de las Mujeres». En Irlanda, la imaginería popular considera que el Otro Mundo está enterrado bajo colinas o montañas; sus habitantes (como los de Avalon) son las gentes de la Diosa, los *Tuatha Dé Danann.*

En Chalice Hill House, el hostal donde me hospedé durante mi estancia en Glastonbury, vi una fotografía de la Torre y el montañoso terreno que la rodea tomada la década pasada en un período de inundación, cuando la mayoría de la zona que rodea a Glastonbury estaba cubierta de agua. En la fotografía la Torre parecía una isla, lo cual recordaba la relación entre Glastonbury y la isla de Avalon, y *Ynys-witrin,* su nombre celta, que significa «la Isla de Cristal».

Glastonbury y otros lugares sagrados son puntos donde el mundo ordinario y el sobrenatural parecen solaparse y fácilmente evocan impresiones psíquicas o espirituales. Además de su asociación con Avalon, hace siglos también se consideraba que la Torre de Glastonbury era una entrada al Annwn, el Otro Mundo celta. Algunos paisajes nos afectan como los sueños, la poesía o la música, que nos apartan de la realidad cotidiana para sumergimos en un reino arquetípico mucho más profundo, donde experimentamos las imágenes y los sentimientos, las intuiciones o las sensaciones que no podríamos experimentar de otro modo. Los mitos y las leyendas que alcanzan las mismas profundidades psicológicas en nosotros tienen un efecto evocador parecido en la imaginación y el estado de ánimo. Dejamos atrás el mundo cotidiano y nos aventuramos a adentramos en

Otro Mundo.

Una historia puede afectamos tanto como un sueño, si sus símbolos y acontecimientos tienen cierto misterio y poder y, a su vez, despiertan nuestros propios recuerdos y pensamientos. El mensaje de una historia puede producimos una profunda impresión, o hacemos comprender algo que antes no habíamos visto, de forma muy similar a los efectos de un sueño importante. Cuando una historia tiene un significado importante para un pueblo en una época determinada, como en el caso de la leyenda del Grial, se convierte en un mito para las gentes de la época y, a menos que aparezca una versión oficial, se añadirán adornos, se suprimirán partes y se inventarán otras, porque la historia es un vehículo para la mente del que la cuenta y del que la escucha. Al elegir qué versión utilizo, qué enfatizo y sobre qué reflexiono, estoy siguiendo la tradición de los bardos, poetas y trovadores que han contado una y otra vez la historia del Grial a lo largo de los siglos. Como Joseph Campbell dijo acerca de esta tradición: «Eliges una historia tradicional y la interpretas dándole un nuevo enfoque y un nuevo significado en función de las circunstancias personales del momento».

El impacto de volver a contar la leyenda artúrica se observa claramente en la obra de Marion Zimmer Bradley *The Mists of Avalon,* donde se proporciona un nuevo significado a la historia del Rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda observando la historia desde el punto de vista de una mujer. La historia se inicia antes de que Arturo sea concebido y finaliza poco después de su muerte. El relato se sitúa en una época de transición religiosa donde el cristianismo gana terreno a la Diosa y Avalon desaparece entre la niebla. El lector percibe el desarrollo de los acontecimientos a través de los ojos y el turbulento corazón de Morgana, medio hermana de Arturo y última sacerdotisa de la Diosa. Se trata de una historia conocida contada desde una perspectiva muy poco habitual. Bradley, prolífica autora de literatura fantástica y ciencia ficción, escribe como si ella fuera realmente Morgana.

El libro despierta el interés de muchas mujeres. Sentimos como si estuviéramos escuchando algo acerca de nuestro pasado que no recordamos y entonces, cuando se nos recuerda, interiormente sabemos que es verdad. Es como escuchar una parte de nuestra historia que habíamos perdido. Con respecto a Avalon, se trata de un lugar arquetípico que atrae psicológicamente a cualquier persona que desee recuperar el contacto con la Diosa y, por lo tanto, puede imaginarse reaccionando como Morgana cuando ve Avalon:

> Entonces, como si se abriera una cortina, la niebla se desvaneció, y ante ellos apareció una extensión de agua y una verde orilla iluminadas por el sol... La luz —¿podía ser el mismo sol que ella conocía?— inundaba la tierra de oro y silencio, y notó que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sin saber por qué, pensó: «He vuelto a casa».

Esta historia parece real porque el hilo esencial realmente ocurrió, probablemente no en la Gran Bretaña artúrica, sino en la antigua Europa, donde miles de años antes de la invasión de los pueblos indoeuropeos existía una cultura de agricultores y artesanos que adoraban a la Diosa, valoraban la fertilidad y la paz

y vivían en armonía con las estaciones del año y la naturaleza. Estas «culturas de la Diosa/Madre» que precedieron al patriarcado han sido muy bien descritas por Marija Gimbutas, Merlin Stone y Riane Eisler. En algún lugar de nuestra mente, conocemos una época en que este principio femenino prevalecía sobre todos los demás, la época de la Diosa, de la concepción sagrada de la sexualidad y la fertilidad, de nuestra relación con la Tierra. De algún modo sabemos que en una ocasión existieron sacerdotisas, sanadoras y mujeres sabias que poseían grandes conocimientos.

El hecho de que las mujeres respondan tan intensamente a la ficción sugiere la posibilidad de que ésta tenga alguna relación con un aspecto de nuestro interior. Después de todo, para la mayoría de nosotras los conceptos de «diosa» y «sacerdotisa» son totalmente ajenos a las tradiciones religiosas en que nos educaron. Incluso en la ficción, sería difícil comprender estos conceptos a menos que se produzcan ciertos cambios en la consciencia individual. Adoptando las características de los protagonistas de las leyendas artúricas, los personajes de *The Mists of Avalon* nos ponen en contacto con un mito que refleja un aspecto de la historia humana que en estos momentos es relevante porque estamos entrando en otra época de transición, donde una vez más los valores del patriarcado interaccionan con los de una consciencia de la Diosa y la certeza de que la Diosa y la mujer —en momentos fuera del tiempo ordinario— son una sola y la misma. Los momentos en que la mujer humana «es la Diosa» o la Gran Madre se convierten en momentos sagrados en que ambas comparten un mismo cuerpo bendecido por la divinidad.

Morgana asume este papel cuando sostiene en brazos a un moribundo Arturo mientras se dirigen a Avalon en barca. Morgana dice: «Y Arturo finalmente yacía con su cabeza en mi regazo, viendo en mí no a una hermana, ni amante, ni enemiga, sino sólo a una mujer sabia, sacerdotisa, Dama del Lago; y así descansó sobre el seno de la Gran Madre de la cual nació y a la cual todos los hombres deben regresan».

Morgana está ayudando a Arturo en su viaje de la vida a la muerte. Mientras él se está muriendo, ella le reconforta y le abraza para que no se sienta solo ni tenga miedo. En ese momento, Arturo está en brazos de la Diosa, a quien experimenta a través del calor y el amor de una mujer humana. Así pues, la Diosa, la Gran Madre, se manifiesta a través de la sacerdotisa que es Morgana. Es un momento sagrado; gracias a ella, los últimos instantes de Arturo pueden impregnarse de paz, seguridad y gracia. Morgana actúa como una comadrona, ayudando a un alma a traspasar el umbral de la muerte, al igual que ella y otras también pueden ayudar a llegar a la vida en el momento del nacimiento. Estos momentos de transición fueron en el pasado competencia exclusiva de las mujeres y forman parte de los misterios que se están recuperando.

Las mujeres como comadronas del alma

He hablado con varias mujeres que, instintivamente, han acogido entre sus brazos a personas que estaban a punto de morir. Cuando yo les dije que habían actuado como comadronas del alma en el momento de la transición hacia la

muerte, todas reconocieron que se habían sentido exactamente así. Estoy convencida de que las mujeres necesitan contar esta experiencia para que ninguna de nosotras se sienta cohibida por miedo a que su comportamiento sea poco apropiado.

Tres semanas antes de que mi amiga Valerie acudiera junto al lecho de muerte de su madre en un hospital, le conté que había asistido al funeral de la hija de nuestra amiga Isabel. Isabel contó que se acostó en la cama con su hija, que estaba en coma, y la abrazó durante horas hasta que murió. También habló de la intensa paz que experimentó a lo largo de la noche y en el momento de la muerte. Valerie recordó la historia de Isabel la noche que visitó a su madre en el hospital y, desde el primer instante en que vio a su madre, supo que estaba a punto de morir. Con el deseo de ayudarla a abandonar este mundo, al igual que su madre la había ayudado a llegar a él, Valerie se acostó junto a ella y la abrazó, sintiendo que el cuerpo de su madre respondía al abrazo; reconfortada por su hija, la madre murió.

Dos años antes en Costa Rica, Therese, una mujer que ahora trabaja con enfermos terminales, me contó una historia parecida. Se metió en la cama de un hospital para abrazar a un hombre al que sólo podía acoger entre sus brazos si se sentaba detrás de él. Así pues, abrazándolo desde detrás, empezó a respirar al mismo ritmo que él; a medida que su respiración se hacía más lenta y profunda, sintió que el miedo del paciente desaparecía y murió en paz. En estas experiencias sagradas, una mujer actúa como sacerdotisa y Diosa Madre, compartiendo la experiencia de un momento sagrado a través de su cuerpo.

Las mujeres como recipientes de la Diosa

El hecho de que la mujer pueda ser un recipiente a través del cual se manifieste la Diosa es una revelación inesperada, una revelación que no se obtiene mediante una iluminación, visión o intuición, que es cómo se manifiesta la divinidad masculina, sino a través de una experiencia de encamación: a través de un contacto físico íntimo y reverente que es a la vez sensual y sagrado, profundamente personal y transpersonal.

La mayoría de mujeres desconocen este secreto, ya que en general tienden a estar descontentas con la redondez y la plenitud de sus cuerpos, se sienten avergonzadas por los misterios de sangre de la menarquía, la menstruación y la menopausia, quieren ser anestesiadas cuando dan a luz y se despiertan horrorizadas en medio de un sueño en el que abrazaban tiernamente a otra mujer.

Muchas mujeres a quienes la Diosa inicia en su propio cuerpo han explorado el cuerpo de la Diosa en otra mujer, ya sea una mujer real o en sueños. Estas experiencias pueden ser una afirmación muy positiva para que una mujer esté satisfecha de su condición femenina y de estar en el cuerpo de una mujer, pero también pueden provocar pánico y confusión. El cuerpo de una mujer se convierte en el reflejo del de otra mujer, los límites entre ambos desaparecen y se produce una fusión que abarca la totalidad de ambos cuerpos y auras. Esta fusión puede despertar débiles recuerdos sensoriales de la unión entre madre e hija o ser la primera vez que se experimenta este arquetipo. La experiencia con otra mujer puede permitir que una mujer que antes mostraba un comportamiento sensual

pasivo o reactivo se convierta en una persona sensualmente activa. Ya sea en sueños (donde también debe tenerse en cuenta el significado simbólico) o en una experiencia real, una mujer sólo puede experimentar la personificación de su sexualidad si acepta su capacidad de amar, en lugar de escandalizarse y pensar que es una pecadora y una pervertida y debe reprimir su sensualidad.

En este caso suele producirse una confusión sobre la orientación sexual. En realidad, este punto tiene que ver con dicha orientación sexual pero, al mismo tiempo, no tiene nada que ver con ella. Es una invocación de los aspectos sensuales de los arquetipos de Demeter, Perséfone, Hera o Afrodita en la mujer, que ahora pueden estar conscientemente presentes en las relaciones sexuales de una mujer. Tanto si la relación es con un hombre o con una mujer, estos aspectos pueden personificarse en ella y convertirla en una mujer sensual. El hecho de que no tenga nada que ver con la orientación sexual de la mujer puede provocar confusión, especialmente en el caso de aquellas mujeres que, habiendo sido exclusivamente heterosexuales, se enamoran de una mujer o de la Diosa que hay en una mujer, deciden que son lesbianas y, más tarde, se enamoran de un hombre.

Cuando un hombre y una mujer hacen el amor puede experimentarse un profundo sentimiento de *unión;* en el acoplamiento físico, en la reunión de los dos sexos, puede experimentarse una intensa sensación de plenitud; también puede llegar a ser una experiencia y un encuentro sagrado. Cuando dos mujeres hacen el amor a un nivel espiritual similar, se produce más una *reunión* que una unión. Aunque la oportunidad y la capacidad de vivir una o ambas experiencias sea una cuestión individual, las dos forman parte del potencial arquetípico de la mujer. Este encuentro físico y místico con otro individuo a través de la unión o reunión de dos cuerpos y dos almas conduce a ambos individuos al reino del Misterio; entonces puede producirse la perfecta y total *comunión* entre ambos.

Cuando se adoraba y se respetaba a Afrodita, antes de que ella y su sexualidad fueran profanadas, el hombre que acudía a su templo para participar en un ritual de comunión física se acercaba a la mujer que representaba ser la encamación de la Diosa con la esperanza o la certeza de que, a través de ella, podría experimentar a la Diosa. Ella era una sacerdotisa, no una prostituta: una mujer santa y no una pecadora. En la tradición celta, como en el relato de ficción *Las nieblas de Avalan,* Morgana era la Diosa cuando se acostó con Arturo, quien había demostrado ser digno de participar en el ritual de unión a través del cual un hombre se convertía en rey.

En el patriarcado, la sexualidad y la capacidad de dar a luz de la mujer pertenecen exclusivamente al marido y no a la propia mujer. La sexualidad inspira miedo y se reprime. En nuestra memoria colectiva, las mujeres sabemos que los castigos contra la sexualidad no reprimida eran la lapidación, la violación y la prostitución forzada. Por este motivo el miedo suele acompañar a los sentimientos sexuales prohibidos, porque recordamos que el poder de Dios y del hombre reprimieron a la Diosa y la autonomía de las mujeres.

Avalon como arquetipo del Mundo de la Madre

Avalon es, psicológicamente, un Mundo de la Madre. Permanece oculto a la

sombra de la consciencia patriarcal, reprimido, temido, y distorsionado, al igual que los elementos contenidos en el inconsciente personal o colectivo de los que se reniega. También es el Mundo de la Madre en el que todos hemos vivido si recibimos amor durante nuestra infancia; al crecer, dejamos este mundo atrás. Este Mundo de la Madre es personalmente prehistórico, anterior a nuestros recuerdos, como también lo es la historia matriarcal. Avalon como Mundo de la Madre también sigue existiendo. Se encuentra junto a la consciencia racional y sólo puede penetrarse en él cuando alteramos la consciencia durmiendo y soñando, enamorándonos o estando en una situación en que el velo entre los mundos es más fino y podemos atravesarlo.

Cuando entramos en Avalon, nuestro sentido del tiempo se altera. Los griegos utilizaban dos palabras diferentes para referirse al tiempo: *kairos* y *kronos.* El término *kronos* se correspondería con la noción de tiempo tal como lo entendemos en el mundo racional: un tiempo lineal que medimos con relojes y cronómetros (nombre derivado de Crono, el dios griego que devoraba a sus hijos). El tiempo en las sociedades patriarcales llega cada 1 de enero simbolizado por un niño y se va el 31 de diciembre simbolizado por un venerable anciano de larga barba blanca. En el Mundo de la Madre, participamos del tiempo y, por consiguiente, no lo medimos; el término griego para designar este tiempo cualitativo es *kairos.* Cuando hacemos algo que nos gusta y estamos totalmente concentrados en hacerlo, estamos más en un tiempo *kairos* que *kronos.* Cuando estamos con alguien a quien amamos y estamos totalmente concentramos en estar con esa per— sona, cuando estamos enamorados, cuando estamos alimentando nuestra espiritualidad, estamos fuera del tiempo ordinario y dentro del Mundo de la Madre.

Cuando supuestamente Glastonbury y Avalon coexistían, sólo era posible pasar de un lugar a otro si se conseguía llamar a la barcaza y atravesar la niebla. El Reino de la Diosa estaba cerca, pero no todo el mundo tenía acceso a él. Este concepto es una variación de las tradiciones místicas donde los iniciados pueden entrar en realidades alternativas. En la mística cristiana, es el Reino de Dios.

La diferenciación entre el hemisferio cerebral derecho y el izquierdo es paralela a la diferenciación entre un Mundo de la Madre y un Mundo del Padre: el hemisferio izquierdo, dominante, es racional, verbal y lineal, mientras que el derecho es no verbal, no racional y no lineal. La función del hemisferio cerebral derecho es menos apreciada pero está relacionada con las imágenes, el componente emocional de las experiencias y la música; el hemisferio cerebral derecho está abierto a realidades alternativas.

Recordando a la Madre

Viajar a Avalon es recordar a la Madre arquetípica, a la Diosa en sus diversas formas y muchos nombres, redescubrir los misterios femeninos y la vivencia de experiencias sagradas. Avalon existe donde lo divino habita en la naturaleza y despierta el anhelo del peregrino. Donde existe divinidad femenina, existe el acceso a Avalon. Pero cuando predominaban la religión patriarcal y los dioses masculinos, Avalon, el Grial y la Diosa desaparecieron entre la niebla de los

tiempos olvidados. Es como si Avalon se hubiera alejado cada vez más de la humanidad, al menos de esa parte que se llama a sí misma civilización occidental. El Grial también desapareció del mundo y, puesto que el cáliz sagrado es un símbolo de la Diosa, ya no se recordaba a la Madre y sólo se reconocía la existencia del Padre.

La leyenda del Grial incluye varios temas que nos recuerdan que la realidad ordinaria perdió algo de gran valor. El misterioso Grial sigue existiendo, pero en Otro Mundo. Se encuentra en el Castillo del Grial, custodiado por la Doncella del Grial. Está en un lugar que el inocente Perceval encontró por casualidad, y lo único que consiguió fue hacer desaparecer el lugar porque no fue capaz de valorar adecuadamente la experiencia. Y Perceval sólo encontró el Castillo del Grial después de recordar a su madre y partir en su busca, lo cual es muy significativo.

Al inicio de la historia del Grial, se nos presenta a Perceval como un joven que ha crecido en el bosque. Cuando ve a caballeros ataviados con armaduras y montados a caballo por primera vez, no sabe quiénes son. Embelesado, les dice que deben de ser ángeles, poniendo de manifiesto así su inocencia. Su madre le había dicho que los ángeles eran las criaturas más bellas que jamás pudiera imaginar ver, y por este motivo supone erróneamente que los caballeros son ángeles. Cuando le cuentan que son caballeros, Perceval decide intentar por todos los medios convertirse en uno de ellos y sin pensarlo dos veces abandona a su madre. Perceval responde con éxito a esta llamada. Reta a los caballeros, gana su armadura, encuentra un mentor y es nombrado caballero. Sólo después de todo esto, de repente, Perceval recuerda a su madre y parte en su busca. A lo largo de esta búsqueda conoce al Rey Pescador y llega al Castillo del Grial.

Antes del repentino recuerdo de su madre, Perceval actuaba como los hombres y mujeres contemporáneos que, gracias a su esfuerzo, han conseguido llegar a ser lo que aspiraban o han conseguido lo que querían. Al centrarse únicamente en sus objetivos, pueden actuar tan cruelmente como Perceval con las personas que les han amado o ayudado en su camino, abandonándolas sin pensarlo dos veces. Esta actitud es característica de la psicología del héroe, que enfatiza la separación de la madre y del mundo materno, la negación de la dependencia y la correspondiente intolerancia a la vulnerabilidad, que se iguala a la debilidad. Como consecuencia de ello, se devalúan los valores femeninos.

Las mujeres que sólo se centran en la consecución de sus objetivos también suelen actuar del mismo modo, sobre todo si su tipología psicológica incluye las cualidades de la mítica Atenea. Atenea nació de la cabeza de su padre, Zeus, sin recuerdo alguno de su madre, Metis, la diosa preolímpica de la sabiduría. Zeus engulló a Metis después de engañarla para que se hiciera pequeña. Atenea se representa muchas veces como una mujer vestida con armadura, como un caballero mujer. Es la diosa de los héroes.

Las Ateneas contemporáneas son mujeres que se desenvuelven bien en un mundo de hombres. Gracias a su inteligencia, su capacidad estratégica, su habilidad para encontrar mentores y su facilidad para trabajar o competir con personas ambiciosas, consiguen alcanzar el éxito profesional. Estas mujeres visten una armadura intelectual y son capaces de concentrarse en ser productivas

ignorando sus sentimientos, vulnerabilidades y necesidades físicas o emocionales. Una Atenea es «la hija de un padre» que sólo intenta complacer al «padre» —ya sea su propio padre u otras figuras paternales— o ganarse el reconocimiento patriarcal por sus éxitos, hasta que «recuerda a la madre». Un cambio radical puede producirse cuando se da cuenta de que la «madre» que olvidó es en realidad su propia feminidad instintiva: ¿ha perdido la capacidad y la oportunidad de ser madre? Con la misma intensidad que el caballero en busca del Grial, puede emprender su búsqueda personal para ser madre, que probablemente la conducirá hasta la selva emocional de la que se apartó y el laberinto médico de la infertilidad, con sus callejones sin salida. El Grial que busca es su propio embarazo.

A pesar de que los esfuerzos y la angustia estén relacionados con la capacidad de concebir a un niño, en realidad, a través del bebé y de forma inconsciente está buscando un objetivo diferente: entrar en el Mundo de la Madre, Avalon. Desea dar y recibir amor. Quiere despojarse de su armadura intelectual y regresar a casa para recuperar la feminidad perdida, que es mucho más que el simple hecho biológico de ser madre. Tal vez encontrará a la madre que necesita en la naturaleza, en la compañía de otras mujeres, en la amistad; es posible que encuentre a la madre que busca en sí misma o en una actividad que enriquezca su espiritualidad.

Desde un punto de vista metafórico, recordar a la madre y regresar al bosque para encontrarla tiene varios significados diferentes. Psicológicamente, puede ocurrir cuando un hijo o hija ya mayor siente repentinamente amor y apreciación por su madre; por ejemplo, puede regresar a casa para hacérselo saber y, al hacerlo, iniciar una relación más profunda con ella. También puede significar que toma consciencia del arquetipo maternal que existe en su interior, que es lo que ocurre cuando una mujer que ha alcanzado el éxito profesional siente de repente que desea tener un hijo y es capaz de abandonar su trabajo.

El arquetipo maternal también suele estar presente cuando nos enamoramos de alguien que a su vez está enamorado de nosotros y, en el arrebato inicial, nos sentimos incondicionalmente amados, protegidos y mimados como un bebé en brazos de su madre. El lenguaje infantil que los enamorados utilizan para demostrar su amor por la otra persona es una expresión de esta relación inconsciente. Es el maternal Eros de Afrodita, cuyo símbolo, la rosa roja, es la flor de los enamorados.

La acción de recordar a la madre y partir en su búsqueda también está relacionada con el hecho de recordar un mundo y una identidad que dejamos atrás junto con la infancia. Porque cada uno de nosotros tiene una «época prehistórica» personal, antes de que supiéramos escribir o decir la hora, antes de conocer la existencia y la función del calendario. Si durante esta época experimentamos el arquetipo maternal —en la forma de nuestra propia madre u otra figura maternal— como una fuerza positiva, nos hallamos en el reino materno de la imaginación, el amor incondicional, la ausencia de tiempo y en estrecha relación con la naturaleza y el instinto. Por el contrario, si nuestra experiencia de la madre fue negativa o no pudimos tenerla, podría haber sido una época caracterizada por el miedo y el sentimiento de indefensión. Éste es el mundo que el héroe (el ego que

hay en todos nosotros) tiene que abandonar cuando empieza a ir a la escuela y más tarde se incorpora al mundo laboral en una cultura patriarcal que exige y recompensa la objetividad y el pensamiento racional, la persecución de unos objetivos y la productividad.

Perceval se esforzó para convertirse en un caballero famoso ganando torneos contra otros hombres. O mataba a sus oponentes o, con mayor frecuencia, los enviaba de vuelta a Camelot para que fueran una prueba viviente de su éxito. Cuando una persona intenta buscar el éxito y el reconocimiento en cualquier campo, también hay experiencias análogas, victorias o trofeos que ganar que simbolizan el éxito. Después de hacer lo mismo una y otra vez durante un tiempo —ya sea consumar una venta o ganar un caso en los tribunales, que son versiones contemporáneas de los enfrentamientos entre caballeros—, el objetivo pierde su atractivo y el éxito ya no nos produce tanta satisfacción. Cuando ocurre esto, ya no emprendemos la tarea con tanta energía. Llegados a este punto, los hombres y las mujeres de éxito se preguntan: «¿Es esto lo único importante?» Es entonces cuando podemos experimentar un nuevo deseo de explorar nuestro mundo interior de sentimientos, pensamientos, deseos y recuerdos. Así le ocurrió a Perceval, quien recordó a su madre y partió en su búsqueda.

El Castillo del Grial

En la leyenda, tal como la cuenta por primera vez Chrétien de Troyes, Perceval cabalga hasta que llega a un profundo río y supone que la casa de su madre debe de estar al otro lado de la orilla, pero no hay ningún puente para cruzar el río y el camino que había seguido ya no sigue más adelante. Entonces, como una respuesta a una plegaria, ve un bote con dos hombres que navega corriente abajo. Los hombres echan el ancla en medio del río y uno de ellos se pone a pescar. Perceval les llama y les pregunta por dónde puede cruzar el río o dónde puede cobijarse. En la historia, como en la vida, el acto de buscar hace que hallemos una respuesta; algo en el universo o en el inconsciente responde como lo haría a una invitación.

El pescador le responde que no existe ninguna barca, puente ni lugar donde cobijarse, que es imposible cruzar el río a caballo y no hay ningún bote suficientemente grande para transportar a una persona y un caballo, al menos en veinte leguas río arriba o abajo. Sin embargo, el pescador promete a Perceval que si cabalga a través de una grieta en las rocas hasta lo alto de la colina, verá una casa donde podrá pasar la noche.

Desde la cima de la colina, Perceval observa los alrededores durante largo rato pero no ve nada aparte de cielo y tierra. Se siente engañado y estúpido. Entonces ve la torre de un enorme castillo. Descendiendo hasta el valle, se acerca al castillo y cruza el puente levadizo. De repente ve algo que antes no podía ver y encuentra la entrada a lo que resulta ser el Castillo del Grial. Perceval llega «a ese Otro Mundo que corresponde al de la madre... el reino de los sueños y las visiones... un dominio perteneciente al Otro Mundo caracterizado por un cambio en la atmósfera que, en contraste con los acontecimientos previos, ahora es mágico» (la interpretación psicológica del Castillo del Grial en *La leyenda del Grial,*

de Emma Jung y Marie-Louise von Franz.)

Una vez en el interior, Perceval recibe la bienvenida del enfermo señor del castillo, que es el mismo hombre que estaba pescando, aunque ahora tiene el aspecto de un rey. Está tumbado y se disculpa por no poder levantarse y saludarle debido a que su herida se lo impide. Invita a Perceval a sentarse a su lado. Perceval es tratado con honores de rey y participa en un espléndido banquete, durante el cual increíbles maravillas pasan por delante de sus ojos. No sólo en una ocasión, sino a cada plato diferente que se sirve, Perceval contempla la procesión del cortejo del Grial.

Experiencias del Grial

En primer lugar entra un paje con una lanza blanca. De la punta de la lanza cae una gota de sangre que resbala por el fuste hasta la mano del portador. Le siguen dos pajes más, llevando cada uno de ellos un candelabro con varias velas. Entre ellos camina la portadora del Grial, una hermosa doncella vestida con magníficos ropajes, sosteniendo el Grial con las dos manos. Cuando entra en la sala con el Grial, la luz que despide este objeto es tan resplandeciente que las velas pierden su brillo. Les sigue una segunda mujer que lleva una fuente de plata. La lanza que sangra suele formar parte del cortejo del Grial; se supone que es el arma que el soldado romano utilizó para herir a Jesús en el costado cuando estaba en la cruz. La segunda mujer que lleva la fuente se asocia con la Diosa y su caldero de abundancia, mientras que el Grial es tanto la copa de la Ultima Cena como un símbolo de la Diosa. Los símbolos cristianos y de diosas aparecen mezclados en las leyendas del Grial, lo cual puede ser el motivo de que la Iglesia no las haya reconocido nunca.

A pesar de que Perceval esté viviendo una experiencia maravillosa, no hace ningún comentario ni ninguna pregunta sobre lo que está presenciando. Tampoco pregunta nada a su anfitrión acerca de su enfermedad. En lugar de eso, se concentra en comer y beber, incluso aunque el cortejo repita su procesión una y otra vez. Después de la cena, invierte la velada en mantener una conversación intrascendente con el señor del castillo y después se va a dormir. Perceval no hace ninguna pregunta ni comentario acerca de los extraordinarios acontecimientos que ha presenciado porque sigue el consejo de su mentor, un noble que le enseñó lo que era ser caballero y le previno de que no demostrara su ignorancia haciendo preguntas.

Hay momentos de gran misterio que parecen pasar como por las vidas de muchas personas como el cortejo del Grial, sin que se les conceda importancia. Las experiencias liminales en el umbral entre los mundos no son casos excepcionales; son momentos arquetípicos y místicos en los que vemos a través o más allá de la realidad ordinaria. La gente oye música celestial, ve o siente lo que llama presencias angélicas, puede tener visiones tranquilizadoras o inquietantes, tener una intuición de intensidad poco habitual, sentirse abrazada por la Diosa, o sentir a la Diosa o a Dios en sí misma. Estas experiencias pueden cambiar la vida de una persona para siempre, aunque también es posible que no les afecten en absoluto. Y, al igual que Perceval, es posible que ni siquiera mencionen lo ocurrido.

Estoy segura de que muchas personas han tenido «experiencias del Grial» en algún momento de sus vidas; han vivido epifanías, momentos sagrados, experiencias reveladoras y, por unos instantes, se han sentido sanadas, tocadas o amadas por lo divino o el universo, o han sentido que formaban parte de ellos. Como resultado de esta experiencia, es posible que el la vida de esa persona cambie o que aquellos instantes le hayan producido el mismo efecto que una comida excepcional.

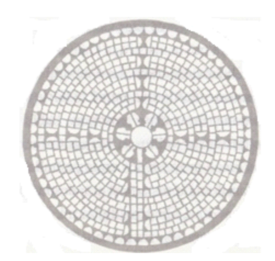
La experiencia del Grial en sí no es suficiente. La pregunta «¿A quién sirve el Grial?» debe ser respondida. Una experiencia del Grial, como una visión llena de significado, puede servir para alcanzar un mayor grado de espiritualidad o no. En presencia del Grial, Perceval habla poco porque tiene miedo de parecer ignorante; su experiencia es superficial y Perceval no es capaz de valorar su significado.

A la mañana siguiente, Perceval se despierta, atraviesa puertas cerradas que no se abren cuando llama y grita para llamar la atención pero no obtiene respuesta. Después sale del castillo y encuentra su caballo ensillado y su lanza y su escudo apoyados contra la pared. Monta a caballo y busca por el patio, pero no ve a nadie. Finalmente, cabalga hacia la puerta y encuentra el puente levadizo bajado; cuando empieza a cruzarlo, el puente se levanta. Con un gran salto, su caballo consigue a duras penas superar el foso. Perceval grita, esta vez a quien haya levantado el puente, pero nadie responde.

Una vez que Perceval ha salido del Castillo del Grial, éste desaparece. Perceval se encuentra perdido y muerto de frío en medio de un bosque, por donde vaga durante años intentando encontrar de nuevo el Castillo del Grial.

Perceval se había convertido en un buen caballero, lo cual requería unas cualidades innatas, esfuerzo, valor, ambición y habilidad. Con el paso del tiempo, el trabajo que había sido tan motivador se convirtió en una rutina y ya no era una fuente de significado. En esta situación tan habitual, recordó a su madre y partió en su busca. Hizo caso de un sentimiento interior que le impulsaba a buscar lo que había dejado atrás. Era una tarea alegórica; no conocía el camino ni existían senderos que pudiera seguir. En su búsqueda, sin intención y sin saberlo entró en el Otro Mundo, vio el Grial y no fue capaz de darse cuenta de que lo veía, y mucho menos de descubrir su significado.

Los Percevals contemporáneos, hombres y mujeres, también pueden encontrar de forma inintencionada el Otro Mundo en momentos de transición. Entonces podemos establecer contacto con el inconsciente a través de los sueños, acontecimientos significativos y proyecciones en los demás. Si vivimos una experiencia del Grial y la perdemos porque no fuimos capaces de comprender la importancia de esta dimensión en nuestras vidas, a menudo no podemos recuperarla ni tampoco seguir con la vida que teníamos antes. Inquietos, descubrimos que ahora estamos perdidos y vagamos sin rumbo, como Perceval, «en el bosque».



9. En el bosque: el paisaje de la mediana edad

«En medio del camino de mi vida, me perdí en una selva oscura»
DANTE, *el inicio de la* Divina Comedia

En los sueños y la literatura, con frecuencia los sucesos se producen en paisajes que sirven como metáforas del terreno emocional y espiritual. Cuando salió del Castillo del Grial, Perceval se encontró perdido en el bosque, como nos ocurre a muchos de nosotros al llegar a la mitad de nuestras vidas, a la mediana edad. Nos encontramos «en el bosque» cuando estamos desorientados: cuando cuestionamos el sentido de lo que estamos haciendo o con quién estamos, o tenemos serias dudas acerca del camino que hemos seguido hasta entonces o la dirección que tomamos en el último cruce.

Podemos perder lo que creíamos una ocupación o relación permanente, y con ella también perdemos el lugar donde normalmente nos cobijábamos y nos encontramos «en el bosque». El bosque, el laberinto, el otro mundo, el mundo subterráneo, el mar y las profundidades marinas son descripciones poéticas y simbólicas de la forma en que percibimos el reino del inconsciente. Es el lugar donde estamos cuando nos perdemos, y es el lugar donde necesitamos ir para encontramos a nosotros mismos. La individuación, la necesidad de vivir plenamente en armonía con nuestro interior, es un viaje que conduce al ego hasta el bosque.

Estar en medio de un bosque es una metáfora de un período de nuestras vidas. Se trata de un tiempo y un lugar metafórico que se caracterizan por el riesgo y la transformación. No existen indicadores ni caminos marcados. Si tenemos miedo, las sombras pueden parecer siniestras y amenazadoras; si somos temerarios, el bosque puede ser un lugar muy peligroso.

En ocasiones, nosotros mismos caminamos hasta el bosque sin pretenderlo. Atraídos por algo o alguien, modificamos nuestro entorno familiar cambiando o abandonando relaciones, el trabajo, la familia, la comunidad o nuestras creencias. A veces nos encontramos en el bosque porque alguien nos abandona, perdemos nuestro empleo o un diagnóstico médico o un accidente lo cambia todo.

En ocasiones también podemos encontramos en el bosque después de poner

fin intencionadamente a una época de nuestras vidas; traspasamos una puerta y la cerramos detrás de nosotros, lo cual nos lleva a esta situación. No basta con saber que debemos partir (debido al carácter destructivo de una relación, un empleo o el entorno), sino que es necesario ser capaces de actuar en consecuencia. Como en el mito de Psi— qué, debemos tener una lámpara (símbolo de la iluminación o consciencia que nos permite ver una situación con claridad) y un cuchillo (el poder de actuar con decisión y ser capaces de romper vínculos de unión).

El hecho de que la vida no pueda seguir transcurriendo en las mismas condiciones que hasta entonces puede deberse a muchos motivos diferentes. Lo importante no es el hecho en sí, sino las profundidades espirituales que nuestra alma explora como resultado.

Cuando entramos en una fase «en el bosque», se inicia un período de búsqueda y crecimiento espiritual. En el bosque es posible recuperar la conexión con nuestra auténtica naturaleza, conocer lo que hemos mantenido oculto entre las sombras y lo que no hemos podido conocer acerca de nosotros mismos o el mundo personal y patriarcal en que habitamos. Entonces es posible descubrir y recordar aquellos aspectos de nosotros mismos que una vez fueron vitales. Tal vez descubriremos una fuente de creatividad que ha permanecido oculta durante décadas. También podemos sufrir el ataque de la crítica o caer en las redes de nuestros peores miedos. Cuando estamos en el bosque, la mayoría de nosotros debemos encontrar lo que necesitamos para sobrevivir en nuestro propio interior.

La doncella sin manos en el bosque: adquirir capacidad por uno mismo

Al igual que la doncella sin manos del cuento del mismo título, cuyas manos crecieron mientras estaba en el bosque, muchas mujeres descubren que sólo cuando están solas, sin ayuda y perdidas en un territorio desconocido, pueden experimentar un crecimiento psicológico análogo. Las mujeres jóvenes pierden metafóricamente sus manos para poder ser supuestamente más «femeninas». Las chicas preadolescentes expresan lo que piensan sin miedo y son capaces de competir con los chicos, mientras que las chicas adolescentes suelen perder su autoestima y reprimen la expresión de su personalidad.

Las manos representan la aptitud, la capacidad de tomar lo que tiene un valor personal; las manos son el medio que nos permite expresar sentimientos íntimos y sensuales; las manos se utilizan para crear, consolar a los demás y sanar; las manos se ensucian cuando tocamos máquinas o barro, o participamos en negocios turbulentos; las manos sostienen instrumentos musicales, pinceles, utensilios de cocina, herramientas y armas; las manos nos protegen, satisfacen la curiosidad y son una extensión de nuestra mente. Las manos están íntimamente relacionadas con nuestra autoestima y la expresión de nuestra personalidad, tanto de forma real como metafórica.

Para comprender por qué el cuento «La doncella sin manos» puede tener un significado personal, piensa en tus propias limitaciones o inhibiciones. ¿Es posible que hayas perdido un par de «manos» concretas?

Recuperar unas manos que se perdieron o nunca se desarrollaron es

especialmente necesario para una mujer que sale de la casa del padre para entrar en la del marido y más tarde, tras la muerte de éste o, con mayor frecuencia, un divorcio, la mujer debe salir al mundo y ayudarse a sí misma, o a sí misma y a otras personas. Es como la doncella sin manos: es inexperta y está sola.

Si ha sido educada para ser una dama, siempre se habrán reprimido algunos aspectos de su personalidad: ha aprendido a no expresar su ira y sus opiniones fuertes y a no decir lo que piensa. Las habilidades y los rasgos de la personalidad que no eran bien vistos no se desarrollaron. Se la educó para que se avergonzara de las partes de sí misma que eran poco elegantes o impropias y, en consecuencia, esos aspectos fueron reprimidos o ignorados.

En el cuento, un molinero hace un trato con el diablo: le dará todo lo que hay detrás del molino a cambio de conseguir una buena posición. Cuando regresa a casa, descubre que su hija había estado barriendo detrás del molino y, por tanto, ella es lo que ha prometido entregar al diablo. La primera vez que el diablo les visita para cobrar lo que le prometió el molinero, la inocencia y la pureza de la hija evitan que el diablo tome posesión de ella. Le dice al molinero y a su mujer que deben prohibir a su hija que se cuide, para que la próxima vez que venga a reclamarla esté sucia y despeinada. Sin embargo, las lágrimas limpian sus manos, lo cual impide por segunda vez que el diablo se la lleve. Enfadado y decidido a no renunciar a lo que le pertenece, el diablo le dice al molinero que corte las manos de su hija, y el padre obedece sus órdenes. Cuando el diablo regresa para reclamar a la doncella sin manos, sus lágrimas caen sobre los muñones de sus brazos y su pureza es tal que repele al diablo y éste se ve obligado a marcharse. Entonces la doncella se niega a depender de la seguridad material que le ofrecen sus padres y decide enfrentarse al mundo sola y sin manos. Preferiría confiar en la generosidad de desconocidos antes que quedarse donde está.

En mitos, leyendas y cuentos, es muy habitual que el padre entregue a doncellas bellas, hermosas, jóvenes e inocentes a cambio de éxito y poder. En las culturas patriarcales, las hijas suelen sacrificarse, se impide su desarrollo y se ignoran sus deseos y necesidades. Éste es un tema recurrente en muchas historias. En la mente de los hombres (y cada vez más también en la de las mujeres), se reprimen los valores femeninos y la expresión de los sentimientos porque son incompatibles con la adquisición de poder. Así pues, el tema del sacrificio de la doncella como metáfora de los valores femeninos y la inocencia es fácilmente creíble. En las familias que esperan que sus hijas sean niñas obedientes para después convertirse en esposas obedientes, se reprimen el talento y los rasgos que no se adaptan a estas expectativas.

La parte del cuento de la doncella sin manos que transcurre en un bosque corresponde al terreno psicológico en que nos encontramos las mujeres cuando estamos solas y pasamos por una época de transición en nuestras vidas. Entonces podemos descubrir lo que realmente es importante para nosotras y lo que da sentido a nuestras vidas, y en estos momentos la necesidad estimula el crecimiento, puesto que nos enfrentamos a nuevos retos y responsabilidades. La doncella sin manos parte hacia al bosque después de casarse y tener una hija porque siente la necesidad de huir. Con su hijita atada sobre su pecho, penetra en el bosque. Allí

pasa siete años y, en la versión de Clarissa Pinkola Estés *Women Who Run with the Wolves (Mujeres que corrieron con los lobos),* sus manos crecen en diferentes etapas. Primero son manos de bebé, después las manos de una niña y, finalmente, tiene las manos de la mujer madura que ha llegado a ser.

La figura simbólica de la doncella sin manos con su bebé atado sobre su pecho es similar a la figura de la Psiqué embarazada en el mito griego de Eros y Psiqué. El bebé representa la nueva vida. En esta historia, Psiqué es una hermosa mujer que ha sido abandonada por Eros, el dios del amor (el término griego *psyche* significa «alma»; también significa mariposa, que por la metamorfosis que le permite transformarse de oruga a capullo y después a mariposa es un símbolo de transformación). Para poder crecer, Psiqué debe cumplir cuatro misiones; todas parecen imposibles hasta que recibe la ayuda de hormigas, un junco, un águila y una torre que habla (todos ellos símbolos de las cualidades de Psiqué).

Las misiones representan lo que la mente femenina debe aprender para poder crecer. Al completar cada una de las cuatro misiones, la mujer que se identifica con Psiqué o con la doncella sin manos consigue una madurez psicológica que antes no poseía. Cuando realiza la primera misión, que consiste en clasificar un gran número de semillas diferentes en montones separados, una mujer adquiere la capacidad de clasificar diferentes posibilidades, establecer el orden a partir de la confusión, aprender que dispone de los medios psicológicos, intelectuales o intuitivos para comprender a lo que se enfrenta cuando está sola.

La segunda misión de Psiqué consiste en obtener lana de los cameros dorados del sol, que son cameros enormes y agresivos que luchan con sus cuernos para imponer su dominio sobre los demás. Tiene que encontrar la forma de conseguir un símbolo de poder sin resultar vencida en el intento. Esto es lo mismo que debe hacer una mujer cuando entra en un mundo competitivo y debe arreglárselas sola. Debe aprender a adquirir el poder que necesita sin perder su alma ni volverse dura, dejar de relacionarse con los demás o ignorar su escala de valores y sus sentimientos.

La tercera misión de Psiqué consiste en conseguir la visión de conjunto propia de un águila así como su capacidad de distinguir e identificar lo que desea. Cuando una mujer ha aprendido esto, tiene la capacidad de analizar una situación y actuar en nombre propio.

Para llevar a cabo la cuarta y última misión, Psiqué debe entrar en el mundo subterráneo y regresar con una caja llena de ungüentos preciosos. Sólo consigue cumplir esta misión porque es capaz de decir no a aquellos que solicitan su ayuda. Adquiere la capacidad de hacer lo que toda mujer debe aprender a hacer. Cuando ayudamos a personas o hacemos algo por ellas, y por ello nos sentimos obligadas a seguir satisfaciendo sus necesidades y no las nuestras, estamos obstaculizando nuestro crecimiento y perdemos la oportunidad de realizamos plenamente. Cuando mantenemos relaciones de codependencia, somos como doncellas sin manos que accedemos a que nos corten partes de nosotras mismas. Sólo cuando somos capaces de decir no, nuestro sí puede ser sincero e inequívoco.

Perceval en el bosque: un lugar donde el alma puede

crecer

Perceval pasó más de cinco años vagando por el bosque, como otros caballeros que también buscaban el Grial. El caballero que se pierde en medio del bosque debe cumplir unas misiones muy diferentes a las de la doncella sin manos. Al igual que los hombres y mujeres que quedan atrapados en las apariencias y el éxito social y después, cuando llegan a la mediana edad, se encuentran perdidos en el bosque, el caballero debe darse cuenta de lo que no consiguió hacer o no valoró suficientemente y perdió. Perceval vio la herida incurable e ignoró lo que veía, lo cual fue una falta de compasión. Vio el cortejo del Grial y no le afectó en absoluto, manteniendo la compostura en todo momento. El bosque es un lugar de crecimiento espiritual para las personas como Perceval. Es una época para aprender lo que es el sufrimiento y la compasión, la humildad y la humillación, la sabiduría femenina y el misterioso Grial.

En el bosque, Perceval se encontró con muchas personas y situaciones desconcertantes. Conoció a una doncella que lloraba sobre el cuerpo de un guerrero que había sido decapitado, una maltratada mujer montada sobre una enferma jaca, una horrenda mujer, un ermitaño en una capilla, un caballero negro tendido en una tumba, un caballero muerto tumbado sobre un altar, una misteriosa mujer con un vestido rojo sembrado de estrellas, un niño en un árbol de luces. También encontró a animales, entre los cuales había un peligroso ciervo blanco, un caballo blanco y negro, un caballo completamente blanco y un perro blanco atado con una cuerda de oro. Le retaron a una partida de ajedrez, decidió cazar al ciervo, liberó al caballero de la tumba. Como en los sueños, algunos personajes le ayudaron mientras que otros mostraron su hostilidad o indiferencia hacia él, y todos los personajes y situaciones tenían una interpretación simbólica.

Las personas que se encuentran en uno de estos períodos pueden descubrir que lo que encuentran son proyecciones o encuentros sincrónicos; lo que puede parecemos horrible en otras personas seguramente es una cualidad o actitud que existe en nosotros. Por otro lado, podemos ser como la horrenda mujer, el caballero decapitado o la dama llorosa para los demás, o incluso para nosotros mismos.

Artemis en el bosque: entrar en contacto con la naturaleza

El bosque era el reino de la diosa griega Artemis (o Diana) que era la diosa de la caza y de la luna. Artemis es un arquetipo presente en las mujeres que captan el alimento espiritual que les ofrece la naturaleza y están en sintonía con su propia naturaleza salvaje. Como diosa virgen arquetípica, Artemis es un espíritu independiente. Muchas de nosotras somos arquetípicamente Artemis antes de recibir el doble impacto de la pubertad y el patriarcado que nos convierte en «doncellas sin manos». Artemis también está en la niña que trepa a los árboles y puede resucitar en una mujer que vuelve a ser físicamente activa al aire libre.

Nos sentimos incómodas, rechazamos o nos avergonzamos de cualquier parte de nosotras que no esté bien vista en nuestro mundo y somos capaces de deshacemos de cualquier cosa que no guste a los demás o se considere inapropiada. Éstas son las partes de nosotros que no desarrollamos o suprimimos y

olvidamos y pueden ser fuentes de sentido y vitalidad. Cualquier arquetipo del que nos hayamos separado sigue vivo en el bosque de nuestro subconsciente. Como única diosa que acudió en ayuda de su madre además de preocuparse por la juventud de todas las criaturas vivas, Artemis como arquetipo representa la parte de una mujer que mantiene un profundo y genuino vínculo de unión con la Tierra y que puede actuar impulsada por su amor para proteger bosques, animales, mujeres y niños, el planeta y las partes vulnerables de sí misma.

Robert Bly en *Iron John* anima a los hombres a que reclamen el arquetipo del hombre salvaje, y Clarissa Pinkola Estés habla de recuperar la conexión con el arquetipo de mujer salvaje; son aspectos instintivos de nuestra personalidad que necesitamos para poder vivir plenamente. Al llegar a la mitad de nuestras vidas, el deseo de ser sinceros con nosotros mismos, deseo impulsado por el alma, contribuye a aumentar la crisis que inconscientemente creamos cuando no nos damos cuenta de que no nos sentimos plenamente vivos. En nuestro interior, sentimos la imperiosa necesidad de realizamos plenamente y, cuando nos encontramos en el bosque metafórico y el bosque real o mundo natural, tenemos la oportunidad de recuperar y desarrollar nuestra naturaleza instintiva, nuestra relación espiritual con la naturaleza y nuestro sentido de unidad con el universo.

El bosque como experiencia laberíntica

A mitad del camino de mi vida, abandoné mi matrimonio y entré en un período de permanencia en un oscuro bosque. Tardé un poco en comprender que en este bosque podía trepar a los árboles, tener un mayor campo de visión o ver hacia dónde debía dirigirme e ir hacia allí. No podía influir en el calor o el frío de la climatología emocional, ni cambiar las circunstancias y la gente que encontraba en el bosque. Aprendí a aceptar lo que ocurría por muy inesperado o decepcionante que fuera y me decía: «Sea lo que sea, es». Poco a poco fui aceptando que realmente estaba sola y aprendí a vivir el presente.

La vida en el bosque coexistía con la vida cotidiana: seguía siendo madre de dos adolescentes que vivían conmigo la mitad del tiempo y tenían sus propios problemas. Era psiquiatra y tenía muchos compromisos profesionales. Además estaban todos los detalles cotidianos de la vida, desde las reuniones de la escuela hasta hacer la compra y pagar los impuestos. Por otra parte, como yo había abandonado el domicilio conyugal, la separación me obligó a reorganizar muchos aspectos de mi vida, desde controlar mi economía hasta llenar la nevera y los armarios de la cocina.

Aunque todo lo que estaba ocurriendo me causaba un gran dolor, fui capaz de dejar ese dolor a un lado para poder ocuparme de todo lo que requería mi atención. Al igual que muchos terapeutas, me centré en las personas que me rodeaban, en cómo reaccionaban y por qué. La comprensión intelectual era mi armadura; me encerré en mi cabeza y desconecté de la tensión, el miedo y la confusión que mi cuerpo soportaba por mí. Durante este período de mi vida, aprendí a prestar atención a las sensaciones y los sentimientos contenidos en mi cuerpo. Y además también a los encuentros emocionales, que eran muy difíciles pero también profundos y auténticos. Una separación es una experiencia muy dura

para aquellos que no pueden influir en ella pero resultan muy afectados. Nuestro matrimonio parecía una roca estable, pero ahora era como si esa roca hubiera caído en un profundo lago, creando círculos concéntricos que afectaban emocionalmente a los demás.

En algunos momentos, me costaba un gran esfuerzo mantenerme despierta y no declinar las responsabilidades de la vida cotidiana, ya que el bosque ejercía una atracción emocional hacia mi interior, pues por muy doloroso que sea, vivir en el mundo arquetípico también proporciona vitalidad, incluso cuando se representa el papel protagonista de un drama personal.

Hasta que entré en la fase «en el bosque», siempre había viajado por una ancha carretera muy bien señalizada y con claros destinos. Mi vida había sido una secuencia de éxitos educativos y profesionales. Tantos años y sacrificios para conseguir el bachillerato, la licenciatura, especializaciones en psiquiatría y neurología, el título de analista como recompensa a largos años de esfuerzo; avancé en la carrera académica, paso a paso, hasta que alcancé el escalón más alto como catedrática. Cada paso se solemnizaba con ceremonias y algún tipo de reconocimiento público. Los acontecimientos profesionales también fueron buenas ocasiones para anunciar mi matrimonio y el nacimiento de mis hijos, ya que también eran instituciones socialmente establecidas.

Cuando salí de esa carretera tan bien cuidada y señalizada, me encontré en un oscuro bosque. Ahora las señales eran casi totalmente subjetivas y simbólicas; mis interpretaciones de sueños y acontecimientos servían como pistas que me indicaban el significado del lugar donde me encontraba. Los acontecimientos sincrónicos incluso adquirieron un mayor significado simbólico que los sueños; en aquel desconocido terreno psicológico donde debía encontrar mi propio camino, los sueños parecían ser menos importantes. Las sincronicidades importantes (el hecho de que la señora Detiger me invitara a realizar esta peregrinación fue uno de ellos) reemplazaban ahora a los sueños importantes.

Algunos de estas coincidencias simbólicas más significativas ocurrieron el día de mi cumpleaños, lo cual las convirtió en sincronicidades: el cumpleaños señala el inicio de un nuevo año para el individuo, no para todo el mundo. Cada cumpleaños conlleva el posible nacimiento de un nuevo ser, tie una nueva vida o de una vida renovada, un nacimiento o renacimiento simbólico, además de indicar el paso, el final o la muerte simbólica del año anterior. Cuando abandoné a mi marido, también abandoné nuestro hogar y busqué refugios temporales, lugares que me proporcionaran un techo para cobijarme durante los meses siguientes. Decidí que la solución más práctica era buscar un apartamento. Al encontrar el apartamento adecuado en mi primer intento, pensé que las circunstancias habían favorecido mi decisión. Sin embargo no podía mudarme hasta que los antiguos ocupantes encontraran otro lugar, cosa que ocurrió al cabo de unos tres meses. El día que el apartamento fue mío y pude instalarme en él resultó ser el día de mi cumpleaños; el traslado significó un nuevo comienzo, pero un segundo suceso ocurrido el mismo día también significó un triste final. La mañana del día de mi cumpleaños, Rainbow, nuestra perra, murió. Por la tarde, mi marido, nuestros hijos y yo la enterramos en el jardín. Aquella noche, mis hijos y yo dormimos en

sacos de dormir en el suelo del comedor de mi nueva casa. Yo creo que los animales mantienen una intensa relación con las vidas emocionales de las personas con quienes viven y que, de algún modo, ella se sacrificó por nosotros y fue el cordero expiatorio que expresó o fue víctima del dolor de nuestra desintegrada familia; tal vez ella desarrolló alguna afección maligna en lugar de alguno de nosotros.

El divorcio también es un importante indicador, el único de la fase «en el bosque» que tiene un carácter público y personal a la vez. Yo no creo que sólo se trate de una formalidad legal, sino que algo cambia en el mundo interior y el campo mórfico. Se rompe un vínculo de unión (o se favorece su rotura) que de lo contrario actuaría como una cuerda invisible que ataría a la persona al pasado y a su vieja identidad, impidiendo que entrara en la siguiente fase de la vida, donde tal vez ni siquiera se contempla la posibilidad de iniciar otra relación. La experiencia del divorcio conduce a la gente a rincones oscuros del bosque; entramos en rincones psicológicos oscuros y tenebrosos de nosotros mismos y nos exponemos a las partes oscuras y tenebrosas de la persona de quien nos divorciamos. Deben tomarse decisiones, ¿cómo reaccionaremos? Nos enfrentamos a temores económicos, sociales y psicológicos que en ocasiones ponen en peligro nuestra supervivencia, y debemos admitir la muerte del sueño que una vez compartimos y la desintegración de una imagen que teníamos de nosotros mismos y de la persona con quien nos casamos. A nivel psicológico, divorciarse es comparable a someterse a una operación quirúrgica cuando se padece una grave enfermedad; nos conduce al mundo subterráneo, donde tememos por nuestra supervivencia y debemos enfrentarnos a un proceso que comporta graves riesgos y del cual después debemos recuperamos.

En mi caso, no iniciamos el proceso del divorcio de forma inmediata y no me divorcié hasta exactamente tres años después del cumpleaños marcado por la muerte de nuestra perra y mi nuevo hogar; la fecha que figura en los papeles oficiales del divorcio es el día de mi cumpleaños. Esta coincidencia me afectó de varias formas diferentes: era extraño pero, por otra parte, era muy significativo y parecía reafirmar la validez de mi decisión. Creo que fui la primera persona de varias generaciones de mi familia que se divorció y, cuando me casé, ni siquiera lo hubiera considerado como una posibilidad. Este incumplimiento de mis propias expectativas y las de los demás formaba parte de la experiencia del bosque.

Sé que la convicción de que aquel viaje tenía sentido, incluso cuando no podía ver cuál era, me ayudó a continuar y modeló la naturaleza de la experiencia. En aquella época de mi vida, estaba luchando para ser más auténtica. Me alejé de los compromisos sociales y profesionales. Empecé a recuperarme a mí misma en compañía de unos pocos buenos amigos y, por primera vez, uniéndome a grupos integrados por mujeres. Me sometí a psicoterapia individual, terapia de pareja y trabajo corporal. En ocasiones recurría al *I Ching* o *El Libro de las Runas* para interpretar dónde me encontraba, cuál debía ser mi actitud o qué enseñanzas debía aprender; estas obras proporcionan una sabia perspectiva y constituyen una herramienta para interpretar la situación en que nos encontramos. Cada vez rezaba más pidiendo orientación para mí misma y para los demás, hasta que la oración se

convirtió en una práctica espiritual habitual.

Aunque la época «en el bosque» sea una experiencia laberíntica, no fue tan intensa como en el laberinto de Chartres. Sin embargo, los pasos de entrar, llegar al centro y salir también se repiten en el proceso psicológico: abandonar, buscar e integrar. Al entrar en el bosque debemos abandonar nuestra antigua identidad y nuestras costumbres; abandonamos defensas, hábitos profundamente arraigados y actitudes, lo cual nos permite abrimos a nuevas posibilidades. Descubrimos lo que realmente nos importa y podemos alcanzar el centro de significado que se halla en nuestro interior, el centro del laberinto, y a continuación debemos integrar esto para que forme parte de nuestra vida cuando resurgimos de nuevo.

Siete años después de entrar en la fase «en el bosque» de mi vida, sentí la necesidad de mudarme. Hice caso de mi reloj interno y encontré la casa perfecta para mí. Mi intuición me decía que también estaba entrando en un período más expansivo, y estaba ansiosa por celebrar el cumpleaños que seguía al traslado como un nuevo comienzo, intuyendo que señalaría el inicio de una nueva etapa de mi vida.

Debía reunirme con tres amigas para cenar y celebrar mi cumpleaños al norte de San Francisco. Salí temprano de mi despacho bajo el sol de la tarde, entré en la autopista 101 y me dirigí hacia Napa Valley. Parte de esta autopista es una larguísima recta delimitada por una hilera de postes de teléfono y una profunda cuneta que separa la autopista de la vía del tren. Es un tramo poco transitado, y los coches que circulan por allí suelen sobrepasar la velocidad máxima permitida. Probablemente conducía a más de cien kilómetros por hora cuando me quedé dormida al volante. Cuando desperté, mi coche avanzaba entre altos matorrales que golpeaban los cristales de la ventana. Creí estar soñando. Estaba desorientada y no sabía dónde estaba ni qué ocurría; tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba despierta y debía pisar el freno. El coche se detuvo en pocos minutos. Dos hombres con cara de preocupación corrieron hacia mí para ver si estaba bien.

Eran buenos samaritanos que habían acudido en mi ayuda y además fueron testigos de lo ocurrido. Cuando me dormí, circulaba por el carril de la derecha. Los hombres dijeron que estaban justo detrás de mí y vieron que mi coche iba directo hacia un poste de teléfonos, aunque no llegó a chocar contra él por unos pocos centímetros. Probablemente el coche se había inclinado un poco al salir del terreno asfaltado y había variado su dirección. Pasé junto al poste y caí por la cuneta entre la autopista y la vía del tren. El coche aún recorrió más de cien metros antes de detenerse.

Cuando me di cuenta de lo cerca que había estado de chocar contra el poste, pensé que unos ángeles de la guardia velaban por mí y que aquellos dos hombres, que en un tramo de autopista vacío se habían detenido inmediatamente para acudir en mi ayuda, también eran ángeles de la guardia humanos. Eran parte de mi regalo de cumpleaños; me sentí como si hubiera vuelto a nacer. Era otra sincronicidad que se producía el día de mi cumpleaños. Marcó el drástico final de la época de estar en el bosque y anunció claramente un nuevo inicio.

Salir del bosque

Perceval pasó más de cinco años en el bosque y la doncella sin manos siete, que es el período de tiempo que la mayoría de personas necesitan para «salir del bosque» y entrar plenamente en la siguiente etapa de sus vidas. Al igual que cualquier otro proceso laberíntico, requiere su tiempo. Sólo entonces somos capaces de comprenderlo y sabemos cómo nos ha cambiado, qué abandonamos y dejamos atrás y qué dimos a luz, encontramos o recuperamos.

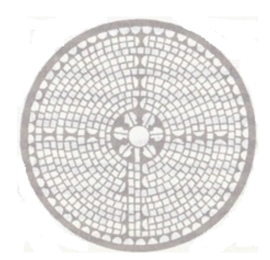
Esta fase «en la sopa» puede considerarse como un caldero de renacimiento y regeneración, el caldero celta que fue precursor del Grial cristiano, que contenía dolor y tinieblas así como belleza y misterio, del cual es posible emerger profundamente transformado.

Por mucho miedo que tengamos en medio del bosque, por muy solos que nos encontremos, existe un paisaje psicológico que está vivo y ofrece maravillosas posibilidades. Es un lugar mucho mejor para el alma que la tierra baldía.

EL VIAJE

Finalmente un día supiste
lo que debías hacer y empezaste,
a pesar de que las voces a tu alrededor
no cesaran de gritar su mal consejo,
a pesar de que la casa entera
empezara a temblar y te fallaran las fuerzas.
«¡Arregla mi vida!» —gritaban las voces.
Pero tú no te detuviste.
Sabías lo que debías hacer,
a pesar de que el viento hurgara
con sus tenaces dedos,
a pesar de que su melancolía fuera terrible.
Ya era tarde, oscura noche,
y el camino estaba lleno de piedras y ramas caídas.
Pero poco a poco, mientras dejabas sus voces atrás,
las estrellas empezaron a brillar entre los parches de nubes
y oíste una nueva voz,
que lentamente reconociste como la tuya,
que te hacía compañía
mientras te adentrabas cada vez más en el mundo,
con la determinación de hacer lo único que podías hacer,
con la determinación de salvar la única vida que podías salvar.

MARY OLIVER, *Dream Work*



10. La tierra baldía: depresión y desesperación

En la leyenda del Grial, el Rey Pescador tiene una herida que no sanará, y su reino es una tierra baldía. El reino sólo recuperará la fertilidad si el Grial cura al Rey.

La tierra baldía es la metáfora de un paisaje psicológico estéril desprovisto de creatividad y emocionalmente muerto, donde no crece nada y la vida carece de sentido.

Como metáfora, la tierra baldía también es una experiencia de la vida que puede llegar a ser terriblemente real.

Esta era la situación en que se encontraban dos hombres que acudieron a mi consulta y cuyas historias cuento porque incluyen aspectos que reflejan fielmente la situación de muchos hombres y mujeres al llegar a la mitad de sus vidas.

Sentirse irreal: la despersonalización como tierra baldía emocional

Un hombre me contó que sufría repetidamente unas pesadillas muy parecidas. En estos sueños, todo a su alrededor era perfectamente normal; no había nada amenazante ni explícitamente peligroso. Lo que los convertía en pesadillas no tenía nada que ver con el escenario ni los acontecimientos, sino con la sensación de no ser él mismo. La amnesia tampoco tenía nada que ver: en los sueños, sabía perfectamente quién era y dónde estaba. La angustia se debía al hecho de no *sentir* quién era.

Mientras le escuchaba, intuitivamente me puse en su lugar, cosa que suelo hacer cuando trabajo con sueños, y recordé a algunos pacientes que experimentaban esta sensación de despersonalización estando despiertos. La gente que padece este trastorno se siente terriblemente irreal. En ocasiones la sensación puede ser tan intensa, que se cortan o se pinchan para asegurarse de que sangran y, por lo tanto, están vivos. Cuando comparé estas experiencias con sus sueños, el hombre se sintió aliviado por tener un concepto que aplicar a sus experiencias, por poder expresar lo que le ocurría con palabras, y también por sentirse comprendido.

Las pesadillas cesaron temporalmente coincidiendo con una visita a su hermana, con quien podía hablar de lo que realmente era importante para él. Ella

le amaba y él se sentía amado. Con ella era capaz de hablar de sí mismo y se sentía comprendido. Luchaba por encontrar el modo de «sentirse real» y, a la vez, cumplir con las exigencias de su familia y su posición en la vida. Sin ella se sentía solo y abandonado. Nadie más daba verdadera importancia a su angustia.

Era un hombre con alma de poeta que entró en el mundo de los negocios, tal como se esperaba de él. En la época en que me visitó, la mala suerte había hecho acto de presencia en su vida. El negocio que jamás le había importado demasiado se estaba hundiendo y, cuanto más se esforzaba por salvarlo, más irreal se sentía.

La despersonalización es un síntoma que puede ser muy grave y que está relacionado con sentirse poco auténtico, identificarse con la máscara que uno lleva, el personaje que representa o el esfuerzo para satisfacer las expectativas de los demás, mientras se entierra lo que realmente uno siente o sabe que es verdadero, negando lo que es realmente importante para uno mismo.

Yo podía comprender perfectamente cómo una persona puede llegar a sentirse poco auténtica o irreal. En mi caso, el hecho de ser psiquiatra y además una esposa que apoyaba al marido en todo suponía un riesgo importante. En ambos papeles, me concentraba en cómo se sentía otra persona y reprimía mi propia espontaneidad, opiniones, deseos, rabia y lágrimas, lo cual puede favorecer el sentimiento de irrealidad.

Normalmente se supone que tanto los hombres en general como las mujeres en su vida profesional deben ser objetivos y no subjetivos. Cuando debemos ocultar nuestra vulnerabilidad y nuestros sentimientos ante los demás, también nos distanciamos de nuestra espontaneidad y nuestras emociones. Cuando reprimimos la expresión de nuestros sentimientos, perdemos la capacidad de ser espontáneos. Los hombres están sometidos a una mayor presión social que las mujeres y se espera de ellos que cumplan las características de un estereotipo cultural muy concreto: se supone que deben mostrar preferencia por las profesiones competitivas que les permitan acumular poder o dinero, y además se espera que tengan éxito haciéndolo. A algunos hombres realmente les gusta competir, mientras que otros no le conceden la más mínima importancia; desempeñan profesiones y empleos que tienen muy poco sentido para ellos y, a costa de distanciarse progresivamente de su verdadera personalidad, actúan como si realmente les importara lo que están haciendo.

Muchas personas experimentan alivio al oír la afirmación, muy cierta, de que los sueños intentan atraer la atención de la persona que sueña. Es más que la mera sensación de sentirse libre y aliviado, porque a menudo se libera el pensamiento creativo y rápidamente se establecen conexiones. Por ejemplo, cuando el hombre que tenía las pesadillas de despersonalización oyó que sus sueños tenían relación con el hecho de ser poco auténtico y distanciarse cada vez más de lo que realmente le importaba, algo cambió en su mente. A continuación me preguntó acerca del rey herido, el inocente y el Grial, lemas que había leído en mi libro *The Tao of Psychology.* El poeta que había en él estableció la conexión; la despersonalización tenía que ver con sufrir la herida que no sanará y vivir en una tierra baldía. Su sueño respondía a la pregunta: «¿Qué os aflige?» respuesta que necesitaba conocer antes de que pudiera producirse la sanación. Cuando me

preguntó de forma inesperada acerca de la leyenda del Grial, yo estaba escribiendo precisamente este capítulo y sentí que para mí era una sincronicidad, una afirmación de lo que estaba haciendo.

Las sincronicidades alimentan y satisfacen el alma. El alma sabe que algo tiene sentido, se conmueve por la poesía o la música, reconoce lo que ama y sabe que es amada, que la al ¡mentamos cuando hacemos lo que nos dictan nuestros sentimientos más profundos. Si nada de lo que hacemos en nuestra vida cotidiana satisface nuestra alma, contexto en el que aparecen las pesadillas de despersonalización, cada vez nos sentimos más irreales.

Vida desprovista de vida: la tierra baldía de la ausencia de sentido

La historia del segundo hombre era aún más terrible. Su «pesadilla» era en realidad una experiencia auténtica que sólo duró unos pocos segundos. Había ocurrido cuatro años antes, el día 21 de diciembre a las dos de la tarde. (Aunque él no era consciente de ello, el día 21 de diciembre es el solsticio de invierno, el día más oscuro del año; no podía haber ocurrido en una fecha más significativa.) Se encontraba cruzando una calle cerca de Union Square en San Francisco, entre toda la gente que hacía sus compras de Navidad y los adornos de las calles, cuando de repente sintió como si todo se detuviera y la escena se congelara. Primero desaparecieron el movimiento y el sonido y todo quedó suspendido en un profundo silencio. Después, con horror, observó cómo desaparecía el color —era como si «de repente el mundo se desangrara hasta morir»— hasta que todo quedó sin vida, inmóvil y coloreado con tonos grises.

Un instante después, todo volvió a la normalidad. Se apresuró para alcanzar a su amigo, que caminaba delante de él, y decirle algo sobre lo que acababa de experimentar. Pero le resultó imposible expresar lo que había sentido; lo terrible no era lo que había *visto,* sino lo que había *sentido.* Recordando aquel momento, dijo: «Sentí que todo se *desangraba;* no quedó ni una sombra de vida en ninguna parte. Ésa sensación me atormentó durante años: la certeza de que no había sangre —jugo, sentido, vida, alegría— en *ninguna parte*».

Sintió que había vislumbrado la auténtica realidad, y estaba vacía, sin vida y sin sentido. «Así era realmente la vida, lo que se escondía bajo el *maya* o la ilusión de la vida», pensó. A lo largo de los siguientes años, tal vez estaba cenando con buenos amigos, disfrutando de su compañía, cuando de repente le asaltaba el recuerdo de aquella experiencia y hacía que el presente perdiera sentido. O tal vez estaba conduciendo por alguna carretera de las costas de California, disfrutando del paisaje, cuando la experiencia regresaba a su mente y eliminaba cualquier resto de alegría y bienestar.

Su vida parecía fantástica a los ojos de los demás. Era uno de los socios de una próspera empresa consultora, donde la desconfianza y la competitividad entre ellos había creado un ambiente de tensión que en ocasiones incluso podía llegar a ser desagradable. Estas circunstancias, sumadas a la angustia existencial que le invadía cuando recordaba su experiencia, estaba haciendo que la vida cada vez tuviera menos sentido para él.

Tenía insomnio y un principio de úlcera. En una ocasión, cuando se preguntó qué era lo que realmente no funcionaba, le asaltaron las palabras «Mamá se ha ido» y le invadió la misma sensación de vacío que experimentó siendo niño cuando su madre murió.

Un par de meses después, sufrió un ataque cardiaco en el trabajo. No quería molestar a nadie, de modo que primero intentó convencerse de que el dolor que sentía no era nada, después que se trataba de una indigestión o era algo psicosomático. Pero al final no pudo seguir ignorando el dolor que le oprimía el pecho. Después de someterse a una delicada intervención quirúrgica, buscó ayuda psiquiátrica.

Cuando escuché su historia, me impresionó la terrible sensación de vacío que experimentó aquel día en plena calle y cómo su vida había perdido gradualmente sentido a partir de entonces. Era una persona que había alcanzado el éxito en la vida, sin embargo vivía con una profunda sensación de vacío e inutilidad. Estaba experimentando una «oscura noche del alma».

La mayoría de depresiones que afectan tan intensamente al alma duran muchos meses, mientras que la suya se terminó en cuestión de segundos. Le conté que era el opuesto místico a la iluminación. Era una experiencia de «oscurecimiento» que tenía la misma capacidad de afectarle que una experiencia de iluminación y, por tanto, las secuelas derivadas podían ser igualmente intensas. El hecho de que yo comprendiera lo terrible que podía ser su situación espiritual pareció darle un atisbo de esperanza. Su camino espiritual personal le conducía a través del desierto o la tierra baldía; se hallaba en la *vía negativa,* el camino donde el alma halla negación y dolor. Normalmente cuando se cuestiona el sentido de algo, la espontaneidad entra en acción y un guiño de complicidad nos permite regresar a la vida. Mi paciente se lamentaba: «¿Cómo consigue Shirley Maclaine bailar en la luz?», parafraseando el título de uno de sus libros donde hablaba de su camino espiritual como *vía positiva.* Su pregunta no era irrespetuosa. Por qué unos siguen la via positiva mientras que otros deben seguir la vía negativa es una pregunta sin respuesta.

«Mamá se ha ido»: Madre Muerte y Madre Piedra

Pensé en el dolor que acompañó el recuerdo de las palabras «Mamá se ha ido» y cómo estas palabras podían expresar lo que ahora no funcionaba en el mundo de mi paciente. Porque el mundo sin la divinidad de la Madre es un mundo material desprovisto de vida y color, de materia desprovista de significado, un mundo desvitalizado convertido en piedra.

El sentimiento de angustia provocado por la pérdida de su madre, sumado a la sensación de ausencia de vida que experimentó en plena calle, me hicieron pensar en los aspectos negativos del arquetipo de la Gran Madre. Dos descripciones, una del poeta Robert Bly en su obra *Sleepers Holding Hands (Durmiendo unidos de la mano)* y la otra de la descripción de Lynn Andrews de «La Ultima Madre» en *Jaguar Woman (La mujer jaguar),* me permitieron conocer los diferentes aspectos de la Gran Madre. Describí los cuatro aspectos según los recordaba: la Madre que proporciona vida y su opuesto, la Madre Muerte; la

Madre Extática o Danzante y su opuesto, la Madre Piedra.

La tierra baldía que mi cliente vio aquel día en plena calle era una escena que pertenecía al mundo de la Madre Piedra y la Madre Muerte.

Pensé en la época de mi separación, cuando no podía afrontar la rabia y las acusaciones que mi marido dirigía hacia mí, ni podía comprender el dolor que yo le estaba causando y que su rabia encubría; ni siquiera podía sentir mi propio dolor. No podía responder con mi propia rabia porque no podía sentir ira contra él ni contra mí misma. Estaba aturdida y me sentía emocionalmente destrozada, como si acabara de padecer una conmoción cerebral. Él me decía que yo había construido un muro para protegerme. Ahora comprendo que en aquel momento yo era la Madre Piedra y la Madre Muerte: ya no tenía sentimientos. Mi corazón se había vuelto de piedra.

Cuando la Madre Danzante que da la vida abandona el mundo, se crea una tierra baldía emocional. En la mitología griega, Demeter, la diosa de la agricultura, la diosa más espléndida y generosa que representaba a la Diosa Madre en una época en que las religiones patriarcales ganaban importancia, se convirtió en la Madre Muerte cuando se negó a permitir que nada creciera en la tierra y sin preocuparle que la humanidad pereciera de hambre. Su corazón y su compasión se habían vuelto de piedra. Se convirtió en la Madre Piedra. Los habitantes de la tierra podrían haberse lamentado «¡Mamá se ha ido!» como el niño interior que habitaba en mi paciente.

Pienso en los recién nacidos de las maternidades a quienes se alimentaba, cambiaba y se mantenía limpios y calientes, pero nunca se les abrazaba ni acariciaba, y que murieron de lo que el doctor Bowlby llamó «depresión anaclítica». También pienso en los bebés no deseados y abandonados que traté siendo interna y que habían sido admitidos en el hospital con el diagnóstico de «incapacidad de desarrollo». Muchos de estos bebés tenían madres depresivas, madres que carecían del aspecto positivo de la Madre arquetípica, madres que eran Madres Piedra y Madres Muerte.

Algunas prácticas que se aplican en el trato a los bebés pueden estimular la privación, aunque no hasta el extremo de provocar una incapacidad de desarrollarse físicamente, sin embargo me pregunto lo diferente que podría ser si la cantidad de contacto físico de las madres y los bebés sólo estuviera determinada por el instinto maternal. Muchas madres jóvenes bienintencionadas educaron a sus hijos siguiendo las instrucciones de libros especializados al pie de la letra. Leyeron que a los bebés no se les debía tomar en brazos cuando llorasen para no malcriarlos. Por motivos educativos similares, tampoco se les debía dar de comer cuando tenían hambre si no se cumplían los estrictos intervalos de cuatro horas entre cada biberón (a menos que la madre cayera en la tentación). Siguiendo el experto consejo de hombres pediatras, estas madres dejaban que sus hijos lloraran y reprimían sus instintos, que les impulsaban a actuar de forma opuesta, porque querían ser buenas madres. Estas madres educaron a niños que ahora son adultos necesitados de cariño; la Madre no se había ido, pero no respondía a sus necesidades.

Los bebés de las maternidades que murieron porque nadie les acariciaba

estaban en un mundo donde la Madre se había ido, al igual que los niños que no conseguían desarrollarse físicamente bien. Cuando los adultos están confundidos y son incapaces de cuidar de sí mismos, se convierten en niños desamparados que necesitan a una Madre. El contacto físico es especialmente tranquilizante y confortante como en el caso de los niños pequeños, e incluso puede llegar a ser imprescindible para la supervivencia cuando el individuo está enfermo, débil o deprimido. En estos momentos, un abrazo es como una transfusión de energía. Las mujeres que han sido madres de niños pequeños coinciden en señalar las semejanzas que existen entre cuidar a bebés y cuidar a ancianos. Se experimenta un agotamiento de energía similar y la misma dificultad de permanecer constantemente a su disposición. Se necesita la misma paciencia para ayudar a un anciano o a un niño pequeño a vestirse, bañarse o repetir varias veces lo mismo para que pueda llegar a comprenderlo.

El entorno maternal que proporcionan las mujeres es esencial para la supervivencia, y por este motivo muchos viudos mueren poco tiempo después de perder a sus esposas. Esto también explica la desorientación que invade a muchos hombres cuando sus mujeres les abandonan, y su anormal comportamiento irracional y a veces incluso destructivo, que a menudo se debe más a la pérdida de ese entorno maternal («mamá» se ha ido) que a la pérdida de la esposa en sí. El poder de la Diosa que se manifiesta a través de las mujeres es un entorno emocional que favorece la simbiosis inconsciente y proporciona la sensación de «estar en casa». Si algunos hombres reciben los ingredientes necesarios para el bienestar y la supervivencia a través de las mujeres, es comprensible que estos hombres hagan lo imposible por dominar a las mujeres, sobre todo si no sienten una especial predilección por ellas o no quieren admitir su dependencia.

El Rey Pescador herido y la tierra baldía

Según la leyenda del Grial, la tierra baldía recuperará su esplendor y fertilidad si el Grial sana la herida del Rey Pescador. En las diferentes leyendas, la herida del Rey Pescador está situada en el muslo o en los genitales, implicando así una herida de la sexualidad, la creatividad y la capacidad de engendrar. En nuestra vida como humanos, experimentamos esta herida cuando perdemos el contacto con nuestros sentimientos, cuando nos falta espontaneidad, cuando estamos tan preocupados por ser productivos que ya no valoramos el amor, la belleza o los juegos. El patriarcado, con su énfasis en la adquisición de poder, favorece estas actitudes que nos hacen desconectar de nuestros sentimientos y conducen a la pobreza espiritual y la desvalorización del *anima* o el aspecto femenino que existe en todos los hombres.

Entonces la sexualidad puede expresarse de forma maquinal o puede considerarse como una habilidad en la que uno debe llegar a ser experto, o también como una expresión de poder y dominación. La creatividad es cohibida por un juez crítico, escéptico y perfeccionista, que puede ser una figura interna o externa. Se impone la actitud de explotar y utilizar a la gente como si fuera un recurso prescindible o sustituible. Cuando el arquetipo de rey herido y dominante se impone en una cultura, familia o personalidad, el resultado será una tierra baldía

donde no crece nada.

Una de las funciones del rey consiste en acumular poder y construir defensas seguras, que también son los valores predominantes en una sociedad patriarcal. Se intenta no dedicar demasiado tiempo y energía a los sentimientos personales, los juegos, la sensualidad, las relaciones personales, la expresividad, los amigos, el placer de descubrir y de disfrutar de la naturaleza o de la compañía de los niños.

Si se rechazan estas fuentes de renovación personal, se pierde la capacidad de jugar y amar, ser creativo y disfrutar de la sexualidad y la sensualidad. El individuo se lamenta de la falta de tiempo, sobre todo durante los años en que se entrega más a su profesión para escalar posiciones. La creatividad sólo puede estar presente en nuestra vida laboral si amamos nuestra profesión o estamos rodeados de personas que amamos. Cuando pasamos la mayor parte del día lejos de nuestra familia o amigos íntimos, lo que debería ser una fuente de alimento emocional puede convertirse en una obligación más.

El Rey Pescador herido sentado en plena tierra baldía es una metáfora de la depresión de muchos hombres y mujeres adictos a adquirir poder y escalar posiciones. En el productivo mundo patriarcal dominado por el Padre Tiempo, no podemos disfrutar de las actividades que nos permiten olvidar la existencia del tiempo, cuando podemos jugar o simplemente disfrutar del hecho de ser en lugar de hacer. La consecuencia de este ritmo de vida es una depresión seca, sin lágrimas ni dolor: la existencia carece de alegría.

Las heridas en el muslo o la pierna impiden a un hombre que permanezca de pie, y por ello pueden interpretarse como un símbolo de que la persona no está arraigada o está «desconectada» de su entorno. Estar desconectado significa perder el contacto con la realidad material («material» deriva de *mater* —madre—), o con el mundo instintivo, natural o espiritual. En general se suele decir que una persona está «desconectada» cuando vive más en su cabeza que en su cuerpo.

En una versión de la leyenda del Grial, el rey había resultado tan gravemente herido en una batalla que no podía caminar ni montar a caballo, de modo que su único pasatiempo era pescar, y de allí venía su nombre: el Rey Pescador. Otra versión de la leyenda afirma que el rey es un anciano enfermo que ya ha vivido sus días y espera la llegada de un heredero que le sustituya para poder morir en paz. Todas las versiones de la leyenda coinciden en que hay un rey enfermo y una tierra baldía que sólo podrá recuperar su esplendor cuando el Grial cure al rey.

La Doncella del Grial y la Diosa

El Grial que Perceval busca, el Grial que puede sanar al rey, el Grial que desapareció del mundo está en posesión de la Doncella del Grial, quien lo sostiene entre sus manos en la procesión del Grial. Si un caballero inocente lo ve y pregunta qué aflige al rey o a quién sirve el Grial, entonces, según la leyenda, el Grial sanará al rey y la tierra baldía recuperará su esplendor.

Existe un paralelismo mitológico entre la tierra baldía de la leyenda del Grial y la tierra asolada que no producirá nueva vida hasta que una airada y

afligida Demeter recupere a Perséfone del mundo subterráneo. Perséfone y la Doncella del Grial son símbolos parecidos: la primavera, el retomo del verdor a la tierra, vendrá a través de ellas. Su desaparición provoca aridez y ausencia de vida; su reaparición devuelve la vida a la tierra muerta.

Perséfone, según el mito, recibía el nombre de Coré o la Doncella. Al igual que la Doncella del Grial, no tenía nombre. En mi opinión, creo que esta particularidad está de acuerdo con quiénes eran realmente: el aspecto de Doncella de la Gran Diosa, que tenía los tres aspectos de Doncella, Madre y Anciana y cuyo culto prohibieron los seguidores de dioses patriarcales, judeocristianos y musulmanes.

Perséfone fue secuestrada por Hades, rey del mundo subterráneo. Paralelamente, también puede considerarse que la Doncella del Grial está retenida en el Castillo del Grial. Ambas desaparecieron del mundo. Perséfone estaba prisionera en el mundo subterráneo gobernado por Hades, quien no consiguió su amor. El Rey del Grial se encuentra en una situación parecida. A pesar de ser el señor del castillo, no puede exigir los servicios del Grial, lo único que puede curarle y que está en posesión de la Doncella del Grial.

Tanto el Rey Pescador como Hades gobiernan reinos sin vida. Sus reinos son tierras baldías y muertas. La Tierra sólo volverá a ser fructífera si Perséfone regresa junto a su afligida madre, Demeter. El Grial sólo curará al rey y devolverá el esplendor a la tierra baldía si un caballero entra en el Castillo del Grial y dice lo que debe decirse. Demeter, la Madre Naturaleza, la Diosa, sólo reanimará el reino estéril si se cumplen estas condiciones. Sólo entonces podrá regresar la Diosa Madre. La Doncella sostiene el Grial, que es la copa capaz de sanar y alimentar y un símbolo de la Diosa. Perséfone debe reunirse con la Madre, que entonces proporcionará de nuevo vida a la tierra, a la agricultura, y los iniciados en su culto, que «ya no temían a la muerte», podrán volver a adorarla.

La Diosa de la tradición druídica de las Islas Británicas y la Diosa de la antigua Europa son la misma. Cuando los humanos (a excepción de algunos pueblos indígenas, como por ejemplo los nativos americanos) dejamos de adorarla, también perdimos nuestra relación con la tierra, dejamos de respetar el ciclo de las estaciones y de la vida en general. Con la llegada de los dioses patriarcales, se consideró que el hombre, que supuestamente fue creado a imagen de Dios, tenían el derecho divino de gobernar sobre la Tierra y toda la naturaleza (incluyendo a las mujeres). Sin embargo, se conservó el recuerdo de la Diosa rechazada en el lenguaje simbólico de los mitos, al igual que los sueños «recuerdan» en lenguaje simbólico lo que el ego rechaza.

Las consecuencias de esta pérdida de contacto con el Grial o la Diosa suelen ser la depresión y la sensación de carencia de sentido. Para que la tierra baldía personal de cada individuo recupere su vitalidad, debe restablecerse una relación vital con la Madre Naturaleza, la Diosa Madre o el arquetipo de madre en su aspecto positivo. La Doncella del Grial y Perséfone simbolizan esta relación vital. En el caso de las mujeres, la Doncella es la hija sagrada de la Gran Madre, a través de la cual las mujeres saben interiormente que la divinidad y la feminidad están íntimamente relacionadas. En el caso de los hombres, la Doncella es otro nombre

para el reflejo del alma o anima, el término utilizado por Jung para describir el aspecto femenino de los hombres.

Depresiones de la mediana edad

Las depresiones de la mediana edad son manifestaciones del herido Rey Pescador y la Madre Piedra. El rey está enfermo y espera pasivamente en el Castillo del Grial. Su reino es una tierra baldía. Demeter, víctima de la ira y la depresión, permanece sentada en su templo como una piedra, sin conmoverse por el sufrimiento, el hambre y los ruegos que le suplican que devuelva la vida a la tierra.

Depresiones del Rey Pescador

A menos que otros aspectos de su vida les proporcionen alimento espiritual, los hombres y mujeres que no aman su trabajo, pero no lo abandonan por dinero, a menudo padecen depresiones del Rey Pescador.

Los hombres y mujeres que consagran su vida al trabajo con el único objetivo de obtener reconocimiento, dinero o poder, complacer a los demás o satisfacer las expectativas de su familia también son víctimas de la depresión del Rey Pescador, sobre todo si no consiguen alcanzar sus objetivos o no se les recompensa justamente por el trabajo realizado. Víctimas de la depresión, son fácilmente irritables y el resentimiento se apodera de ellos. Cuando una persona dedica la mejor parte de su vida a realizar un trabajo mal recompensado, es probable que aparezca una depresión. Trabajar sin un mínimo de sentido lúdico, como hacen muchas personas, es realmente agotador. El sentido lúdico sólo tiene cabida en el mundo profesional cuando el individuo está motivado, expresa su creatividad, le gusta su trabajo o ama a la gente con quien trabaja.

Las depresiones del Rey Pescador suelen aparecer con increíble sutileza. Es posible que las personas que viven totalmente enfrascadas en su trabajo ni siquiera se den cuenta de lo que ocurre ni se sientan deprimidos. Tal vez se quejan de cansancio, toman aspirinas o antiácidos regularmente, beben demasiado, fuman demasiado, comen demasiado o ven la televisión demasiado. Los demás tal vez les considerarán insoportables y evitarán su compañía. Su trabajo se verá resentido por la falta de motivación. Su vida carece de alegría, creatividad y sentido. Las enfermedades físicas graves, sobre todo los ataques al corazón en el caso de los hombres, pueden ser expresiones físicas y metáforas de su depresión. Sea cual sea la forma en que se presente una enfermedad, la afección esconde una profunda decepción, una vida de rabia y dolor reprimidos, y el corazón se resiente de ello.

Cuando la ira y la rabia yacen justo bajo la superficie de un hombre que goza de autoridad, éste inspira miedo a los demás. La gente guarda las distancias y no se arriesga a decirle la verdad acerca de lo que perciben o cómo se sienten, lo cual aún le aísla más. Un rey rodeado de cortesanos es como un hombre con autoridad rodeado de personas dependientes, situación que favorece la formación de la depresión del Rey Pescador.

Depresiones de la Madre Piedra

Los hombres y mujeres que han consagrado sus energías al bienestar de los demás y se sienten utilizados, o están agotados y ya no son capaces de cuidar de nadie, padecen la depresión de la Madre Piedra. Víctimas de la depresión, la rabia

y la sensación de desamparo se apodera de ellos. Sienten rencor porque no han sido recompensados por su dedicación, y con frecuencia también se sienten ignorados y poco respetados.

Las depresiones de la Madre Piedra suelen ser bastante evidentes, y las mujeres son mucho más propensas a padecerlas que los hombres. Normalmente una mujer no sólo sabe que está deprimida, sino que además también suele saber por qué. Es posible que tal vez deseara un hijo o una relación que nunca se materializó, o porque ahora se siente rechazada. Tal vez sus hijos, familiares, amigos o compañeros de trabajo exigen mucho de ella y le ofrecen muy poco a cambio. Las causas ocultas de su depresión son la rabia, el dolor y la decepción.

Si se ha vuelto insensible y «de piedra», ya no siente nada por la gente a la que antes amaba, es posible que se sienta culpable además de muerta. Necesita recuperar la conexión con su juventud interior que, como Perséfone, devolverá la primavera y con ella la vida a la tierra baldía.

Es posible que tenga un pobre concepto de sí misma y se odie, sentimientos que aumentan con el abuso del tabaco, el alcohol, la comida, ir de compras o ver la televisión. Le falta vitalidad, espontaneidad, sentido del humor, creatividad, sexualidad y generosidad. Cuando desaparece el arquetipo de madre cariñosa y entregada con el que se identificaba, los que están a su alrededor también se resienten de ello. El retomo a la feminidad, como Diosa o alma, es el elemento que falta y se necesita para que la tierra baldía, el Rey Pescador y la Madre Piedra pueden sanar.

Crisis de la mediana edad

La mediana edad es una época y un estado psíquico. Todos llegamos a ella en algún momento de nuestra vida adulta y permanecemos allí durante un período de tiempo indeterminado, como si nos detuviéramos en un cruce, antes de poder seguir adelante. Es un época en que, pasiva o activamente, consciente o inconscientemente, seguimos el mismo camino que hasta entonces o nos apartamos de él. ¿Qué pruebas hemos superado para poder llegar hasta aquí? ¿Cuán auténticos nos sentimos? ¿Adónde nos dirigimos? Al alcanzar la madurez, notamos que el tiempo pasa; sabemos que estamos a mitad del camino y que el resto de la vida pasará muy deprisa. Debemos enfrentarnos al hecho de que estamos envejeciendo; ya no tenemos el mismo cuerpo que antes, y también han cambiado muchos otros aspectos de nosotros. Es posible que lo que tengamos no sea precisamente lo que deseábamos o esperábamos de la vida, de nosotros mismos y de los demás.

Las adicciones, actitudes inflexibles o depresiones del Rey Pescador y de la Madre Piedra, propias de la mediana edad, pueden apoderarse de nosotros si no conectamos con algunos rincones de la mente que actúen como fuentes de creatividad y sentido. El alma necesita que observemos y hagamos caso de nuestro interior para poder alcanzar la plenitud personal. Debemos iniciar un análisis interno, reflexionar, meditar, afrontar los dilemas de nuestra consciencia, buscar nuestra propia luz, conectar con lo que pueda alimentamos espiritualmente y actuar con resolución si es necesario. Tanto si reprimimos lo que es verdad y

padecemos las consecuencias, como si actuamos en función de lo que creemos que es verdad y descubrimos el precio que debemos pagar, o inconscientemente desencadenamos una serie de acontecimientos que provocan una crisis, la vida nos exige que llevemos a cabo un análisis interno. Se trata de una época de reajustes, transición o crisis que nos obliga a afrontar los cambios y tomar decisiones. La palabra crisis deriva del término griego *krisis,* que significa «decisión».

En chino, el pictograma utilizado para expresar la palabra «crisis» se construye a partir de dos caracteres: «peligro» y «oportunidad». Estos dos conceptos están claramente presentes en caso de que padezcamos una crisis porque nos hemos enamorado o nos sentimos atraídos por una persona, un proyecto o una nueva creencia. La atracción que sentimos por una persona o una cosa va acompañada por una sensación de vitalidad y rejuvenecimiento, que en la mediana edad contribuye a revitalizar una tierra baldía interior donde, durante algún tiempo, no ha crecido nada.

En el caso de una pareja, el afrodisíaco más eficaz suele ser la conversación profunda. Cada uno confiesa sus esperanzas y debilidades al otro y siente que éste le escucha, le acepta y le toca (siempre figurativamente y a menudo literalmente). Este tipo de relaciones permiten la recuperación de aquellas partes de nosotros mismos que hemos rechazado, olvidado o ignorado. Algunos sentimientos y lealtades provocan un conflicto interior y luchan por expresarse, especialmente si somos capaces de diferenciar y separar nuestras esperanzas de plenitud personales de la persona que actúan como catalizador del proceso. En estos momentos tenemos una gran necesidad de claridad, porque confundir un catalizador con la solución es un error bastante grave y habitual.

Las atracciones que se utilizan para acallar el temor de envejecer y perder atractivo, o perder poder e influencia, pertenecen a una categoría diferente. Se utilizan de forma parecida a las drogas, como si fueran antidepresivos o anfetaminas. El alma de la persona que nos sirve para sentimos mejor es inmaterial para nosotros. No hacemos ningún esfuerzo para comprenderla emocional o espiritualmente; no fomentamos la intimidad. De hecho, en estas relaciones se suelen evitar los aspectos profundos.

Roles soñados, roles personales

Tanto si somos hombre como mujer, todos los personajes de la leyenda del Grial están en nosotros. Es posible que nos identifiquemos especialmente con uno de ellos, pero una mujer puede ser un herido Rey Pescador o un caballero en plena búsqueda, y un hombre puede ser la Doncella del Grial o la persona a través de la cual actúan el Grial o la Diosa para sanar heridas y revitalizar la tierra baldía.

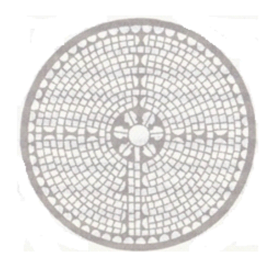
Por ejemplo, mientras estaba trabajando en este capítulo tuve un sueño en el que yo era el Rey Pescador y un hombre representaba el papel de la Diosa que me sanaba. El sueño me recordó que la Diosa puede actuar indiferentemente a través de hombres o mujeres; siempre que el cuerpo experimenta sanación o divinidad, la experiencia pertenece al reino de la Diosa.

En el sueño, yo estaba en un espacioso apartamento de un alto edificio; había pequeños grupos de gente conversando en varias habitaciones muy grandes.

El apartamento era propiedad de un hombre al que yo había querido durante mi época de estudiante, y también había presentes otros conocidos de aquellos años. En algún lugar del apartamento, estábamos solos y él abrazaba mi cuerpo desnudo. Al sentir el contacto de su mano sobre mi muslo izquierdo, una intensa corriente de calor y electricidad recorrió todo mi cuerpo.

Esta escena simbolizaba mi propia herida de Rey Pescador, porque colocó la mano en el preciso lugar donde yo imaginaba que estaba la herida del Rey Pescador. El hecho de que fuera justamente aquel hombre quien me curó en el sueño estaba relacionado con la naturaleza de mi herida y con lo que yo había perdido y debía recuperar. La última escena de *The Family of a Man* (La familia de un hombre) es la de un niño y una niña, ambos de dos o tres años de edad, cogidos de la mano, caminando de espaldas a la cámara por un sendero iluminado por los rayos de sol que se filtra entre el follaje de los árboles. Años atrás, aquel hombre y yo nos habíamos visto a nosotros mismos en aquella escena. Para él, yo siempre sería la mujer con quien podía reír y jugar, a quien recordaría en primavera cuando los narcisos estuvieran en flor. Ésa era la mujer que yo también necesitaba recordar. Me había ido distanciando de ella al entregarme progresivamente al trabajo y el matrimonio, y cada vez me sentía menos real y me alejaba de mis sentimientos. La Perséfone que había en mí y que antes solía recoger flores en el prado estaba reprimida en el subconsciente, secuestrada en el mundo subterráneo.

Muchos hombres actúan del mismo modo en que yo lo hice. Sacrifican su *anima* (los aspectos femeninos más tiernos, vulnerables y emocionales de sí mismos, normalmente simbolizados por la doncella) para poder alcanzar el éxito terrenal, para poder convertirse en reyes. Cuando lo único que importa es producir, el trabajo ocupa la mente y el tiempo. La rutina diaria se cobra su precio y, al reprimir la espontaneidad y la sensibilidad emocional, perdemos al niño y la doncella arquetípicos que hay en nosotros, los condenamos a permanecer prisioneros en el mundo subterráneo. Si perdemos o no fomentamos las relaciones personales o perdemos contacto con lugares y actividades que alimentan nuestro espíritu, pronto descubriremos que nos hallamos en nuestra propia tierra baldía personal. Si no atendemos las necesidades de nuestra alma y no enfocamos la vida con el corazón abierto, los bosques y praderas de nuestra psique se convierten en áridos desiertos.



11. Circunvalación: Londres

Cuando estaba experimentando mi propia crisis de la mediana edad, emprendí un viaje para visitar lugares de peregrinación y, hasta el momento, había llegado a Glastonbury (cuatro capítulos atrás). Desde allí nos embarcamos hacia el Otro Mundo —Avalon, el bosque y la tierra baldía—, donde me había llevado mi búsqueda del significado de la leyenda del Grial. Estos lugares existen en el mundo imaginario, además de ser los nombres que yo utilizo para designar ciertos estados anímicos y espirituales. El viaje que estoy describiendo transcurre entre acontecimientos externos y reflexiones internas, entre el mito y la interpretación, contradiciendo la afirmación de que la narrativa posee la claridad de un mapa. El relato de esta peregrinación no sigue un camino directo, sino de circunvalación. Sin embargo, la peregrinación en sí seguía un itinerario predeterminado. Después de Glastonbury, la siguiente parada era Londres.

«Circunvalar» es el término utilizado por C. G. Jung para describir la experiencia individual del Yo, el arquetipo de significado que es más de lo que el ego puede comprender. Yo pienso en el *Yo* como una palabra genérica para Dios, Diosa, Tao, Poder Superior, Espíritu, Esencia. La vida tiene sentido cuando «circunvalamos» esa divina e inefable fuente que nos proporciona luz y calor. La divinidad es más de lo que podemos concebir en nuestra mente; es el alma la que reconoce y responde al carácter sagrado de los momentos en que estamos en presencia de lo divino, el amor, la belleza, la sabiduría y la verdad.

«Circunvalación» también es una forma de describir cómo «nos movemos en círculos alrededor»; tal vez pensamos que recorremos una línea recta desde el nacimiento hasta la muerte, pero cuando nos damos cuenta de que repetidamente nos encontramos con situaciones que son nuestras lecciones particulares, comprendemos que el viaje no es lineal. Damos vueltas en espiral a través del tiempo.

El término «circunvalar» tiene una connotación ritual. Cuando los peregrinos hindús y budistas circunvalan el monte Kailas, su montaña sagrada, recorren un círculo que rodea toda la base de la montaña como acto espiritual. En mi peregrinación, yo circunvalaba lugares sagrados de varias formas diferentes: desde caminar literalmente alrededor de la Torre de Glastonbury hasta analizar el recorrido de circunvalación de mis pensamientos.

Circunvalación: Londres y Calcuta

En Londres, la señora Detiger me presentó a varias personas relacionadas con el mundo de la medicina, la religión y la paz. Pronuncié una conferencia sobre *Goddesses in Everywoman (Las diosas de cada mujer)* en la Unión de Angloparlantes ante un público constituido por mujeres muy diferentes pero que tenían algo en común: para todas ellas, la espiritualidad era un elemento esencial de sus vidas. Todas participaban activamente en sus respectivos ámbitos sociales y profesionales, y aquella conferencia les sirvió para conocerse. A raíz de aquel encuentro, se inició un movimiento espiritual femenino en Inglaterra.

Poco después de la conferencia, yo ya estaba en la biblioteca del Palacio Lambeth asistiendo a una reunión para celebrar el cincuenta aniversario del World Council of Faiths. El Palacio Lambeth es la residencia del arzobispo de Canterbury y la biblioteca acoge el manuscrito original de Geoffrey de Monmouth (*Historia Regum Britanniae,* c. 1136) que inició el fenómeno literario de los temas artúricos. Geoffrey cuenta al lector que está escribiendo una historia sobre los britanos en la que Arturo se presenta más como una figura histórica de dimensiones míticas que un personaje legendario. Las historias del Grial se situaron en un contexto artúrico a raíz de este manuscrito. Si yo hubiera estado realizando una peregrinación en busca de los orígenes de la historia del Grial, aquella biblioteca habría sido una de las etapas más importantes del itinerario; así pues, aquella reunión fue una coincidencia más en mi sincrónico viaje. Durante la celebración, se reconoció la labor realizada por la señora Detiger y todos los presentes le expresaron su agradecimiento, lo cual la sorprendió de improvisto y sin haber preparado unas palabras que pronunciar. Entonces tuve la oportunidad de conocer un poco más su trabajo.

En su discurso, Robert Runcie, el arzobispo de Canterbury, recurrió al concepto de «ecuménico» para abarcar también a las religiones orientales. Un buen número de líderes religiosos, Runcie entre ellos, hablaron sobre cómo les había cambiado su visita a India.

Todas las personas que hablaron de India contaron una pequeña historia que nos permitió formamos una idea del impacto personal que aquel país había producido en ellas. Yo tuve la impresión de que, para ellos, en India la religión había ganado en riqueza, complejidad y misterio. A pesar de seguir siendo cristianos o judíos, su experiencia con la Madre India había introducido «algo más» en sus mentes, que para el clero monoteísta es el rico y variado panteísmo que rinde honor a las cualidades animísticas y terrenales de lo femenino. India está sumergida en una atmósfera densa que resulta extraña para la masculina y racional mentalidad europea y que *Pasaje a la India,* la novela de E. M. Foster, tan bien transmite al lector. Varios años después, tendría la oportunidad de experimentarlo en persona en mis viajes a India.

Yo he escrito libros sobre las divinidades de la mitología griega. Al pensar en estas divinidades, con frecuencia nos viene a la mente la imagen de esculturas de mármol blanco que nos invitan a contemplar su perfección olímpica. Antes de visitar India, yo tenía una imagen muy similar de los dioses y diosas de otras

culturas. En concreto, antes de viajar a India, me había formado una vaga imagen de la diosa hindú Kali. Consideraba que era un arquetipo ausente en la mitología occidental. En el panteón griego no existe el equivalente de Kali. Es una diosa temible, indomada. Cuando las mujeres sienten que la ira se apodera de ellas, cuando les atrae la idea de eliminar o destrozar a sus enemigos, no tienen ninguna diosa griega arquetípica. Sólo Kali posee tanta intensidad y tanto poder.

Sin embargo, cuando entré en el templo de Kali en Calcuta y en el suelo vi la sangre del cordero que habían sacrificado aquella misma mañana, y caminé por el templo (que estaba cerrado a los turistas), comprendí que Kali tiene una realidad visceral que no tiene nada que ver con las frías y delicadas estatuas de mármol blanco que representan a las divinidades griegas en los museos. El sacrificio de sangre se lleva a cabo todos los días y probablemente ha sido así desde hace siglos, y al respirar el ambiente impregnado por el hedor y el calor, imaginé que también se habría derramado sangre humana. En las ramas de los árboles y los arbustos del templo había ofrendas que algunas mujeres habían colocado allí invocando a Kali para quedarse embarazadas. Allí el reino de la vida y la muerte, la fertilidad y la esterilidad, no son ninguna abstracción. Innegablemente, la presencia de Kali se siente en Calcuta, la ciudad de los colores vivos por excelencia. Una miríada de sensaciones y percepciones visuales, auditivas, olfativas y táctiles inundan los sentidos del visitante. Al igual que la ciudad, Kali no es tanto un objeto de contemplación como una fuerza a tomar en consideración, un poco como la Madre Naturaleza, que puede ser tan amable pero también tan cruel.

India como iniciación

En mi opinión, los europeos que viajan a India tienen la oportunidad de darse cuenta de la falsedad de la creencia de que el hombre es más poderoso que la Naturaleza. Allí pueden empezar a ver que el distanciamiento de las falacias patriarcales sobre el dominio y la superioridad del hombre constituyen el inicio de la sabiduría femenina. La experiencia de visitar la India requiere humildad, porque uno debe rendirse y adaptarse a lo inevitable. Tal vez, en el caso de algunos hombres, la India puede enseñarles a ser vulnerables, inquietos, humildes y aceptar que existe una rica realidad material que escapa a su control y que las mujeres aprenden con la menstruación, el nacimiento de los hijos y la menopausia.

Cuando pienso en la abierta fe mostrada en el Palacio Lambeth por aquellos miembros del clero que hablaron de sus experiencias en India, me pregunto cómo contribuye el panteísmo de la India a la aceptación de la divinidad femenina y cómo el hecho de presenciar tanta vida y tanta muerte actúa como iniciación al ciclo de la vida de la Gran Madre, de quien proviene toda a la vida y a quien toda la vida regresa.

La imaginación se alimenta del inconsciente colectivo, activando imágenes y sentimientos que tal vez no conocemos en nuestra propia vida, del mismo modo que el encuentro con un reino extraño parece despertar lo que intuitivamente ya sabemos gracias a la experiencia humana colectiva y no a nuestra vida personal. Este nivel de consciencia se adquiere a través del alma. Cuando el poeta romano Terencio escribió «Nada humano es extraño para mí», se refería al conocimiento

del alma, que nos permite comprender plenamente la experiencia de otra persona o reconocer como verdadero algo que está más allá de lo que jamás podríamos conocer por otros medios.

Por ejemplo, mientras una parte de mí sentía rechazo por el templo de Kali porque me resultaba demasiado visceral e incómodo, otra parte de mí más profunda se sentía atraída. Mi alma se esforzaba por integrar la experiencia de modo que, casi sin darme cuenta, me encontré recorriendo todo el templo, utilizando el recurso psicoanalítico de prestar atención a las asociaciones que se producían en mi mente, que me llevaron a recordar imágenes que ya había visto mentalmente cuando leí *Till We Have Faces (Hasta que tengamos rostro),* la novela de C. S. Lewis basada en el mito de Psiqué. Vi un lugar donde se rendía culto a la antigua Diosa, una cueva oculta entre las montañas, donde las mujeres acudían con su dolor, ira, culpa y vergüenza, sus oraciones y peticiones, para pasar la noche en la oscuridad de la cueva con sus oscuros sentimientos. Por la mañana abandonaban la cueva en paz consigo mismas, después de expresar sus sentimientos y sacrificar a un animal o un pájaro sobre la gran roca oscura que era la Diosa. Esta roca resiste, perdura, acepta y actúa como testimonio. Nada es demasiado terrible para acudir a ella. La cueva es la tumba y el seno de la Gran Madre, un lugar de muerte y renacimiento, el caldero de la regeneración y la transformación; ésta es otra versión de la Diosa y el Grial.

El contraste entre el museo equipado con aire acondicionado que acoge a estatuas de divinidades de alabastro blanco y el templo de Kali era equivalente a la distancia que existía y debía superar entre el concepto intelectual de Kali y la visceral realidad de la diosa, y para conseguirlo fue necesario realizar más de una visita a Calcuta y llevar a cabo la labor de investigación para escribir una novela. Hasta que me inicié en los misterios femeninos, no fui capaz de concebir que la divinidad pudiera manifestarse en forma de mujer o experiencia sagrada a través de una experiencia corporal, ni siquiera cuando, inconscientemente, actuaba como sacerdotisa de la Diosa en los hospitales. Entonces yo era una interna en prácticas que a duras penas apreciaba el carácter maravilloso y especial de dar a luz, y supongo que algo tendría que ver el hecho de que también me viera obligada a firmar certificados de defunción. El parto y la muerte no son escenas agradables, sin embargo, como el templo de Kali, la trascendencia de ambos momentos es impresionante. Los bebés suelen llegar al mundo entre las piernas de una madre sometida a una gran tensión, junto con sus heces, líquido amniótico y sangre; a veces el recién nacido está recubierto de meconio, producto de sus propios movimientos intestinales intrauterinos. A pesar de todo esto, si uno participa activamente y se da cuenta de lo privilegiado que es al poder contemplar cómo nace un nuevo ser, respira por primera vez y llora, será un momento de gran belleza. El carácter terrenal del nacimiento y de la muerte pertenece al reino de Kali. Ahora en Calcuta se la adora con este nombre, pero la Diosa ha sido conocida con muchos nombres diferentes a lo largo de la historia y también ha permanecido oculta en el anonimato.

Una visita a Dadi Janki

La señora Detiger aún me había preparado otra cita antes de partir rumbo al siguiente destino. Quería que conociera a una mujer india llamada Dadi Janki, líder espiritual de los Brahma Kumaris, una influyente y sin embargo poco conocida organización religiosa extendida por todo el mundo y con sede principal en el monte Abu, en el norte de India. Los «BK» son los responsables de la organización de un movimiento meditativo internacional, «Un Millón de Minutos para la Paz», y han recibido el premio Mensajeros de la Paz de las Naciones Unidas. Nos reunimos con Dadi Janki en el centro Brahma Kumaris, ubicado en una casa cualquiera de una calle residencial de Londres. Yo nunca había oído a hablar de ella y no me había formado ninguna expectativa sobre su persona ni sobre nuestro encuentro.

Iba vestida con un jersey blanco sobre un sari indio de color blanco liso. Medía algunos centímetros menos que yo, cosa que me sorprendió bastante porque raras veces he conocido a personas más bajas que yo que no fueran niños. Tenía la cara redonda y una sonrisa encantadora; era una especie de combinación entre querubín y anciana, parecía que no tuviera edad. Nos encontramos en una sala del primer piso. La acompañaba la Hermana Jayanti, que ocasionalmente traducía algunas de sus palabras, pues en general Dadi Janki se expresaba correctamente en inglés. Sin embargo tuve la sensación de que las palabras no eran su medio. Lo importante era su presencia, no su aspecto ni lo que pudiera decir. Nos recibió con el saludo de los Brahma Kumaris, «Om shanti», que, al igual que «Aloha» o «Shalom», se utiliza para decir hola, adiós y muchas cosas más. «Om shanti» literalmente significa «Yo soy paz», y eso es lo que emanaba de su persona: paz y una intensa alegría.

Dos años después volvería a encontrarme de nuevo con Dadi Janki en la India, y de nuevo me sorprendería la combinación de alegría y sabiduría que emanaba de ella, como en el caso del Dalai Lama. En ambos existe una combinación de niño feliz e inconsciente y de persona sabia. Viven en el mundo real consagrados a una vida de servicio y se alimentan de la realidad de su mundo espiritual. Poseen el secreto de la felicidad. Los arquetipos que personifican son universales y, si somos receptivos a los aspectos de estos arquetipos que hay en nosotros mismos, sentiremos que conectamos perfectamente con ellos. Se produce una vibración de las cuerdas internas por simpatía, como la que se produce entre dos arpas: si en un habitación hay dos arpas y se hace vibrar una cuerda de la primera, en la segunda arpa sonará la misma nota. La alegría también se contagia entre las almas, si somos capaces de sintonizar con la misma nota. Esa parte de mí estaba creciendo durante el transcurso de la peregrinación. Dos años después en la India, me di cuenta de que estar cerca de Dadi Janki despertaba en mí aquella sensación de estar alegre sin ningún motivo especial que los bebés tienen de forma natural. De modo que le pregunté cómo cambiar el saludo de «Om shanti» («Yo soy paz») a «Yo soy felicidad». Era «Om kushi».

El Dalai Lama y Dadi Janki constituían por sí mismos dos «lugares sagrados» de mi peregrinación. El objetivo de una peregrinación es visitar lugares sagrados, lugares donde habita la divinidad, para despertar la divinidad que existe en el interior del peregrino. Estos dos personajes producen un efecto similar en las

personas porque los arquetipos de niño feliz y de maestro espiritual están en perfecta armonía con el Yo. El aspecto de niño divino que había en ellos me producía un intenso efecto porque era una parte de mí que necesitaba recuperar. Aquella niña que habitaba en mí se sentía cuidada, querida y protegida por la señora Detiger; su sabia mano me guió y me impulsó a iniciar esta peregrinación y, gracias a ello, mi mente se mostraba más receptiva al niño divino que habitaba en los demás.

Red de luces

En Londres tuve la sensación de conocer a gente que, fuera cual fuera su labor u ocupación, formaban parte de algo mucho mayor y más importante. Los veía como brillantes luces que integraban una enorme red interconectada. Esta imagen es arquetípica: surge del interior de uno mismo como si fuera una «idea original», pero en realidad muchas personas ven la misma imagen.

Muchas veces me he sentido como si fuera un punto de luz conectado a todas aquellas personas que alguna vez he amado o que me han importado, que a su vez están conectadas con sus seres queridos, de modo que todos formamos parte de una inmensa red de brillantes luces. Yo creo que la luz de cada individuo puede ganar o perder intensidad con el paso de los años, y la desaparición de cualquiera de estas luces afecta a las demás de alguna forma. Es como si todas las personas que actúan impulsadas por la compasión, trabajan para despertar la consciencia de los demás, para salvar el planeta, para conseguir un cambio significativo, estén relacionadas con todas las demás personas que también hacen lo mismo.

Esta imagen de la red de luces acudió a mi mente hace muchos años, cuando una antigua paciente que había recorrido todo el continente escribió que, después de todo, no había sido capaz de suicidarse. En un momento de desesperación, finalmente decidió llevar a cabo «esa opción» de la que tanto había hablado, sólo para descubrir si era capaz de hacerlo o no. Cuando tuve noticias suyas y supe que seguía viva, me sentí increíblemente aliviada. Entonces también supe que, aunque volviera a verla ni tuviera noticias suyas, ella y yo siempre estaríamos conectadas. La imagen de la red de luces acudió a mi mente; cuando pensaba que ella podía estar muerta, veía y sentía que se apagaba una de las luces de larga hilera. La oscuridad ocuparía su lugar; el hecho de que ella siguiera viva era importante.

En Europa, sentí que el tamaño de esa red era mucho mayor de lo que había imaginado. Estaba en contacto con personas cuyas respectivas hileras daban la vuelta al mundo, y sentí que conectaba mi red de luces americana a una red mucho mayor.

Luces en la oscuridad

Cuando pienso en el día que pasé haciendo el turista en Ámsterdam antes de partir hacia Glastonbury, me doy cuenta de que aquella experiencia también formaba parte de la peregrinación. Visité la casa de Ana Frank. Subí las estrechas y empinadas escaleras hasta lo alto de la casa, donde ella, sus padres y otras personas se ocultaron de los nazis durante la ocupación de Holanda. En lo que

ahora se ha convertido en museo, miré todas las paredes, observé cada fotografía e intenté imaginar cómo se había sentido ella.

Sentí un profundo agradecimiento por todos los ciudadanos holandeses que acogieron a judíos arriesgando sus propias vidas. En cierto modo, también me sentí identificada con Ana. En aquellos años de guerra, yo también era una niña. Como japonesa americana residente en California, cuya familia había conseguido escapar de los campos de concentración, yo sólo viví una pequeña fracción de la hostilidad que Ana Frank y su familia debieron de sufrir. Nosotros no tuvimos que escondemos, pero sí mudamos varias veces durante la evacuación de todos los descendientes de familias japonesas, corriendo el riesgo de ser sometidos a la ley marcial. Durante los años de guerra, yo asistí a siete escuelas repartidas en cinco estados diferentes. Cada vez tenía que adaptarme a una nueva situación e intentar introducirme en nuevos ambientes. Como Estados Unidos estaba en guerra con Japón y desde el punto de vista étnico yo era puramente japonesa, siempre corría el riesgo de ser víctima de la hostilidad de los demás. Mis cuatro abuelos habían emigrado de Japón y, a pesar de que mis padres habían nacido en Estados Unidos, de no habernos marchado de California, todos habríamos sido recluidos en campos de concentración.

La visita a la casa de Ana Frank me causó una gran impresión que contribuyó a aumentar el impacto de las palabras que ella había escrito. Al leer los fragmentos de su diario, que constituyen una parte importante de la exposición, y observar las fotografías y el resto de la información, la profunda oscuridad de la realidad y el brillo de su luz y su inocencia me hicieron llorar.

El 15 de julio de 1944, Ana escribió en su diario: «... a pesar de todo, sigo creyendo que en el fondo de su corazón las personas son buenas». Por aquel entonces, hacía ya más de dos años que ella y sus compañeros se ocultaban de los nazis. El 4 de agosto de 1944 fueron arrestados. En marzo de 1945, Ana murió en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Tenía quince años.

Ana Frank vivió y murió en un período histórico en que se apagaron muchas luces en toda Europa, literal y metafóricamente. Ella había sido una brillante luz en una red que oscurecía progresivamente. Sin embargo, al morir, su luz no se apagó, sino que aún sigue inspirando a otras personas a través de sus palabras; su luz sigue ganando brillo.

Si mi paciente hubiera sido capaz de suicidarse, creo que la luz que me unía a ella se hubiera apagado. No sólo porque ella habría muerto, sino porque significaría que la luz que había en *ella* se habría apagado, y el suicidio habría sido la manifestación externa de lo que ya habría ocurrido en su alma.

Todas las personas que siguen su propia luz son luces de la red. Cuando lo que hacemos surge de la profunda convicción de que todo lo que decidimos hacer en un momento determinado tiene sentido, el alma participa en la toma de la decisión. El ser que interiormente somos necesita expresarse a través de nuestra forma de vida. El amor que sentimos por lo que hacemos nos produce satisfacción y felicidad. La fe en la capacidad de amar del corazón humano, a pesar de las expresiones de odio y desesperación que lamentablemente presenciamos, permite que esa luz siga brillando. Se trata de no perder la fe, de creer que cada uno de

nosotros es único e importante, o al menos actuar como si fuera así hasta que realmente nos convenzamos de ello. El niño y el anciano sabio son los portadores de la luz en la mente, y necesitan prevalecer superando el miedo a parecer inocentes o insensatos, miedo inspirado por la razón. En el mundo y en nuestro propio interior, existen unas cínicas fuerzas que intentan ahogar las luces, hacemos desconfiar de nuestra intuición, despreciar el manantial de perenne sabiduría que alimenta el alma y, víctimas del miedo, escogemos el poder antes que el amor.



12. El reverdecimiento de la tierra baldía: Findhorn

La siguiente etapa de la peregrinación nos llevó desde Londres hasta Inverness, Escocia, en un tren nocturno. Ahora éramos cuatro: Elinore Detiger, Soozi Holbeche, Freya Reeves y yo. Hasta entonces había considerado que Elinore era la «guía», porque su mano había diseñado sabiamente el viaje y todas mis experiencias, pero ahora también se convirtió en una hermana de peregrinación.

Nos dirigíamos hacia el norte para llegar a Findhorn, una comunidad New Age situada en la costa norte de Escocia. En mi mente, Findhorn era como un Edén, un destino mitológico como el jardín de las Hespérides, cuyos árboles producían manzanas de oro. Findhorn había acaparado la atención de todo el planeta en la década de los setenta como un lugar mágico donde la gente se comunicaba con las plantas y cultivaba frutas y verduras de considerable tamaño y variedad en las condiciones más adversas.

Subimos al tren nocturno en la estación londinense de Euston; cada una de nosotras entró en su pequeño y acogedor compartimento y durmió, acunada por el ligero traqueteo del tren, en una litera que al desplegarse ocupaba prácticamente todo el espacio de la habitación.

Una taza de té caliente y el cambio de paisaje nos dieron los buenos días a la mañana siguiente. Por primera vez desde mi llegada a Europa, el paisaje que podía contemplar a través de la ventanilla del tren me resultaba familiar. Era Escocia, pero parecía la parte más occidental del condado de Marín, en el norte de California, durante los meses de invierno. En una sola noche, un terreno más abrupto había reemplazado a las verdes colinas inglesas. Ahora las colinas eran escarpadas y rocosas, bellas e inhóspitas a la vez. Placía mucho frío. A medida que avanzábamos hacia el norte, la suave brisa de principios de verano desapareció por completo; era como si el invierno apenas hubiera terminado.

Un Peugeot rojo de alquiler nos esperaba en la estación de tren de Inverness. Un aire helado soplaba bajo el cielo plomizo. Elinore condujo en dirección noreste. No tardamos mucho en llegar a nuestro destino. Como ya he comentado anteriormente, siempre imaginé que Findhorn sería una especie de Edén, de modo que no esperaba que fuera como un campamento de caravanas en medio de ninguna parte, que es la primera impresión que tuve cuando salimos de la autopista y llegamos al aparcamiento, donde la pequeña tienda de recuerdos de Findhorn da la bienvenida al visitante.

Findhorn se fundó en la década de los sesenta, cuando Eileen y Peter Caddy, sus tres hijos y Dorothy Maclean se instalaron con su caravana junto a un vertedero de basuras en un terreno de dunas de arena y siguieron el consejo espiritual que les llevó a crear un pequeño jardín en la arena y la maleza. Todos siguieron los consejos de una voz interior que oía Eileen Caddy. Dorothy Maclean contactaba con la inteligencia arquetípica o *devas* de cada planta para saber qué necesitaba. Dorothy describió a los *devas* (término derivado de una palabra sánscrita que significa «brillantes») como «ángeles, grandes Seres cuyas vidas infunden y crean toda la Naturaleza». Peter dedicó toda su energía e intuición a la labor de llevar a cabo las instrucciones recibidas por las mujeres. Los tres estaban convencidos de que seguían instrucciones divinas. Los resultados obtenidos fueron extraordinarios y su fama se extendió por todo el mundo, lo cual atrajo a otras personas. Éste fue el inicio de una comunidad espiritual cuyos miembros consideraban que participaban en una experiencia única de colaboración y comunicación consciente entre los humanos y la Naturaleza. A principios de los setenta, la comunidad estaba formada por más de trescientas personas.

Cuando llegamos a Findhorn, Peter Caddy estaba en California. Sin embargo Eileen Caddy sí estaba allí, descansando unos días después de un viaje y antes de partir de nuevo. Más tarde tomaríamos té con ella en su acogedora caravana. Eileen tenía el aspecto de una fuerte y respetable mujer que podría haber sido el pilar de cualquier comunidad; de hecho, no me habría sorprendido nada encontrarla en el medio oeste americano. A pesar de que sus aptitudes psíquicas habían impulsado la creación de Findhorn, no había ningún aire de misterio en ella. El hecho de que estuviera allí justamente durante las pocas horas que visitamos el campamento era como el hecho de que el órgano estuviera sonando cuando entré en la Catedral de Chartres: una sincronicidad que reafirmaba el sentido de mi viaje.

A la hora de comer nos unimos al resto de la comunidad y tomamos alimentos biológicos en el comedor de bajo techo amueblado con mesas y bancos. Había gente de todas las edades, desde niños hasta ancianos. Muchos eran norteamericanos: la primera impresión que tuve fue que todos eran expatriados californianos, aunque en realidad la mayoría de ellos eran europeos.

A primera vista no fui capaz de captar la «magia» de Findhorn, ni siquiera después de ver los jardines, ya que en California abundan los jardines exuberantes y la belleza a gran escala.

La comunidad de Findhorn tenía su propio equivalente a una catedral: era el único edificio imponente del lugar. En una comunidad de caravanas y estructuras de madera, es el único edificio artístico que destaca por sus dimensiones y por estar hecho de piedra. Al igual que las catedrales de la antigüedad, que además de ser lugares de culto también eran centros de la vida de la comunidad, el Universal Hall se destina a muchos usos diferentes. Los miembros de la comunidad lo construyeron para expresar su amor y su fe, guiados por visionarios y personas intuitivas que también participaron en el proyecto. El simbolismo del edificio viene dado por sus cinco fachadas (el número cinco representa la perfección, la conjunción del espíritu y la forma) y sus proporciones

respetan una geometría sagrada. En los cimientos se colocaron cristales y se celebraron rituales para consagrar el conjunto. Además, se construyó sobre un punto donde convergen varias corrientes de energía telúrica. Al construir este edificio y la sala de meditación (el santuario) se realizó un esfuerzo especial por crear espacios sagrados que, como los centros de peregrinación que «despiertan lo divino», influirían en la mente de los miembros de la comunidad y de los visitantes.

El reverdecimiento de la tierra baldía

Los jardines de Findhorn no eran tan grandes como esperaba, de modo que al principio no me impresionaron mucho. Sólo sentí admiración por lo que allí se había conseguido cuando comparé los prósperos jardines con la aridez del entorno y vi la grava y el terreno arenoso propios de la zona. Además, aunque estábamos a finales de mayo, hacía realmente frío. A pesar de que Findhorn esté a nivel del mar, se encuentra tan al norte que el terreno y el clima son los propios de una zona boscosa. Tomando esto en consideración, los huertos, los árboles frutales y las hermosas flores de Findhorn son como un oasis en pleno desierto, sólo que este jardín existía porque sus creadores contactaron con una fuente espiritual y hallaron un manantial de conocimiento y sabiduría.

Las mujeres eran las receptoras de las visiones y los mensajes de los *devas.* Al comunicarse con los *devas* de las plantas, las mujeres, y Dorothy Maclean en especial, transmitían la sabiduría de la Naturaleza a la comunidad. Al igual que en Avalon, la Madre Tierra, la Diosa, la Gran Madre, se comunicaba con las mujeres y a través de ellas; y al igual que en el caso de la médium a través de la cual se manifestó la Madre Naturaleza en forma de divinidad femenina, estas mujeres contemporáneas actuaban como sacerdotisas de la diosa. La sabiduría que ellas transmitían devolvió la fertilidad a la tierra baldía.

En Findhorn, Dorothy Maclean era la portadora de la sabiduría que devolvió la vida a la tierra baldía; así pues, actuaba como Doncella del Grial. El Grial sana literalmente la tierra baldía y espiritualmente nos proporciona una experiencia de la inteligencia que existe en todos los seres vivos. Este Grial no ha entrado plenamente en el mundo; en Findhorn está presente en la consciencia de la comunidad y ésta se beneficia de su magia sanadora, pero su significado y su misterio, su realidad y su potencial no han penetrado aún en la consciencia del mundo en general. Todo en esta tierra, incluyendo las personas, está por explotar porque el rey herido —la consciencia patriarcal con su énfasis en la importancia del poder— aún sigue prevaleciendo.

Al pensar en los considerables jardines de Findhorn que crecieron en una tierra baldía, pienso en el paralelismo que existe en el caso de una persona que ha padecido una infancia estéril, desprovista de seguridad y llena de abuso, y no se convierte en un adulto cínico y abusivo, sino en una persona capaz de amar y confiar en los demás. Cuando la vida de alguien se inicia como un vertedero de basuras estéril y se convierte en un jardín, se produce un milagro. Al ver «el jardín» sin conocer su historia, no percibimos el significado, la maravilla y la inspiración de su existencia, como a mí me ocurrió al ver Findhorn por primera

vez.

Conozco el caso de muchas mujeres que han sobrevivido a una dura infancia manteniendo su alma intacta y describen cómo hallaron refugio en la Naturaleza. Fueron capaces de salvar su alma gracias a un árbol especial, prados donde pasear, el mar o el cielo, animales o un jardín y el mundo interior que se conservó intacto. En la intimidad y soledad de su mente, podían imaginar y cultivar las semillas de una creatividad que posteriormente se desarrollaría. La espiritualidad, la sabiduría y la relación con la Naturaleza que hallamos en las obras de Alice Walker y Mary Oliver tienen mucho en común con la sabiduría de los *devas* que transmitía Dorothy Maclean. Cuando no se aprovecha la capacidad de ver, ¿es posible que la «imaginación hiperactiva» de muchos niños les permita comunicarse con este reino espiritual invisible? ¿Es posible que esta comunión sea la fuente de su sabiduría y comprensión espiritual y les impulse a buscar refugio en la Naturaleza? No sólo creo que es cierto, sino que además considero que la soledad es necesaria para que este jardín secreto interior pueda desarrollarse. Cuando un niño se guarda su mundo interior para sí mismo, éste no podrá ser destruido; también es posible que al cabo de unos años no se recuerde a menos que el niño o el adulto busque y encuentre sus propias palabras para expresarlo.

El poder reverdecedor del Grial

Un vertedero de basuras situado en un terreno de dunas de arena es un lugar ideal para demostrar cómo sanar una tierra baldía. El contraste entre el inhóspito terreno donde se creó Findhorn y los jardines que se obtuvieron demuestra lo que puede conseguirse cuando se tiene acceso al *viriditas* o *poder reverdecedor*. En Findhorn se obtuvo a través de la mente de mujeres capaces de atravesar la niebla hasta el mundo invisible de la Diosa y transmitir esta sabiduría a una comunidad que la valoraba. Metafóricamente, el poder reverdecedor es el Grial capaz de sanar la tierra baldía.

Viriditas o *poder reverdecedor* son términos teológicos creados por Hildegard de Bingen (1098-1179). En la actualidad los conocemos gracias a los escritos del teólogo Matthew Fox. Fox comenta que Hildegard utilizaba *viriditas* como sinónimo de bendición por la fertilidad y la creatividad. Para ella, la salvación o sanación era «el retomo del poder reverdecedor y la humedad». En el ensayo «Viriditas: Poder reverdecedor» de su obra *Illuminations of Hildegard of Bingen (Iluminaciones de Hildegard de Bingen),* Fox escribe:

> Hildegard contrasta el poder reverdecedor o humedad con el pecado de secarse. Una persona o una cultura secas pierden la capacidad de crear. Por este motivo el hecho de secarse es un pecado tan grave para Hildegard, porque interfiere en nuestra ensalzada vocación de crear. «La humanidad está llamada a crear» afirma.
>
> *Viriditas...* es el frescor de Dios que los humanos reciben en sus fuerzas vitales físicas y espirituales. Es el poder de la primavera, una fuerza germinadora, una fertilidad que proviene de Dios e impregna toda la creación. Esta poderosa fuerza vital se encuentra tanto en el reino humano como en el reino no humano. «La tierra transpira poder germinador por todos sus poros» —afirma Hildegard.
>
> En lugar de considerar que el cuerpo y el alma están en lucha constante como en el caso de san

Agustín, Hildegard opina que «el alma es el frescor de la carne, porque el cuerpo crece y se desarrolla a través de ella al igual que la tierra se vuelve fértil gracias a la humedad». Se ensalza a María, la madre de Jesús, por ser la *viridissima virga,* la más verde de las ramas, la más fértil de todos nosotros. Es una rama «impregnada con el poder reverdecedor de la primavera» y, en esta afirmación, hallamos profundos ecos del culto tradicional de la diosa presente en la religión.

El color verde y el Grial están relacionados con la sanación y la divinidad. En los textos alquímicos, el benedicta viriditas (el bendito verde) era un señal del inicio de la reanimación del material; era la prueba de que el proceso recuperaba la vitalidad. En *The Grail Legend (La leyenda del Grial),* Emma Jung y Marie-Louise von Franz describen la relación entre el color verde y el Grial:

Como color de la vegetación y, en un sentido más amplio, de la vida, el verde está en evidente armonía con la naturaleza del Grial... En el simbolismo eclesiástico, el verde es el color del Espíritu Santo o el *anima mundi, y* en el lenguaje místico es el color universal de la divinidad.

Al recordar que el día de mi graduación como médico me vestí con una muceta de seda y terciopelo verde sobre la túnica negra, también recuerdo la relación que existe entre la divinidad y la sanación, que se remonta al templo de Asclepio y, antes de los griegos, a la Diosa.

Húmedo, verde y jugoso

En la leyenda del Grial, es necesario que se cure la herida del rey para que la árida tierra baldía pueda recuperar su verdor y fertilidad. Él es un anciano que tiene una herida en el muslo. La localización de su herida sugiere que el rey ha perdido contacto con su sexualidad, fertilidad, generatividad y creatividad, y es víctima de lo que Hildegard consideró el pecado definitivo de la sequedad o aridez. En su correspondencia con obispos, arzobispos, abades y sacerdotes, los Reyes Pescadores de su época, Hildegard les animaba a permanecer «húmedos, verdes y jugosos» y a permitir que el «piadoso rocío» impregnara sus corazones para superar la sequedad.

Ser o estar húmedo, verde y jugoso significa estar emocionalmente vivo. Nuestro cuerpo expresa los sentimientos más auténticos a través de la humedad: lágrimas de alegría o dolor inundan nuestros ojos, o reímos tanto que también llegamos a llorar, o se nos humedecen los ojos cuando se despiertan determinadas emociones o recuerdos. Al contrario de esto, las depresiones del Rey Pescador son emocionalmente áridas, sin lágrimas ni humedad.

Pensemos en nuestro propio cuerpo: cuando estamos sexualmente excitados, nuestro cuerpo responde con humedad; el deseo provoca la eyaculación y secreciones húmedas. Cuando no se produce una lubricación natural, probablemente también existe una sequedad emocional.

El feto crece inmerso en líquido amniótico, el parto se inicia cuando «se rompe aguas» y el recién nacido llega al mundo recubierto de diferentes líquidos. Estimulada por el nacimiento de su bebé y por la leche que llena sus senos, una mujer puede criar a su hijo, aunque también es posible que sus senos se sequen y la

leche se acabe.

El hecho de sudar cuando se lleva a cabo un trabajo físico normalmente significa que se está realizando un gran esfuerzo. Cuando sudamos por otros motivos normalmente significa que existe un miedo o una ansiedad de gran intensidad.

Cuando se nos hace la boca agua al mirar un alimento, estamos describiendo el comportamiento del cuerpo que se anticipa al placer de comer ese alimento. Todas estas reacciones son formas de ser «jugosos». Todas están relacionadas con la intensidad, la entrega y los sentimientos; son reacciones físicas y psíquicas. Ser húmedo y jugoso es ser real; así somos cuando somos auténticos, cuando nuestros cuerpos y sentimientos expresan lo que realmente sentimos.

Hildegard de Bingen también dice que debemos ser «verdes». Estar verde en algo significa ser joven o inexperto. La sociedad impulsa a los hombres a sentirse avergonzados por estar verdes en algo, de modo que intentan disimularlo por todos los medios. Sin embargo sólo estando verdes y siendo inocentes, redescubriendo y aceptando una parte de nosotros mismos que está verde, podremos ser como Perceval, un inocente que puede entrar en el castillo del Grial, o ser como el niño que puede entrar en el Reino de Dios o el Jardín de la Diosa. Los jardines de Findhorn crecieron en la tierra baldía porque los habitantes de la comunidad se comunicaban con los espíritus de la naturaleza o *devas* y colaboraron con ellos para crear el jardín. Esta gente tuvo que confiar en el niño que habitaba en su interior y que tenía fe en el éxito del proyecto sin temer a los «hombres de la bata blanca» o la opinión de mentes más racionales. En el caso de Findhorn se podría aplicar perfectamente el consejo bíblico: «Por sus frutos les conocerás».

La promesa de la primavera y el regreso del verdor a la tierra estéril también es una posibilidad psicológica simbolizada por el regreso de la diosa-doncella Perséfone junto a su madre Demeter. Hildegard describió a María bajo con ese aspecto de Perséfone con las siguientes palabras: «Tú, el más verde y resplandeciente de los brotes... traes el exuberante verdor una vez más» a lo «seco y marchito» del mundo. En Egipto, la diosa equivalente es Isis y el retomo a la vida de su divino consorte Osiris después de haber sido descuartizado representa una promesa simbólica parecida. Osiris es la única divinidad egipcia representada con el rostro de color verde. Las depresiones de la mediana edad y los bloqueos creativos desaparecen cuando somos verdes y jugosos. Entonces la vida está repleta de cosas interesantes y de vitalidad. Nos fascina jugar con ideas, imágenes y sentimientos que nos permiten ser creativos, innovadores e inventivos. Con este espíritu y un corazón abierto, somos capaces de volver a amar de nuevo.

Hermanas de peregrinación

La compañía en que me encontraba —Elinore, Freya y Soozi— era un ingrediente del viaje tan importante como los lugares que visitamos. Antes de iniciar la peregrinación no nos conocíamos, sin embargo estábamos tan unidas como si fuéramos viejas amigas. La presencia del niño arquetípico en todas nosotras se evidenciaba por los sonidos de felicidad que emitíamos, por la espontaneidad. Notábamos la presencia de la anciana sabia y la sacerdotisa entre

nosotras en el impulso colectivo de meditar por unos instantes, en la naturalidad con que decíamos algo profundo. Tal vez Soozi iniciaba un pequeño ritual, o Freya decía algo inspirado directamente por su corazón, o Elinore hacía referencia a algo que tenía sentido planetario, o tal vez yo remarcaba el simbolismo de una situación. Reímos más de lo que había reído en muchos años; en una ocasión incluso nos vimos obligadas a detenemos en el arcén de la carretera hasta que el paroxismo de la risa hubiera pasado. Entre todas creábamos la figura de una «madre» sin que ninguna tuviera que asumir ese papel para relacionarse con otra del grupo. Éramos mujeres independientes y también cariñosas y maternales, capaces de responder a todas las necesidades del grupo.

Este pequeño grupo de hermanas de peregrinación se convirtió en la experiencia—semilla, el patrón, el campo mórfico de las reuniones femeninas, talleres y peregrinaciones que posteriormente formaron parte de mi trabajo —sin olvidar mi participación en un grupo femenino de oración y meditación que se reúne asiduamente desde hace seis años. En este caso, la peregrinación es una metáfora de nuestras vidas y el lugar sagrado en que nos reunimos se convierte en realidad cuando nos sentamos juntas y rezamos o meditamos. El hecho de estar juntas alimenta nuestro espíritu; es como si generáramos un murmullo inaudible donde la mente de cada mujer crea un armónico en perfecta sintonía con el corazón. Es reconfortante, como estar con la Madre, no la individual de cada una, sino la madre arquetípica. Según la teología del cristianismo protestante que yo conocí, la Trinidad formada por Padre, Hijo y Espíritu Santo era masculina. En mi experiencia personal, se convirtió en una entidad sin género, puesto que el Espíritu Santo era invisible. En el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo desciende en forma de paloma, que es un símbolo femenino, y se dice de él que proporciona consuelo. Cuando necesitamos consuelo —cuando nos han herido, sentimos dolor, estamos enfermos o tenemos miedo—, nos sentimos pequeños y queremos que nuestra madre nos acoja entre sus brazos, bese la herida y haga desaparecer el dolor. Incluso aunque no hayamos vivido una experiencia maternal parecida, anhelamos lo que sabemos que es arquetípico: echamos de menos a la madre.

Observando a las palomas y los estridentes arrendajos que se acercan a comer alpiste en el cobertizo de mi casa, intuitivamente comprendo por qué la paloma es un símbolo de paz y divinidad. El aura de la paloma silvestre tiene algo que la diferencia mucho de la paloma común. Sea lo que sea, los arrendajos lo respetan. Me sorprendió mucho comprobar que sus estridentes chillidos cesaban y dejaban paso a las palomas, como si éstas fueran invitadas especiales, cuando la proximidad de cualquier otra ave aumentaba el volumen de sus ruidos y el espíritu de competitividad. Las palomas también tienen una gracia y un porte femeninos. Mucho antes de la aparición del cristianismo, la paloma era el símbolo de la diosa Afrodita. Bajo la simbología del masculino Espíritu Santo se oculta la presencia de la diosa del amor y la belleza, que también era una diosa madre.

Un grupo de mujeres podemos constituir un campo mórfico maternal cuando nos reunimos formando un círculo sagrado. Creamos un *témenos,* que significa «santuario» en griego. En un círculo femenino, cada mujer es ella misma y un aspecto de todas las demás mujeres que forman el círculo. No existe una

jerarquía vertical y, cuando el círculo es un *témenos,* constituye un lugar sagrado para expresar nuestros verdaderos sentimientos, percepciones y experiencias. En los centros de recuperación de Alcohólicos Anónimos, el grupo recrea un *témenos* muy similar cada vez que se reúne.

Para que un círculo femenino funcione como caldero espiritual y psicológico para el cambio y el crecimiento, es necesario que veamos a cada mujer del círculo como una hermana que refleja aspectos de nosotras mismas. Esto significa que cualquier cosa que le haya ocurrido a ella podría habernos ocurrido a nosotras, que cualquier cosa que haya sentido o hecho es una posibilidad para nosotras, que ante ella no nos sentimos superiores, inferiores ni indiferentes. Esto no son sólo conceptos, sino la realidad emocional que se experimenta al escuchar a cada mujer contando el sincero relato de su vida. Y aún podemos vivir una realidad emocional más profunda cuando somos conscientes de que experimentamos una intensa reacción ante otra mujer porque representa algo que en nosotras tiene una fuerte carga psicológica: no sólo reaccionamos frente a ella, sino frente a nosotras mismas. Es posible que no podamos soportarla porque expresa experiencias que nosotras hemos reprimido; tal vez nos resulta difícil relacionamos con ella porque ante ella reaccionamos del mismo modo que ante nuestra madre u otra figura significativa; tal vez nos atrae porque encama un potencial que existe en nosotras y las cualidades positivas que tanto admiramos en ella están creciendo en nosotras; tal vez la evitamos porque tenemos miedo de nuestras propias adicciones, dependencia o necesidades. Así pues, cada mujer es una figura simbólica para las demás que debemos comprender como intentaríamos comprender los símbolos de un sueño.

También tenía la sensación de que al participar juntas en aquella peregrinación, nosotras, mujeres —con esa permeable estructura del ego que ha sido tan criticada por la psicología masculina—, absorbíamos la esencia de quiénes éramos con las demás. Evidentemente hablábamos mucho, pero era imposible reunir la experiencia, los valores y la sabiduría colectiva; a pesar de todo pienso que, en cierto modo, lo conseguimos.

Por ejemplo, me pregunto cómo influyó la compañía de Soozi y Elinore en mi percepción de Findhorn, a pesar de que, sorprendentemente, hablamos poco sobre el tema. Soozi había vivido anteriormente en Findhorn y lo había dado a conocer al mundo mediante talleres en África, Australia, Estados Unidos y Europa, de modo que se sentía muy unida al lugar. La relación de Elinore con Findhorn no quedaba muy clara, pero también parecía sentirse muy identificada con la filosofía y la labor que se llevaba a cabo en la comunidad.

En este viaje descubrí —como los peregrinos siempre han sabido— que visitar lugares sagrados afecta la psique del peregrino. Regresé sintiendo que mi psique también había recibido la influencia del contacto profundo y no verbal con las personas que conocí y mis hermanas de peregrinación. Recordé a mi amiga Brooke Medicine Eagle, que posee un cristal que estuvo en contacto con el gran cristal hopi y que, a su vez, también estuvo en contacto con un cristal mío porque se supone que la sabiduría espiritual colectiva del pueblo hopi se transmite por contacto de un cristal a otro. Además de preguntarme si aquella creencia puede ser

cierta, también me pregunto si las personas son capaces de transmitir sensaciones, como se supone que los cristales pueden hacer.

Esta especulación nació fruto de la sensación de que algo similar estaba ocurriendo entre mis hermanas de peregrinación y yo, y también de la entrevista con Dadi Janki y el Dalai Lama. El mero hecho de estar en su presencia me afectó profundamente y recordé una conversación que años antes había mantenido con William Tiller. Bill era profesor en Stanford de las asignaturas de ciencias más «duras». Su mujer Jean era psíquica, lo cual despertó su interés por la parapsicología. Hablamos de Jesús y del concepto de Jung del efecto «constelador» que una persona ejerce en otras. En el libro de Arthur Koestler *The Robot and the Lotus (El robot y el loto),* el autor cuenta que una increíble multitud se reúne en un campo para escuchar las palabras de un guru, al que la mayoría de personas sólo pueden ver como un punto en la distancia. Sin ningún sistema de sonido ni altavoces, el guru decía algo que sólo podían oír aquellas personas que estaban más próximas a él, sin embargo todos los asistentes se sentían espiritualmente afectados.

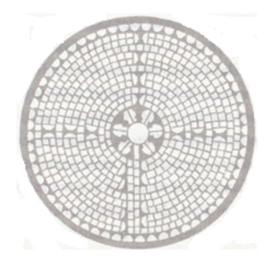
El guru había ejercido un considerable efecto en sus psiques. En lenguaje de Jung, había «constelado el Yo» que había en ellos. Esto también podría explicar el efecto que producía Jesús cuando predicaba, así como la creencia de que el bautismo del Espíritu Santo que inició su ministerio le infundió con una divinidad capaz de despertar la divinidad latente en los demás. *Infundir, constelar, despertar y encarnar* son para mí palabras que intentan expresar un mismo significado.

La magia verde de Findhorn y la red de luz

Findhorn despierta la imaginación porque es un lugar donde las parábolas y las metáforas que siempre han existido en el mundo invisible de la imaginación humana colectiva se han convertido en realidad. Donde antes había existido un vertedero de basuras y una tierra demasiado árida y pobre para cultivar nada, creció un jardín; así la idea de la revitalización de la tierra baldía se hizo realidad en aquel pequeño lugar. Findhorn es más que un logro o un experimento llevado a cabo con éxito: estimula la imaginación y actúa como fuente de inspiración acerca de lo que podría ser posible. Podríamos sanar la tierra y aprovechar la abundancia que nos proporciona.

Un escalofrío recorre nuestro cuerpo cuando descubrimos que un mito personal resulta ser compartido por otras personas, cuando nos damos cuenta de que algo que imaginamos puede haberse convertido en realidad. Yo no experimenté esta sensación al contemplar los jardines de Findhorn, sino al oír hablar de «la red de luz». En *Faces of Findhorn (Las caras de Findhorn),* Peter Caddy habla de una mujer llamada Naomi que conoció en Filipinas y le habló de «la red de luz». «Era la impulsora de un grupo que se dedicaba a localizar centros de luz por todo el mundo y unirlos telepáticamente.» Más tarde vino a Findhorn y se convirtió en una de las fundadoras. Dos veces al día durante tres o cuatro años, un grupo de Findhorn se reunía para meditar y comunicarse telepáticamente con estos centros. Lo hacían creyendo que de este modo reforzaban los invisibles hilos que unían los numerosos centros de la red de luz entre sí.

Como pude comprobar durante mi peregrinación e incluso aún más a mi regreso, los lugares sagrados se están recuperando y revalorizando en todo el mundo, y la gente también está redescubriendo el aspecto sagrado de su interior. Todos los lugares y las personas sagradas son un punto de luz de una gran red cuyos hilos ganan brillo cada vez que un peregrino viaja de un lugar o persona a otro. La luz adquiere más brillo cada vez que uno de nosotros reconoce que existe algo verdaderamente divino y de la Diosa en sí mismo, algo que es inseparable de los demás y de la Naturaleza.



13. Reflexiones: Iona y otros lugares sagrados

Desde Findhorn visitamos otros lugares de la zona: Clava Caims, la abadía de Pluscarden y Cluny Hill. Yo nunca había oído a hablar de estos lugares y, por lo tanto, no me había formado una idea previa de ellos. Ese día en concreto, en el momento de partir, me sentí más como una turista que como una peregrina. No podía imaginar que sentiría la intensa presencia y poder de una fuente de energía en Clava Cairns y Pluscarden, y que de todos los lugares que visitamos durante la peregrinación, Cluny Hill sería el que más impactaría a Elinore.

Nuestro guía en Clava Cairns fue Michael Lindfield. Michael había pasado diez años en Findhorn, durante los cuales fue una importante «luz», y ahora él y su familia estaban haciendo las maletas para reunirse en Seattle con David Spangler, Dorothy Maclean y otros miembros de la comunidad de Findhorn que se estaban instalando en la costa noroeste de Estados Unidos. Michael era un individuo alto, corpulento y callado cuya presencia transmitía una intensa paz; yo le veo como una de esas personas sagradas, un cristal con el que tuve contacto y que, junto con los lugares sagrados que visité, formaron parte de mi peregrinación.

Clava Cairns

Clava Cairns está situado a media hora de Findhorn. Allí, en un lugar que contempla imperturbable el paso de los años y de los turistas, se conservan piedras que han estado en el mismo lugar desde hace cuatro o cinco mil años.

Nos acercamos al primero de los tres montículos de piedras por la parte trasera. Los montículos están situados en un claro cubierto de verde hierba y delimitado por un círculo de altos árboles. Visto desde detrás, el primer montículo aparece como una alta montaña de piedras con base redonda que ocupa tanto espacio como una casa entera. Piedras de canto rodado rodean el perímetro, y entre ellas hay pequeños montones de guijarros similares a los que se encuentran en el lecho de un río. En la parte delantera del montículo, también delimitado por grandes cantos rodados, se inicia un pasaje que conduce a un espacio circular situado en el centro. Las paredes del pasaje y el centro son perpendiculares gracias a una cuidada selección de piedras de varios tamaños. Mirando el pasaje desde dentro hacia fuera, el visitante contempla una puerta formada por grandes piedras con espirales grabadas en pequeñas muescas redondeadas.

Es como una especie de canal de parto que conduce a un espacio uterino. Ya en el centro, todos sentimos una concentración de energía y significado que tenía algo de femenino, tan efímero como es una percepción. De nuevo sentí que yo era como un diapasón y mi cuerpo estaba respondiendo a intensas vibraciones o emanaciones. Noté que me encontraba en un poderoso campo de energía invisible. Más tarde, cuando los demás ya se marchaban, regresé a aquel montículo para volver a experimentar aquella nueva forma de percepción que había sentido por primera vez en el centro de mi pecho estando en la Catedral de Chartres.

Volví a pensar en el laberinto situado en el suelo de la Catedral de Chartres, que se encuentra en el lugar que correspondería al útero de un cuerpo del mismo tamaño que la catedral que tuviera los brazos extendidos en la posición de los cruceros. Y a continuación pensé en la Torre de Glastonbury y la forma uterina de la colina, que podría ser el equivalente tridimensional de un laberinto bidimensional, donde sentí, al igual que tantas personas, que debe existir una cámara oculta en el seno de la Torre y un pasaje de entrada. Y ahora, inesperadamente, allí en Clava Cairns, me hallaba en una estructura que era una representación del útero de la Diosa.

Me recordaba los kivas de los indios norteamericanos, las estructuras circulares que están parcialmente enterradas bajo tierra y se utilizaban como cámaras incubadoras e iniciáticas para los jóvenes. Los adolescentes entraban como niños y salían de aquel espacio uterino siendo hombres. Todos nacían dos veces: la primera del cuerpo de su madre y después del kiva. El arquetipo de iniciación es la transformación: el iniciado muere en su antigua vida y renace con una nueva identidad.

Me pregunté qué ocurría dentro de aquel montículo. ¿Era un lugar de renacimiento, o era seno y tumba al mismo tiempo? No me costó imaginar la sensación de entrar en el montículo de noche. Ahora no tiene techo, pero ¿es posible que originariamente estuviera cubierto?

El montículo está rodeado por un círculo de piedras. Después de entrar en el interior, sentir la energía del lugar y dejar que me impregnara, sentí la necesidad de presentar mis respetos a cada una de las piedras que formaban el círculo, puesto que cada una parecía una «antigua alma».

El segundo montículo es más pequeño y tiene la forma de un oval perfecto con un espacio central, como si fuera una rosquilla. Nos referíamos a él con el nombre de «huevo». La única forma de entrar es pasando por encima de las rocas. La estructura es más pequeña y más baja que la primera. Sentí el impulso de tumbarme en su interior, y lo hice. Existe algo que nos impulsa a tumbamos para estar en contacto directo con la tierra, cosa que los niños hacen con toda naturalidad. Recuerdo que de niña solía subir a una pequeña colina cercana a mi casa, aplanaba todas las hierbas y me tumbaba en el suelo de forma que quedaba escondida, y me sentía satisfecha. A lo largo de la peregrinación había tomado consciencia de las energías telúricas; ¿es posible que los niños que se tumban en el suelo anhelen el abrazo de la Gran Madre? Alice Walker, que siempre ha hallado inspiración en la naturaleza, a menudo se tumba en el suelo para estar en contacto directo con la tierra. En ocasiones le he oído decir: «La Tierra es la única Diosa que

necesito».

El tercer montículo tiene la misma forma que el primero, con un pasaje semejante a un canal de parto que conduce hasta el centro, con la diferencia de que es más alto y la energía es diferente, más activa y turbulenta. También cuenta con un círculo de piedras a su alrededor, de entre las cuales destaca una especialmente alta y rectangular.

Me sorprendió enormemente que aquellas piedras, sin ningún tipo de apoyo, estuvieran allí desde hacía cuatro o cinco mil años. También me sorprendí al estar en el centro del primer montículo y sentir la misma energía que había experimentado en la Catedral de Chartres. Sentí el mismo calor, la misma presión y algo similar a una vibración en el centro de mi pecho, donde se concentran las energías del corazón. Las imágenes relativas al corazón y el útero seguían surgiendo a lo largo de la peregrinación como expresiones de la Diosa y el Grial; eran pensamientos nacidos de las sensaciones de mi propio cuerpo. Era una forma diferente de percibir y conocer, una consciencia interna que no tenía nada que ver con la percepción intelectual que había puesto en práctica a lo largo de mi estudios.

La abadía de Pluscarden

Nos marchamos de Clava Cairns en coche e hicimos algunas paradas turísticas de camino a la abadía de Pluscarden. Nos detuvimos en el lugar conocido como Randolph's Leap para contemplar los ríos de aguas oscuras, teñidas de negro porque transcurren por un terreno rico en turba. A juzgar por su color, podrían haber sido afluentes del mítico río subterráneo Styx. La abadía de Pluscarden también está cerca de Findhorn. Está situada en un lugar oculto donde reinan la paz y la tranquilidad y al que se llega por carreteras secundarias. Es una imponente iglesia de piedra que podría parecer el edificio de un campus universitario norteamericano, puesto que parece relativamente joven, bien mantenido y en uso.

La abadía cuenta con una capilla consagrada a María utilizada exclusivamente por los monjes que viven y trabajan en la abadía. Los visitantes no pueden entrar en ella. En la pared que separa la iglesia principal de la capilla hay una ventana que permite vislumbrar el altar de la capilla.

Mirando a través de esta ventana, tuve una de las experiencias más significativas de toda la peregrinación. La energía que sentí era más intensa que la experimentada en cualquiera de los otros lugares sagrados que visitamos. Hasta entonces había hecho varios comentarios irreverentes afirmando que en los lugares sagrados las moléculas del aire eran más «pesadas», porque se notaba que el aire en esos lugares estaba cargado y casi parecía palpable. Y en aquel momento me sentí bañada por una corriente de energía procedente de la capilla dedicada a María. Noté el movimiento de las moléculas de una corriente que me envolvió y me bendijo.

Fui educada en el protestantismo, de modo que María es tan desconocida para mí como la idea de adorar a una Diosa. Pero el hecho de vivir aquella experiencia en Pluscarden y de aprender a lo largo de la peregrinación que los lugares dedicados al culto de la Diosa habían sido posteriormente reconsagrados a

María o san Miguel, me hicieron reflexionar acerca de la relación entre la Diosa y la Virgen María.

Al final de *The Mists of Avalon,* una anciana Morgana, la última sacerdotisa de la Diosa, viaja desde Avalon a Glastonbury y entra en la capilla dedicada a María, donde se da cuenta por primera vez de que la Diosa seguirá estando presente en el mundo a pesar de que triunfe el cristianismo. El relato de ficción de Marion Zimmer Bradley es análogo a la experiencia que viví en Pluscarden.

Morgana siguió a la joven hasta la pequeña capilla contigua. Había ramos de flores ante la estatua de una mujer cubierta con un velo y coronada con un halo de luz; llevaba a un niño en brazos. Morgana se inclinó ante la Diosa.

La joven dijo: «Aquí habita la Madre de Cristo, María, la libre de pecado. Dios es tan grande y tan terrible que siempre tengo miedo cuando estoy ante su altar, pero aquí, en la capilla de María, nosotras que somos sus vírgenes también podemos acudir a ella como Madre... Y ésta es una estatua muy antigua que nos dio nuestro obispo y procede de su país de origen... una de sus santas, se llama Brígida...»

Morgana observó la estatua de Brígida y sintió el poder que emanaba de ella y llenaba la capilla. Inclinó la cabeza. Pero Brígida no es una santa cristiana, pensó, aunque los patricios lo crean así. Ésta es la Diosa tal como se adora en Irlanda. Y yo lo sé, y aunque piensen lo contrario, estas mujeres conocen el poder de la Inmortalidad. Aunque la exilien, ella seguirá prevaleciendo. La Diosa nunca se alejará de la humanidad.

Cluny Hill

Tras visitar Pluscarden, nos dirigimos hacia la colina de Cluny Hill. El lugar sagrado es la propia colina, que está situada detrás del edificio llamado Cluny Hill, centro de conferencias y de acogida a los huéspedes de Findhorn. Se encuentra a varios kilómetros de la comunidad de Findhorn. Se considera que la colina de Cluny Hill es uno de los principales centros de energía de la zona, un lugar donde convergen varias corrientes de energía telúrica. También existe una leyenda según la cual Jesús llegó a las Islas Británicas cuando era joven con José de Arimatea y visitó Cluny Hill y Glastonbury.

Se trata de una pequeña colina donde un estrecho sendero que se abre camino entre los árboles y los matorrales conduce al visitante hasta la cima para serpentear de nuevo hasta la base. Las cuatro emprendimos la subida, con Elinore en la retaguardia y yo en primer lugar. Ella y Freya notaron como si estuvieran entrando en un lugar muy antiguo. Y Elinore además experimentó una fuerte sensación visual: nos vio vestidas con túnica y capucha, como los peregrinos que antiguamente recorrían el mismo sendero. Para ella, Cluny Hill fue el lugar donde experimentó el momento más sagrado de la peregrinación; penetró en otra época y le maravilló el hecho de estar allí. La fugaz sensación de estar en el mismo lugar pero en otra época (en una época pasada) se intensificó porque en ella estaba participando en una procesión sagrada.

A mí, por el contrario, no me impresionó. Para mí no había nada destacable en Cluny Hill. No había sido más que una simple excursión. Algún día me gustaría

regresar a Cluny Hill para ver, espero, lo que me perdí. Después de todo, la experiencia de cualquier lugar sagrado depende de la interacción entre el lugar y la mente del visitante. Sospecho que mientras encabezaba la subida siguiendo el abrupto sendero entre los árboles era más una pequeña exploradora que una peregrina. Por otra parte, todavía me sentía invadida por las experiencias de Pluscarden y Clava Cairns.

Iona

Salimos de Findhorn e iniciamos el trayecto hacia el norte de Escocia para llegar a lona. Pasamos por el lago Ness y nos dirigimos rumbo a la costa oeste. En Oban tomamos un ferry hasta la isla de Mull. A continuación atravesamos la isla en automóvil para tomar otra embarcación, únicamente para pasajeros, que nos llevó a lona. Para llegar a la pequeña isla de lona es necesario realizar un considerable esfuerzo de organización porque el viajero depende de los horarios de las embarcaciones. Por todas las dificultades que deben superarse para llegar a lona, este trayecto ha sido un camino mítico para los peregrinos desde hace siglos. Los escoceses suelen decir: «Cuando Edimburgo era una roca y Oxford un pantano, lona era famosa».

Iona es una de la islas más pequeñas del archipiélago de las Hébridas, situado frente a la costa oeste de Escocia. Se trata de una isla de poco más de cinco kilómetros y medio de longitud donde reina la calma. Al igual que en Glastonbury, se considera que en lona el velo que separa el mundo terrenal del divino es más fino. Es una isla formada por antiguas rocas, geológicamente diferente de sus vecinas, y de allí proviene el mármol de lona, un mármol blanco de gran belleza surcado por vetas de color verde pálido.

Se ha dicho de lona que es la cuna del cristianismo, porque desde allí se expandió la fe cristiana —como cristianismo celta— hacia Escocia, el norte de Inglaterra y el norte de Europa en el siglo vi. Su monasterio era un famoso centro de arte y cultura. Se cree que en este monasterio se creó un famoso manuscrito que se convirtió en el *Libro de Kells.* El cristianismo celta recibió la influencia de las principales corrientes del cristianismo durante siglos, y en el siglo XIII los benedictinos construyeron una hermosa abadía en lona. Ya en el siglo XX, la iglesia protestante de Escocia restauró esta abadía y actualmente es la sede de la Comunidad de lona, una comunidad ecuménica cristiana.

Desembarcamos en una tranquila playa. El cielo y el mar, los edificios de piedra y las colinas sembradas de piedras, los robustos habitantes y la robusta vida vegetal conviven en un clima imprevisible que puede ser muy agradable o muy cruel. Aunque estábamos a finales de mayo, tuvimos que abrigarnos. Durante nuestra estancia en lona seguimos el ritmo impuesto por la Madre Naturaleza y los servicios de la abadía. Nos hospedamos en un pequeño y acogedor hotel, cada una en una habitación que, por su sencillez y tamaño, podría haber sido la celda de un monasterio.

Era un lugar perfecto para el descanso y la reflexión. Mis sueños experimentaron un aumento en su actividad mientras permanecimos allí. En el altar mayor de Glastonbury había participado en un ritual personal en el que traje

a mi mente y mi corazón a cinco personas importantes para mí y les pedí perdón. Ahora mis sueños seguían el espíritu de ese ritual. En uno de ellos, mi marido aceptaba nuestra separación. Yo sólo sentí tristeza y compasión; el proceso de sanación estaba surtiendo efecto.

Iona era un lugar de peregrinación que invitaba a la reflexión interior. Allí volví a experimentar de nuevo lo que se había iniciado en Glastonbury como la «experiencia *vesica piséis*», cuando noté la presencia de Dios Padre y la Madre Diosa y me sentí como un cáliz en que donde ambos convergían y llegaban hasta mi corazón. Ahora, en lona, encontré un símbolo que unía al Padre y la Madre. En la abadía hay una alta cruz celta que debe de tener unos nueve mil años de antigüedad como mínimo. En la intersección de los dos brazos de la cruz hay un anillo, que es un símbolo de la Diosa. A diferencia del cristianismo romano y el protestante, el cristianismo celta conservó la fe en el carácter sagrado del mundo físico; en lugar de eliminar a la Diosa, se la incorporó y se mantuvo la fe en sus raíces místicas y paganas.

Las cruces celtas, la abadía restaurada y la capilla de piedra, donde leí el poema de T. S. Eliot «Burnt Norton», perteneciente a su obra *Four Quartets,* constituyen unos testimonios físicos de la historia y la tradición que proporcionan un carácter sagrado al lugar. Iona también es famosa por ser una fuente de misticismo, y por ello se dice que es un lugar donde el velo es más fino. El velo es una barrera entre este mundo y el otro mundo; la mística es capaz de atravesar ese velo.

La mujer que habita en el corazón de las mujeres

Iona está íntimamente vinculada a los escritos místicos de Fiona MacLeod. Elinore nos llevó a una pequeña librería de lona y nos habló de Fiona MacLeod. Cuando había visitado lona por primera vez unos años atrás, Elinore encontró varios libros de esta autora. MacLeod era la personalidad femenina que vivía en el cuerpo de un hombre llamado William Sharp (1855-1905). Psicológicamente, podríamos definir a Fiona como el ánima de William Sharp o especular acerca de la posibilidad de que tuviera una doble personalidad o fuera un chamán andrógino; Fiona, como los *devas* de Findhorn, es una fuente de sabiduría e información perteneciente al otro mundo.

Meses después, Elinore me escribió una larga carta donde expresaba sus pensamientos e incluía fragmentos de la obra de Fiona MacLeod, escogidos entre siete de sus libros. Elinore escribió lo siguiente acerca del resurgimiento de la cultura celta:

> Creo que la mitología celta es un manantial viviente de formas de pensamiento y símbolos que forman parte de las raíces de lo que podríamos llamar espiritualidad femenina. La Mujer de múltiples facetas fue profusamente adorada durante las épocas gaélicas. Ha llegado el momento de volver a colocar a la Mujer en su pedestal, y no hay manera más bella de hacerlo que la celta... la Triple Diosa Celta: Brigit-Bride-Brighid (variantes de Brígida en inglés). La anciana mujer que está agotada, ha perdido su belleza y ya no puede cantar. El dolor, y sin embargo la renovación y la redención. En todas sus fases, es Mujer en gloria y sabiduría.

Las leyendas celtas están impregnadas de una dulzura y una belleza que ensalza todo lo relacionado con la música, la poesía y el corazón... Conmueve los aspectos más profundos y misteriosos del alma humana, nuestras partes más vulnerables y delicadas.

El resurgimiento de la espiritualidad femenina nos habla de la Madre, la Madre de la Música y la Belleza. Nos habla de la Dama del Mar... Nos habla de la Mujer que está en el corazón de todas las mujeres.

Fiona MacLeod: «Con frecuencia pienso en Mary Macarthur y su sueño en el que aparecía santa Brígida y la anciana Brígida del Oeste, Madre de la Música y las Canciones: la que respira en los instrumentos, en el viento, en los corazones de las mujeres y las mentes de los poetas. Porque yo también tengo mi sueño, el recuerdo de alguien a quien de niño llamaba Ojos de Estrella y más tarde llamé Banmo- rair-na-Mara, la Dama del Mar, y quien finalmente supe que no era otra que la Mujer que habita en el corazón de las mujeres».

La visión de Fiona MacLeod: «Creo que se acerca un importante y profundo cambio espiritual. Creo que el Espíritu Divino ha concebido una nueva redención en el corazón humano, que es como una mujer, nacida de los sueños y apoyada por la fe, paciente, capaz de soportar el sufrimiento y siempre pendiente de su hogar. Creo que si bien queda un largo camino para llegar al Reino de la Paz, cada vez está más cerca; y Quien nos salvará de nuevo vendrá en la forma divina de una Mujer, aunque nadie puede saber todavía si su llegada se producirá mediante un nacimiento mortal o la infusión de un aliento inmortal en nuestras almas.

A veces sueño con la antigua profecía de que Cristo regresará a la Tierra en lona, y la más reciente profecía que asegura la llegada de una nueva Presencia y Poder —como la Esposa de Cristo, la Hija de Dios o el Espíritu Divino encamado mediante un nacimiento mortal—, y sueño que esto podría producirse en lona para que la pequeña isla gaélica pudiera ser como la pequeña aldea siriana de Belén. Pero más sabio es soñar no con la santificada tierra, sino con los santificados jardines del alma, donde Ella aparecerá blanca y radiante; o que, en las colinas donde vagamos, la Pastora nos llamará para que regresemos a casa».

En este fragmento de la obra de Fiona MacLeod se encuentran dos imágenes que atrajeron especialmente mi atención: «la Mujer que habita en el corazón de las mujeres» y «la Pastora que nos llamará para que regresemos a casa». Ambas me resultan familiares; he sentido su presencia, y también reconozco que son imágenes arquetípicas de feminidad y la divinidad femenina que está resurgiendo en la consciencia de la humanidad, principalmente a través de las mujeres. Esta Diosa está esperando que la recordemos. Es la divinidad que ya estaba en Chartres miles de años antes de que se construyera la catedral. Está en Clava Cairns y en la Torre de Glastonbury. Es la Diosa que Morgana comprendió que seguiría viviendo en las capillas dedicadas a María en *Las nieblas de Avalon,* cuya energía yo sentí en la abadía de Pluscarden. Es la divinidad del corazón de las leyendas celtas y el aspecto femenino de Dios que descubro una y otra vez a lo largo de esta peregrinación.

Cada vez que experimenté a través de mi cuerpo el carácter sagrado de un lugar, como me ocurrió por primera vez en la Catedral de Chartres, fue una experiencia que noté literalmente con el corazón. Podría decir que lo que despertó en mí era «la Mujer del corazón de las mujeres». Ahora comprendo el poder entre líneas de la pieza de teatro de Ntozake Shange *para las chicas de colores que han*

considerado la posibilidad de suicidarse cuando el arco iris pierde sus colores: «Encontré a dios en mí y La amé, la amé con pasión».

Nos marchamos de lona una maravillosa mañana, agradecidas por la serenidad que impregna el lugar y que nos alimentó con su intemporalidad, por la invitación de simplemente ser, sin tener que ir a ningún lugar o tener que hacer nada. lona fue una isla en el tiempo y una pausa antes de llegar al final de la peregrinación. En plena transición de la mediana edad traumática y no superada, esta etapa de la peregrinación fue profundamente reconfortante.

Todos necesitamos tiempo fuera de nuestra vida cotidiana y, con frecuencia, dirigida por los demás, y no sólo en los momentos de transición de la vida, cuando es más que necesario, sino siempre. Pienso metafóricamente en lo mucho que necesitamos momentos «diastólicos», porque es durante la diástole que el corazón se relaja y se llena. Durante la sístole, el corazón se contrae y envía una poderosa corriente de sangre necesaria para la vida. Para que el cuerpo funcione correctamente y proporcione alimento a todo el cuerpo, debe relajarse y llenarse. Y nosotros también.

El Grial como identificador de la verdad

De lona nos llevamos algunos guijarros de la playa. Los de mármol de lona eran suaves como la piel de un bebé y tan delicados y encantadores como el espíritu de la isla; tenían algo de femenino. Los demás recuerdos que nos llevamos de la isla procedían de la tienda de la abadía y un pequeño comercio cercano al muelle. Freya había comprado un cáliz de cristal, que llevó cuidadosamente dentro de su caja hasta el ferry y colocó en un lugar que pensó sería seguro, pero cuando alguien movió nuestro equipaje, el cáliz se rompió. Aquel incidente afectó mucho a Freya, quien se preguntaba si tendría algún significado. Más tarde lo tiró al mar, durante el trayecto más largo entre Mull y Oban y cuando ya estábamos cerca de la costa y del castillo de Bamburgh, lugar que para ella tenía un significado simbólico. Freya también había comprado tazas para cada una de nosotras, que tenían los colores del mármol de lona: blanco con vetas verde claro. Más tarde, su taza se rompió en pedazos. Conociendo la relación simbólica entre un cáliz o una copa y el útero y ya preocupada por la anterior rotura del cáliz, de nuevo Freya se angustió pensando qué significado podían tener aquellos incidentes.

Ella los relacionó con su histerectomía. Pensó que podía existir una significativa coincidencia entre el desarrollo de un cáncer en su útero y lo que estaba haciendo con su vida, y aceptó que debía realizar importantes cambios. Tanto para ella como para mí, la peregrinación era una oportunidad para llevar a cabo un trabajo interior a modo de preparación para lo que siguiente que pudiera ocurrir en nuestras vidas. Si Freya hubiera soñado en dos ocasiones con copas rotas, no cabría duda de que tenían un significado simbólico. Por este motivo tenía una sensación similar tras los incidentes del cáliz y la taza rotos.

Incluso antes de iniciar la peregrinación, Freya había tomado consciencia de la necesidad de estar más en contacto con sus energías femeninas. Es una persona de aspecto muy femenino (mucha gente comenta que se parece a Ginebra) y maternal, pero ella afirmaba que había vivido demasiado encerrada en su mente y

su intelecto y que había pasado la mayor parte de su tiempo con hombres: trabajando en compañía de hombres, teniendo a hombres entre sus mejores amigos, estando casada hasta hacía poco y teniendo dos hijos y ninguna hija. Esta peregrinación le hizo darse cuenta —a ella y a todas nosotras— de la espiritualidad y el apoyo mutuo que proporciona la amistad entre mujeres.

Siendo la persona positiva que siempre ha sido y sigue siendo, Freya comprobó cómo su mente, el razonamiento intelectual y la capacidad de ver el aspecto positivo de todas las cosas eran capaces de hacerle ignorar lo que sus sentimientos y su cuerpo intentaban expresar. Se preguntaba si el hecho de ignorar o reprimir sus sentimientos la había llevado a soportar situaciones negativas y si estas situaciones habían favorecido el desarrollo del cáncer. Los efectos de este tipo de pensamientos son imprevisibles. Es posible que esta forma de pensar impulse la realización de importantes cambios que pueden ser muy positivos para el individuo, pero también es posible que fomenten la aparición de un destructivo sentimiento de culpabilidad y victimismo.

Yo estaba convencida de que Freya tenía la intención de hacer cualquier cosa que fuera necesaria para conseguir una vida rica y plena. Ella *sabía* que negar sus sentimientos contribuía al desarrollo de su enfermedad y que necesitaba saber lo que sentía para poder actuar en consecuencia. Tanto ella como yo habíamos hecho lo mismo con nuestros sentimientos: los habíamos ignorado. Comprendí que lo que siempre había considerado como un instinto altruista no era nada noble sino que, al contrario, al negar mis sentimientos estaba fomentando mi dependencia de los demás y me mentía a mí misma. Sorprendentemente, existe una relación mitológica entre un Grial y las mentiras. En la mitología celta, al Grial se le atribuía la capacidad de discernir la verdad. En *La leyenda del Grial,* Emma Jung y Marie-Louise von Franz escriben:

> Esta copa o cáliz de cristal tenía la particularidad de que, cuando alguien pronunciaba tres palabras que eran mentira, se dividía en tres partes... y cuando alguien pronunciaba tres palabras verdaderas, las piezas volvían a unirse.
>
> Mediante la desintegración, la copa señalaba que se estaba diciendo una mentira, y mediante la reunificación indicaba que se decía la verdad... aquel que miente se engaña a sí mismo y al hacerlo se desintegra, mientras que aquel que dice la verdad «sana» su alma y favorece su consecución de la plenitud.

Pienso en las mentiras que se producen a nivel emocional o corporal en forma de negación o represión de la verdad de los sentimientos, cosa que hacemos inconscientemente para mantener una buena relación con personas que nos importan, o porque lo que sentimos es inaceptable para nosotros o para los demás. Con demasiada frecuencia ni siquiera nos damos cuenta de que no somos sinceros con nosotros mismos; no sabemos que estamos mintiendo.

Por ejemplo, tras separarme de mi marido, yo mentía cuando decía que estaba bien. Parecía cierto, incluso yo me lo creía. Sin embargo mi cuerpo era víctima de una gran tensión y miedo, y como mi cuerpo parecía ser consciente de unos sentimientos que el resto de mí ignoraba, empecé a practicar ejercicios

corporales para tomar consciencia de estos sentimientos.

Una tarde, mientras estaba tumbada para practicar estos ejercicios, tuve una revelación acerca de la relación entre los sentimientos y el cuerpo y cómo podía fomentarse el desarrollo de una enfermedad. Me di cuenta de que sistemáticamente colocaba el brazo izquierdo en una posición concreta como si quisiera proteger mi corazón, con el puño cerrado como si sujetara un escudo. Había pasado otra semana difícil y, como de costumbre, sólo veía la capa superficial de las cosas. Sin embargo, mientras estaba tumbada, no sólo me di cuenta de cómo colocaba el brazo, sino también de que si extendía el brazo como un ala, podría liberar mi dolor. En aquel momento también supe que necesitaba ayuda para conseguirlo. Tenía que realizar un gran esfuerzo para abrirme, porque una parte de mí se empeñaba en mantener mis sentimientos ocultos, en mantener el brazo y el puño en la misma posición protectora. Le pregunté a mi terapeuta si podía levantar mi brazo y separarlo de mi pecho. Cuando lo hizo, las lágrimas acudieron a mis ojos.

Mientras luchaba por abrirme y exteriorizar mi dolor, pensé en el relativamente común trastorno que se conoce con el nombre de síndrome del hombro congelado. Se trata de una enfermedad muy dolorosa padecida sobre todo por mujeres de mediana edad. Suele durar un año y después desaparece tan inexplicablemente como apareció. Si el paciente no se somete a terapia física, la atrofia muscular puede complicar la enfermedad. Creo que yo estuve a punto de padecer ese trastorno. El dolor que me negaba a experimentar se habría manifestado en forma de dolor físico.

Me mentí a mí misma diciéndome que no estaba traumatizada, porque comprendí por qué la gente que me quería se comportaba conmigo como lo hacía. Si hubiera seguido ignorando mis sentimientos, creo que bien podrían haberse traducido en una enfermedad física. Creo que ésta es la mentira que causa la desintegración del Grial y que es muy común.

La sanación y la reintegración de la psique van íntimamente ligadas al hecho de decir la verdad, pero a menudo se requiere un esfuerzo para descubrir esta verdad. Es necesario que establezcamos contacto con lo que realmente sentimos y afrontemos el hecho de que un aspecto de nuestras vidas nos causa dolor. El Perceval que hay en nosotros debe preguntar: «¿Qué os aflige?» Cuando lo sepamos, necesitaremos hacer algunos cambios para poder ser sinceros, que es sinónimo de estar curado.

El cuerpo también es capaz de discernir la verdad, aunque esto no ocurre igual en todas las personas. Cuando reprimimos los sentimientos, recuerdos y percepciones, perdemos nuestra integridad y nos convertimos en seres divididos, como el Grial, en diferentes partes. Cuando ocurre esto a nivel mental, se produce una disociación; la mente se divide en pedazos y determinada información, que no tenemos o no podemos tener en cuenta, queda fuera de nuestra consciencia. A nivel físico, se producen cambios fisiológicos o aparecen enfermedades. La angustia o el malestar que nos negamos a aceptar nos causa un intenso dolor. Cuando ya resulta imposible vivir con estas divisiones, la copa que es la mente, el corazón, el alma o el cuerpo puede «romperse».



14. Isla sagrada: la Madre Tierra

El último destino de la peregrinación era Lindisfarne o la Isla Sagrada, que está situada frente a la costa este del norte de Inglaterra. (De camino hicimos una breve parada para visitar la capilla de Rosslyn, situada en las afueras de Edimburgo.) Creo que sólo lo visitamos porque es histórico y nos venía de camino; ni siquiera era lo suficientemente significativo como para considerarlo parte de la peregrinación. Más tarde, al leer The Holy Grail *(El Santo Grial)* de Norma Lorre Goodrich, descubrí que una de las columnas de la capilla supuestamente contiene el Santo Grial, y que los templarios iniciados siguen siendo investidos caballeros allí siguiendo la tradición de una antigua y sagrada orden del Grial. Esto me recordó que el misterioso Grial —como experiencia de la Diosa— se oculta en lugares y personas; es una presencia conocida y valorada por los iniciados, pero pasada por alto e ignorada por cualquier otra persona.

Como en el caso del Mont-Saint-Michel, la isla sagrada más famosa de Europa, sólo puede llegarse a Lindisfarne cuando la marea está baja. En nuestro último día de peregrinación, dejamos en manos de las sincronicidades la posibilidad de llegar hasta la isla, puesto que desconocíamos los movimientos de la marea. Con la gracia que nos acompañó a lo largo de todo el viaje, llegamos justo cuando la marea estaba subiendo y todavía se podía circular por la carretera que conduce a la isla.

Nos detuvimos en un hostal a la hora de la cena. No disponían de habitaciones pero descubrimos que podíamos alojamos en Manor House, un pequeño hotel situado junto a las minas de la abadía de Lindisfarne. Realmente la suerte nos acompañó, puesto que habíamos conducido hasta la isla mientras la creciente marea prácticamente alcanzaba los neumáticos del automóvil. Un grupo de gente entró en la posada y oyó nuestras risas, y entonces uno de ellos exclamó: «¡Esa es la risa de Jean Bolen !» Entraron en el comedor para comprobarlo y, en efecto, mi amiga Barbara Cook estaba en lo cierto. Barbara había creado la asociación Friends of Jung of Greater Kansas City y dirigía un recién creado grupo centrado en el camino de la individuación. Al verla pensé de nuevo en la red de luz y en lo pequeño que es el mundo. Y como ella pertenece al mundo de los temas relacionados con Jung, el hecho de encontrarla fue como un símbolo de unión para mí, relacionando la experiencia de la peregrinación con el objetivo de la individuación.

Cuando se sigue el camino de la individuación, se utilizan varios términos

jungianos para expresar en qué punto del viaje se encuentra el individuo: circunvalar el Yo; buscar la plenitud para integrar las sombras; desarrollar funciones psicológicas menos conscientes o poco desarrolladas (pensamientos, sensaciones, intuiciones, percepciones), actitudes (introversión, extroversión) o cualidades, masculinas y femeninas (anima o animus); convertimos en quienes realmente somos para que el mundo interior y la expresión exterior estén en armonía. Peregrinación, en términos jungianos, es la expresión y el esfuerzo de circunvalar el Yo, de «despertar la divinidad» dando vida al Yo que existe en nuestro interior. Tanto si nos referimos a esa parte de nosotros que busca la peregrinación como alma o esa parte que busca la individuación como psique, el significado es el mismo y el objetivo es la sanación, la plenitud y la transformación. El inesperado encuentro con Barbara en Lindisfarne reafirmó esa igualdad.

Lindisfarne

Lindisfarne se fundó en el año 635 d.C., cuando san Aidan llegó de lona poco después de la reunificación de la región británica de Northumbria. Eligiendo la isla como sede de su monasterio, creó un centro de cristianismo celta que perduró durante casi 250 años. Los misioneros procedentes de Lindisfarne recorrieron toda Gran Bretaña e incluso viajaron hasta Holanda. Los Evangelios de Lindisfarne, un manuscrito tan bello como el famoso Libro de Kells, se conserva en el Museo Británico de Londres como uno de los mejores ejemplares del arte celta.

Este centro espiritual fue atacado y saqueado por los vikingos por primera vez en el año 793 d.C. La comunidad desapareció por completo cuando los últimos monjes que quedaban la abandonaron en el año 875. La isla permaneció deshabitada durante más de dos siglos. En 1082, los benedictinos se instalaron de nuevo en ella y la rebautizaron con el nombre de Isla Sagrada.

Lindisfarne o Isla Sagrada era otro lugar donde convergían corrientes de energía telúricas. Fue el último lugar sagrado que visitamos en nuestra peregrinación.

Nos quedamos a pasar la noche, puesto que la marea nos impedía abandonar la isla. A la mañana siguiente, visitamos las minas del monasterio, donde leí «East Corker», el segundo de los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot, que explora la relación entre el tiempo, los cambios y la constancia. Sus imágenes se referían a la vida que ahora yace enterrada bajo un espacio abierto, la danza que es la vida y la necesidad del alma de esperar.

> Le dije a mi alma guarda silencio y espera sin esperanza Porque la esperanza sería esperanza de lo equivocado; espera sin amor
> Porque el amor sería amor por lo equivocado; sin embargo hay fe
> Pero la fe y el amor y la esperanza están en la espera.

Poéticamente era muy apropiado por el lugar en que estábamos: en la Isla Sagrada, aislados sin poder salir de ella, físicamente incapaces de abandonarla hasta que las mareas cambiasen. Hasta entonces, no teníamos más remedio que esperar. Pensé que la peregrinación en sí había sido una isla sagrada de tiempo en medio de un importante período de transición. En este período de mi vida, estaba

aprendiendo que no podía controlar lo que iba a suceder a continuación. De hecho, probablemente ni siquiera podía imaginarlo —y qué mejor ejemplo que el inesperado regalo de aquella peregrinación.

Diosa y Gnosis

Al finalizar la peregrinación, repasé los lugares y las personas que había conocido y supe que aquella experiencia había sido un gran regalo cuyo significado completo tal vez sólo percibiría con el paso del tiempo. La fundación Tiger Trust y la sabia mano de Elinore Detiger habían hecho posible la peregrinación; las sincronicidades y la Madre Naturaleza la habían bendecido. Cuando expresé mi agradecimiento a Elinore, nos enfrascamos en una discusión en la que he pensado mucho desde entonces. Elinore dijo que yo no debía pensar que aquella peregrinación era algo que ella no me había dado personalmente y que no estaba en deuda con ella, a pesar de que me hubiera guiado y acompañado durante el viaje y más tarde me acompañara a otros lugares de peregrinación en Grecia, India e Irlanda. Hizo lo que hizo no por mí personalmente ni para que se lo agradeciera, sino porque era lo que debía hacer. Estaba llevando a cabo lo que ella consideraba su misión.

Yo creo que se nos ofrecen muchas «misiones» y que tenemos la libertad de aceptarlas o rechazarlas. El alma debe tomar la decisión. Por ejemplo, una de mis misiones consistió en hablar en nombre de un grupo de mujeres que habían sido víctimas de abusos sexuales durante las sesiones de terapia con un eminente psiquiatra. Todos sus colegas de profesión ignoraban que el psiquiatra mantuviera relaciones sexuales con muchas de sus pacientes mujeres, al igual que el incesto se ignora en las familias desestructuradas. A pesar de que estos abusos se producían desde hacía años, yo no tuve conocimiento de ellos hasta que en un corto período de tiempo fui la depositaría de una serie de revelaciones. Una mujer que participaba en un seminario que yo había organizado en el centro médico habló del daño que le había hecho aquel hombre: la acosó sexualmente en su consulta cuando ella se había sometido a una regresión y se había convertido en una niña pequeña que confió en él como si fuera su padre; uno de mis pacientes me habló de una mujer, a quien le unía una relación profesional, que había mantenido relaciones sexuales con el mismo psiquiatra y las consecuencias derivadas de esa relación; un colega que tiene consulta en el mismo edificio que yo me comentó su preocupación por una paciente a quien estaba tratando quien había mantenido relaciones sexuales con un psiquiatra durante las sesiones de terapia y, desde entonces, estaba obsesionada y se veía incapaz de seguir viviendo. Cuando compartí los comentarios que había oído con otro colega, me respondió diciendo que la relación entre una mujer atractiva y su psiquiatra no era nada nuevo. Ahora aquello tampoco era nuevo para mí. Pensé que el hecho de que me hubieran llegado todas aquellas historias acerca del mismo hombre era como una serie de sincronicidades. Debía tomar una decisión: hacer algo o no hacer nada.

La decisión de qué hacer viene dada por nuestras respuestas internas a los acontecimientos externos. En nuestro interior somos como un comité ejecutivo o consejo de dirección, una reunión de arquetipos y aspectos, a menudo con agendas

y tumos de palabra conflictivos; el camino que decidamos tomar dependerá de a quién escuchemos. Yo hice caso de «el silencio es consentimiento» y «lo único que el mal necesita para triunfar es que las buenas mujeres no hagan nada», y acepté la misión. Yo creo que todos sabemos lo que el alma nos pide que hagamos, y podemos aceptarlo o rechazarlo. Las decisiones espirituales nos conducen hacia el fuego o hacia la nada; ponen nuestro valor a prueba y nos hacen ver qué tipo de mujeres somos, parafraseando lo que le dijeron a Psiqué cuando asumió las cuatro misiones en el mito de Eros y Psiqué.

Una misión puede consistir en actuar en base a una información que nos llega desde el exterior, como en el ejemplo que acabo de describir; también puede consistir en actuar en base a una impresión o intuición interior que nos indica qué debemos hacer; muchas de la misiones de la señora Detiger, de las cuales yo era una, pertenecían a este segundo grupo. También es posible que sea una misión inevitable, y entonces lo único que debemos decidir es cómo reaccionaremos. Pequeñas o grandes, las misiones modelan nuestra alma, nos permiten aprender, y tal vez son el motivo de nuestra presencia aquí.

La misión de Elinore Detiger consistía en invitarme a participar en esta peregrinación. Las sincronicidades me hicieron ver que sería un viaje muy importante. Al finalizar la peregrinación, me di cuenta de que había vivido intensas experiencias místicas cada vez que abrí mi corazón y sentí la presencia de la Diosa, experiencias que habían hecho posible que me convirtiera en un recipiente de la energía que la Tierra transmite a los peregrinos en los lugares sagrados. Sin estas experiencias habría sido una turista o una investigadora, pero no una peregrina.

Tengo la sensación de que la Diosa —«la Mujer que habita en el corazón de las mujeres»— se está manifestando de nuevo entre nosotros. Aparece en nuestros sueños como una misteriosa y maravillosa figura, en ocasiones en forma de una mujer oscura mayor que la vida, o también en forma de diosa o de guía. «La Mujer que habita en el corazón de las mujeres» es una figura interior. Es la sabiduría y el conocimiento femeninos que provienen del corazón, una forma de conocimiento que se devaluó con el patriarcado, que impuso la obediencia a una autoridad externa para reemplazar este conocimiento interior. En la mitología griega era Metis, la Diosa de la Sabiduría, a quien Zeus engañó para que se volviera pequeña y devoró cuando estaba embarazada de Atenea. Era Sofía, a quien los padres de la iglesia desterraron con las herejías gnósticas. Y también era la Shenikah, el olvidado aspecto femenino de Dios en el judaísmo.

La sabiduría femenina es una forma de conocimiento gnóstica. Elaine Pagels, en The Gnostic Gospels (Los evangelios gnósticos), dice lo siguiente de los gnósticos:

> Ahora estos cristianos se llaman gnósticos, del término griego *gnosis,* que suele traducirse por «conocimiento». Pero *gnosis* no es el conocimiento racional. La lengua griega hace una distinción entre el conocimiento científico («Sabe matemáticas») y el conocimiento obtenido a partir de la observación o la experiencia («Me conoce»), que es el correspondiente al término *gnosis.* En base al uso que los gnósticos hacen del término, podríamos traducirlo por «intuición», puesto que se presupone la existencia de un

proceso intuitivo para conocerse a uno mismo. Y conocerse a uno mismo, afirmaban, es conocer la naturaleza y el destino de los humanos... conocerse a uno mismo en profundidad también es conocer a Dios; éste es el secreto de la *gnosis*.

Los evangelios gnósticos, conocidos también como los Libros de Nag Hammadi, fueron descubiertos y traducidos a mediados del siglo XX, lo cual significa que sólo salieron a la luz cuando existía una ciencia y unos expertos capaces de conservarlos y traducirlos. Además, el hecho de que el movimiento femenino estuviera ya presente en la sociedad implica que existían mujeres expertas capaces de estudiarlos y trabajar en ellos y, por consiguiente, se había producido un cambio en la consciencia colectiva que al menos permitía una receptividad parcial al resurgimiento de Sofía o la sabiduría femenina tras la represión de los antiguos padres de la iglesia.

La Tierra es nuestra Madre

Las fotografías de la Tierra tomadas desde el espacio exterior pueden ser las imágenes más significativas de la evolución de la consciencia humana en el siglo XX; fue un regalo de Apolo —las misiones espaciales Apolo de la NASA. Los astronautas de la nave Apolo vieron la Tierra desde el espacio exterior por primera vez. Y, gracias a ellos, todos pudimos ver la Tierra como una isla sagrada situada en medio de un océano de oscuridad, un globo de color azul iluminado por el sol con remolinos de nubes y tímidos continentes. Esta imagen de la Tierra hizo entrar a la humanidad en una era planetaria, puesto que tomamos consciencia de que compartimos el mismo destino que la Tierra, que posee recursos limitados.

Russell Schweickart y Edgar Mitchell fueron dos de los astronautas que viajaron en la nave Apolo, y ambos han hablado públicamente de las transformaciones espirituales que experimentaron al observar la Tierra desde el espacio exterior. Schweickart dispuso de cinco minutos no previstos en el espacio exterior cuando la cámara que llevaba se estropeó; mientras esperaba que la arreglaran o la reemplazaran, se aferró a los peldaños de la escalera y se dio la vuelta para mirar la Tierra. En aquellos momentos estaba poniendo a prueba un nuevo sistema de supervivencia, de modo que fue el primer astronauta que permaneció fuera de la nave sin un cordón umbilical.

Schweickart tiene alma de poeta, como puede deducirse de sus palabras:

En aquellos momentos, me hallaba en posición de representar a todas las personas que estaban en la superficie de la Tierra. Tenía la obligación de absorber la experiencia de contemplar la Tierra desde el espacio exterior. Pero no intenté analizar la experiencia, simplemente traté de abrirme al máximo... desde entonces he pasado mucho tiempo integrando la experiencia de aquellos cinco minutos al resto de mi vida e intentando analizar qué significa realmente para todos nosotros.

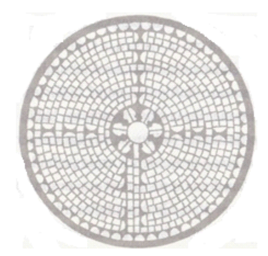
Si no nos distanciamos un poco de la Madre, no podemos verla. Para un bebé, la madre es alimento, calor, bienestar: es el entorno. El niño y el adolescente son capaces de percibir a la madre mejor que el bebé, pero no mucho, porque sigue siendo inseparable del entorno maternal que proporciona. Lo mismo puede

aplicarse a los adultos que siguen viendo a su madre y relacionándose con ella desde las partes infantiles de su mente. ¿En qué momento vemos el rostro de nuestra madre y nos damos cuenta de que ella es la única persona que nos dio la vida, nos ama, es hermosa ante nuestros ojos y vulnerable, y comprobamos que el tiempo y el esfuerzo la han afectado y tal vez algún día necesitará que nosotros cuidemos de ella?

La humanidad no pudo tener una experiencia similar de la Madre Tierra hasta que fuimos capaces de aventuramos a salir al espacio exterior y ver la Tierra desde lejos. La imagen del hermoso planeta blanco y azul, brillante en contraste con la oscuridad del espacio, es una visión fascinante. Es bella y vulnerable, y la única Madre Tierra que tenemos.

En fotografía, la Tierra también tiene la forma de un mandala, un círculo dentro de un cuadrado, el símbolo de lo que Jung llamó el Yo, una imagen de plenitud, un arquetipo de significado. El Yo es cualquier cosa que experimentamos que es más grande que nuestro propio ser y nos permite saber que nuestra existencia tiene sentido. El círculo es un símbolo femenino que ya representaba a la Gran Madre antes de que la humanidad supiera que la Tierra es redonda. La Tierra es la Gran Diosa Madre: nos da la vida, nos alimenta, nos mantiene cerca de su cuerpo con la gravedad y, al morir, regresamos a ella.

La Diosa hace que el cuerpo y la vida sean sagrados y nos conecta con la divinidad que impregna toda la materia; su órgano simbólico es el útero. Podemos conocerla gnósticamente mediante la divina hija o Doncella del Grial, la portadora de la consciencia de la divinidad femenina, «la Mujer que habita en el corazón de las mujeres». Su órgano de conocimiento es el corazón. Tanto el útero como el corazón son recipientes donde se crea vida. Ambos son copas de sangre que se llenan y se vacían. Uno permite la creación de la vida y el otro la mantiene.



15. Descenso a la Tierra: el regreso

Llega un momento en que el peregrino debe regresar de su peregrinación, el astronauta debe volver a entrar en la atmósfera terrestre y aterrizar, el mitológico Apolo debe abandonar a los Hiperbóreos y regresar a Delfos y la búsqueda de Perceval debe finalizar.

Cuando regresé a California y fui al supermercado para hacer la compra, ocurrió algo muy curioso. Llegué a la sección de carnes donde siempre solía comprar filetes y mi cuerpo dijo: «No, gracias». Antes de la peregrinación, todas las mañanas tomaba un pequeño filete para desayunar. El champán era otro de los componentes habituales de mi dieta. Desde que descubrí que con el tapón adecuado podía guardarlo varios días sin que perdiera sus burbujas, siempre tenía una botella en el frigorífico. Para mí era un placer saborear una o dos copas de champán después de cenar. Sin embargo, desde el primer día que regresé a casa, el champán ya no me apetecía.

Ni mi mente ni la fuerza de voluntad tenían nada que ver con aquellos cambios dietéticos. Simplemente hice caso a mi cuerpo. Mi mente sólo representaba el papel de espectador. Recordé algo que me habían contado mientras estudiaba: se llevó a cabo un experimento con niños que habían sido criados exclusivamente con leche materna. El experimento consistía en que, cuando ya eran capaces de ingerir alimentos sólidos, se les dejaba elegir qué querían comer. Al parecer los niños elegían instintivamente lo que más necesitaban desde el punto de vista nutricional. ¿Es posible que instintivamente sepamos lo que necesita nuestro cuerpo?

Reflexioné mucho acerca de mi propia reacción instintiva frente al mostrador de carne y frente al frigorífico. ¿Acaso mi apetito había cambiado porque mi cuerpo sabía lo que necesitaba para estar sano? ¿O tal vez mi cuerpo estaba tomando una decisión espiritual instintiva porque yo era consciente de que muchas personas que realizan prácticas espirituales no comen carne ni beben alcohol? No sabía por qué, pero el hecho de ser capaz de sentir lo que mi cuerpo quería ya era una nueva experiencia muy enriquecedora.

Primero el «efecto diapasón» en lugares sagrados y ahora esto. Al regresar de la peregrinación, no sólo mantenía una relación más intensa con la Tierra como Madre, sino que también descubrí que había iniciado una relación diferente con mi propia «tierra»: mi cuerpo. Al prestar atención a las reacciones de mi cuerpo y

confiar en él para saber lo que mi mente no podía conocer, había abierto un nuevo camino para conocerme a mí misma y saber lo que me importaba. Al igual que los términos «materia» y «madre» son derivados de la misma raíz etimológica, la tierra y el cuerpo pertenecen al mismo reino maternal.

Decisiones instintivas

Con mi tendencia al misticismo y mi afinidad por el mundo arquetípico, el hecho de prestar atención a lo que como parece bastante terrenal y trivial —sin embargo, cuanto más pienso en ello, más maravilloso me parece. Estaba aprendiendo a diferenciar lo que es bueno para mí de lo que no me conviene. Al escuchar la tierra, prestar atención a la sabiduría de mi cuerpo, estaba descubriendo una Madre Tierra oculta en mi subconsciente.

La educada respuesta «no, gracias» a la carne y el alcohol siguió prevaleciendo durante tres años, hasta que un día abrí la abandonada botella de champán que había olvidado en un rincón del frigorífico durante todo este tiempo, descubrí que todavía tenía burbujas y me serví una copa; en otra ocasión, la visión de un plato de carne despertó mi apetito y, con la misma naturalidad con que hasta entonces la había rechazado, dije: «Sí, gracias. Tomaré un poco».

Lo que decidimos ponernos en la boca e introducir en nuestro cuerpo es visible y tangible. A lo largo de la peregrinación, visité lugares sagrados y absorbí el alimento invisible que noté que estaba allí. Era alimento espiritual, leche materna para alimentar la divinidad del peregrino. La costumbre de permitir que mi cuerpo percibiera la presencia y la necesidad de alimento en estos lugares sagrados se trasladó también a mi vida cotidiana a la hora de elegir qué alimentos comía.

Purificación: eliminar los obstáculos hacia la claridad

Cuando hemos reprimido la parte instintiva de nosotros mismos, la espontaneidad y la receptividad, no resulta nada fácil elegir un buen alimento de ningún tipo. Pienso en Glastonbury, en el ritual que se inició con la purificación en el jardín del Pozo del Cáliz. Recuerdo aquella experiencia como un poderoso ritual y la expresión de algo en lo que, inconscientemente, ya estaba participando. La «purificación» exige que eliminemos los obstáculos hacia la claridad, que regresemos a nuestro verdadero yo.

Para algunas personas significa someterse a una cura de desintoxicación para liberarse de las adicciones que les perjudican. Para muchos, la claridad se obtiene mediante un compromiso con un proceso psicoterapéutico. Para mí, lo más importante era la soledad que inesperadamente había hallado al mudarme a mi propia casa, donde el espacio donde me dormía y despertaba estaba perfectamente ordenado y todo era estética y simbólicamente agradable, donde mi campo energético o espiritual no se mezclaba con el de nadie más, donde podía estar inmersa en mi propia aura. Creo que este período de soledad constituyó una preparación imprescindible para la peregrinación que me permitió abrirme, vivir el momento y estar receptiva; además de la compañía de mujeres que no exigían nada de mí y con quienes podía ser yo misma. Ninguna de nosotras tenía que ser la madre, la hija o la anciana sabia. Todas éramos presencias bienvenidas; éramos

peregrinas que apreciábamos la compañía de las demás y también respetábamos la necesidad de soledad de cada una.

Sé que es muy importante disponer de tiempo y espacio para estar a solas, estar como en lona, lejos de la tierra firme, lejos de la vida planificada y cronometrada, lejos de las energías, necesidades y proyecciones de los demás. Descubrí que la soledad me permite disfrutar de mi propia compañía y que, cuando estoy sola, sobre todo al amanecer, es como si yo misma fuera una piscina donde emergen todas mis necesidades.

Sólo si prestamos atención a nuestro interior podremos aprender a decir con quién nos sentimos seguros, dónde queremos estar y qué nos importa realmente. El proceso necesario para llegar a conocer la verdad de nuestro interior es nuestra «purificación» particular. La purificación exige voluntad y preparación, la supresión de barreras y obstáculos, hasta que podamos reaccionar con sinceridad frente a los acontecimientos.

Reaccionar con sinceridad frente a los acontecimientos: así es como todos reaccionábamos siendo niños, antes de que nos reprimieran por hacerlo. Reaccionar con sinceridad frente a los acontecimientos, ¡qué difícil nos resulta a los adultos hacer algo que suena tan sencillo! Para hacerlo, *sólo* tenemos que prestar atención a nuestro interior, *sólo* debemos conocer nuestros sentimientos, *sólo* debemos ser capaces de reaccionar con una receptividad inocente, espontánea e instintiva, una reacción corporal y espiritual frente al mundo que nos rodea.

Sólo conseguiremos reaccionar de este modo si somos capaces de actuar en función de lo que percibimos. Para reaccionar con sinceridad frente a los acontecimientos es necesario elegir y tomar decisiones, tener la capacidad de actuar en función de lo que sabemos. Es tan simple como tener la capacidad de aceptar o rechazar la comida que nos ofrecen y tan complejo como nuestras reacciones ante los complejos elementos que configuran nuestras vidas.

El niño que sabe

El niño que instintivamente sabe qué le gusta y quién le ama responde a historias que son reales en el sentido mítico más profundo. Para poder hacer lo mismo, nosotros debemos ser el niño capaz de maravillarse ante la magia, que escucha sin ser crítico y penetra en la historia que para él es real, y a la vez la persona sabia que sabe que la historia es real metafóricamente.

Madeleine L'Engle escribe en su cuento infantil A Ring of Endless Light (El anillo de luz infinita):

«Si no das permiso a la oscuridad, no podrá apoderarse de ti», me reprimió el abuelo.

Pero yo no le había dado permiso. Había llegado tan repentina e inesperadamente como la muerte se había llevado al niño que tenía entre mis brazos.

«Vicky, no te dejes llevar por la oscuridad.»

Yo le oía y no le oía.

«Vicky, debes hacerlo. Debes ser una portadora de luz. Debes elegir la luz.»

«No puedo...», susurré.

«Ya lo has hecho, lo sé por tus poemas. Pero es una elección que ahora debes renovar.»

Recuerdo estar entre el público en la oscuridad de un teatro viendo *Peter Pan* cuando la luz de Campanilla se debilitó y se apagó. Campanilla sólo podría regresar a la vida si todos creíamos; la magia sólo funcionaría si todos lo decíamos en voz alta. Sentí como si todas las personas del público se convirtieran en niños que decían «sí creo» al unísono, y gracias a ello la luz de Campanilla volvió a brillar.

Cuando la luz de una persona se debilita y se sumerge en una inmensa y amenazadora oscuridad, es su alma y no su cuerpo lo que se parece a Campanilla. Es en estos momentos cuando el amor y la fe de otras personas pueden ayudamos, cuando una historia puede cambiar la situación.

Recordemos a Dumbo, el pequeño elefante de Walt Disney de enormes orejas que no pudo volar hasta que un cuervo, que creía que era capaz de hacerlo, le dio una pluma para que la sujetara con su trompa y le aseguró que era mágica. Al pensar que la pluma mágica le permitía volar, Dumbo batió sus orejas y despegó. Eso es lo que necesitaba hacer, lo que era capaz de hacer. Lo que le hacía ser diferente también le hacía ser especial. Como en el caso del patito feo, Dumbo era diferente de los demás porque tenía las orejas muy grandes, y esta diferencia le hacía sentir vergüenza.

Sin la pluma, Dumbo jamás habría sido capaz de despegar, jamás habría conocido el placer de volar. Necesitaba algo para creer que podía ser el especial elefante que era. Esa pluma puede ser un mito o un cuento de hadas, una escena de una película o de una novela que tenga sentido para nuestra alma. También, como saben tantas personas que han escuchado el relato de una experiencia vivida por otra persona, el relato que nos cuentan puede ayudamos en nuestro propio camino. En los grupos de terapia y recuperación que funcionan según el modelo creado por Alcohólicos Anónimos y que existen en todo el mundo, las personas cuentan sus historias a los demás.

En mi experiencia como analista, he aprendido que los niños víctimas de abusos o rechazo pueden soportar su dolor contándose historias a sí mismos. Los niños que padecen abusos suelen pensar que forzosamente han de ser malos para merecer el trato que reciben. Aceptan los abusos verbales como reflejo de su maldad o inutilidad. Con modelos parentales abusivos, es probable que ellos también crezcan para convertirse en adultos abusivos. Sin embargo hay excepciones: el abuso siempre deja huellas emocionales, pero un niño que pueda convencerse a sí mismo de que «esa gente no es mi familia; algún día, cuando sea mayor, encontraré a mi auténtica familia», puede conseguir que ese pensamiento se convierta en realidad. El niño inventa a unos padres imaginarios que son cariñosos y se identifica más con ellos que con sus auténticos padres. Al igual que un prisionero de guerra que no desfallece porque piensa que si resiste o consigue escapar se reunirá de nuevo con sus seres queridos, la imaginación del niño hace que no acepte a unos padres abusivos como propios y espere encontrar un ambiente mejor.

La supervivencia del alma o la inocencia de un niño sometido a unas circunstancias que podrían convertirle en una persona cínica o desesperada

depende de su capacidad de aferrarse a un mito personal y refugiarse en su vida interior. El mundo interior de la imaginación se convierte en un santuario de esperanza, un refugio para los sentimientos y los pensamientos donde germinan las semillas de la personalidad y la creatividad.

Después de vivir cinco mil años en culturas donde no se venera a diosas ni se valora el hecho de dar a luz y criar a los hijos, donde los hombres manifiestan su valor mediante guerras y otros ritos de paso equivalentes, *cualquier mujer, por muy privilegiada que sea, está espiritualmente oprimida.* En las sociedades patriarcales, las mujeres nos distanciamos de nuestro propio cuerpo y de otras mujeres. Lo que nos diferencia de los hombres nos hace sentir inferiores y avergonzadas, como también ocurre con aquello que los hombres no aceptan que hagamos.

Creo que la novela fantástica *El clan del oso cavernario* de Jean Auel se convirtió en un éxito de ventas por los mismos motivos que *Las nieblas de Avalon.* Las mujeres lectoras hallamos una relevancia espiritual en esta historia metafórica y respondimos. En *El clan del oso cavernario,* la acción transcurre en una época de transición en la evolución de la humanidad. La protagonista, Ayla, es rechazada y castigada porque no actúa como se supone que deben actuar las mujeres. La historia de Ayla es la historia que los niños supervivientes se cuentan a sí mismos. Habiendo quedado huérfana siendo muy pequeña, está rodeada de gente que no es su gente. A pesar de los abusos que padece, no pierde su valor ni la capacidad de amar. Al final de la novela, emprende un viaje a solas para hallar a gente que sea como ella. Significativamente, lo que provoca el rechazo de Ayla es lo mismo que provoca el rechazo de las mujeres en las sociedades patriarcales. Los demás se mofan de ella por su expresividad y por manifestar sus sentimientos, por sus risas y sus lágrimas, por su capacidad y deseo de comunicar sus sentimientos, por su curiosidad. Ella observa y razona en lugar de aceptar las explicaciones de las autoridades sobre cómo son las cosas y cómo se hacen, desarrolla habilidades que se consideran exclusivas de los hombres, propone soluciones creativas y tiene miedo de ser castigada o condenada al ostracismo si los demás llegan a descubrir qué está haciendo.

Al leer la rica y metafórica descripción de la Mujer Salvaje en *Women Who Run with the Wolves (Mujeres que corrieron con los lobos),* de Clarissa Pinkola Estés, reconocí que era la Diosa en otra de sus múltiples manifestaciones y nombres. Por ejemplo, Estés dice de la Mujer Salvaje: «Es la fuente de la feminidad. Tiene todo lo que pertenece al mundo del instinto, al mundo visto y al mundo oculto: es la esencia». «Anima a los humanos a conservar su plurilingüismo, a mantener la fluidez en los lenguajes de los sueños, las pasiones y la poesía.» «Ella es ideas, sentimientos, impulsos y recuerdos. Ha permanecido en el olvido durante mucho tiempo.»

La Mujer Salvaje que describe Estés forma parte de una mujer que conoce la verdad, que tiene acceso a su naturaleza femenina instintiva y el reino arquetípico, y puede recurrir a la sabiduría del cuerpo y del alma. Esta Mujer Salvaje —desde la perspectiva de Avalon— también forma parte de una mujer que reconoce a la Diosa y, en momentos sagrados, se convierte en la Diosa.

Una historia que nos reafirma en el camino que nuestra alma ha escogido

está impregnada de verdad y es una fuente de inspiración, esperanza y significado. Cuando leí *Passages About Earth (Pasajes sobre la Tierra)* de William Irwin Thompson, me atrajeron especialmente algunas de las palabras utilizadas para resumir un libro de Doris Lessing porque podían aplicarse a las imágenes e intuiciones que había experimentado durante mi peregrinación. Me he tomado la licencia de reproducir y señalar en cursiva los pasajes que más me impresionaron:

> En una ocasión los dioses se reunieron y decidieron enviar otra expedición al planeta Tierra. Se redactaron una serie de instrucciones para preparar el descenso. Los enviados se convertirían en humanos y perderían toda memoria de su divinidad. *Su misión consistiría en reconocerse entre ellos en la Tierra, recuperar la memoria a través de la intuición y volver a reunirse con todos los miembros de la expedición*.
>
> *En la oscuridad que cubría la Tierra, aquellos individuos y lugares sagrados eran puntos de luz dispersos que formaban un red que se extendía por las tinieblas: un grupo de personas dispersas por toda la superficie del planeta y unidas por una sola red de luz.*

Contar nuestra propia historia

La peregrinación que describo en este libro tuvo lugar en mayo de 1986. Escribí el primer borrador del libro entre diciembre de 1986 y abril de 1987, y después lo dejé abandonado hasta principios de 1990, cuando creí que estaba preparada para volver a trabajar de nuevo en él. Pero los acontecimientos de la vida influyeron en mi decisión. En primavera mi hijo tuvo que someterse a una delicada intervención quirúrgica y necesitó mi ayuda durante todo el tiempo que duró su recuperación. Como madre y como médico, consagré mi corazón, mi mente y mis energías a acompañarle durante aquel importante trayecto de su camino. Después llegó el verano, y con él el momento de volver a escribir, pero en junio asistí embelesada a una representación de la ópera de Richard Wagner *El Anillo de los Nibelungos,* que interpreté como una obra que trataba el tema del patriarcado y las relaciones disfuncionales. Mi creatividad cambió repentinamente de dirección como si se tratara de un embarazo imprevisto y, en lugar de continuar con el manuscrito, escribí *Ring of Power: The Abandoned Child, The Authoritarian Father, and the Disempowered Feminine,* que se publicó en 1992. (Edición española: *El anillo del poder,* Barcelona: Ediciones Obelisco, 1997 y Editorial Kairós, 2012.)

En enero de 1993, volví a recuperar el primer borrador del libro y las notas que tomé al revisarlo en 1990. Leí todo lo que había escrito y supe que sólo hacía falta añadir algunos detalles y realizar correcciones puntuales. Se han publicado muchos libros sobre la Tierra, teología feminista, arqueología de la diosa, espiritualidad de las mujeres, consciencia planetaria, ecología y otras áreas del pensamiento que apoyan la tesis de una emergente «consciencia de la diosa». Mi historia relata cómo ocurrió para mí.

En realidad el manuscrito no necesitaba seis años de trabajo para estar listo, pero yo necesitaba tiempo para superar la fase «en el bosque» de mi vida, ver cómo mis dos hijos se convertían en dos jóvenes adultos y superar mi reticencia a aceptar la «misión» de contar mi propia historia, cosa que va en contra de mi profesión como psiquiatra y el recelo con que siempre he protegido mi intimidad.

Durante los ocho años que han transcurrido desde la peregrinación he

podido disfrutar de una excelente salud, de modo que la posibilidad de sufrir una grave enfermedad indicada por aquella mujer psíquica en Holanda no se materializó. Es posible que al pasar por un cruce eligiera el camino que me alejó de esa posibilidad. Cambié mi forma de vida, entré en una tranquila menopausia y empecé a apreciar la compañía de una alegre niña interior. Freya, cuyo diagnóstico de cáncer la situaban entre la vida y la muerte, eligió el camino de la vida y superó el pronóstico de cinco años de vida más hace ya cuatro años.

Ambas entramos en el reino del arquetipo de Hécate, la sabia anciana, diosa griega de las encrucijadas, que también simboliza la etapa de la vida posterior a la menopausia. Yo tuve mi último período en Glastonbury; la histerectomía de Freya le provocó una menopausia prematura.

Hécate era una poderosa divinidad preolímpica que, situada en una bifurcación del camino, podría ver de dónde venía el viajero y adonde le llevaría cada uno de los dos caminos que podía elegir. Hécate podía ver los tres caminos, *trivia* en latín. Al igual que todas las diosa prepatriarcales, Hécate fue *trivializada.* Como arquetipo, sigue existiendo en el límite entre la consciencia diurna y la nocturna, en la penumbra de la imaginación, la intuición y la visión. Como diosa se la asociaba a las cuevas, que simbolizan el útero y la tumba de la Gran Madre, puntos de conexión entre el mundo subterráneo y el mundo exterior. En una cultura que temía y rechazaba a las mujeres ancianas, la diosa Hécate se caricaturizó como una horrible bruja con su caldero, una mezcla de elementos mitológicos griegos y celtas, de Hécate y Cerridwen, la Gran Madre celta cuyo caldero de abundancia, regeneración y renacimiento, inspiración y sabiduría, era el Grial precristiano.

Los períodos de oscuridad, las etapas en el bosque y el mundo subterráneo son etapas de nuestra vida en que estamos en el caldero, y somos más conscientes que durante los períodos normales de la necesidad y posibilidad de regeneración y sanación, en lugar de rendición y elección.

Somos vulnerables y susceptibles de cometer errores, tenemos un alma y unas tinieblas y debemos abrimos camino en la vida determinando quiénes somos con las decisiones que tomamos. En mi opinión, la vida nos exige constantemente que tomemos decisiones y elijamos entre varias posibilidades. Los grandes y pequeños momentos de claridad que definen lo que se incluye o se excluye de un libro pueden compararse a los grandes y pequeños momentos de claridad que nos permiten decidir que añadimos o suprimimos en nuestra vida. Estas decisiones dan forma a nuestra vida, que en esencia es un viaje espiritual.

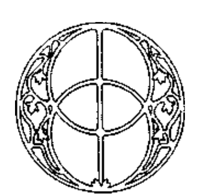
Si la Diosa regresa al mundo como el Grial que sanará el patriarcado, si la Diosa penetra en la consciencia de la humanidad como apreciación de la sagrada feminidad en sus múltiples expresiones, si la Diosa emerge en el tiempo, lo hará porque los hombres y las mujeres reconocen y expresan lo que saben. La Diosa viene a nosotros de formas muy íntimas y experimentales. *Para precipitar una transformación paradigmática en la cultura que cambiará nuestras presunciones y actitudes, algunos de nosotros debemos contar la historia de nuestras revelaciones y transformaciones personales.*

Este libro siempre ha sido y será muy significativo para mí porque es parte

de mi historia personal que, hasta ahora, había mantenido en la más estricta intimidad. Sea cual sea su destino, espero que se le trate con amabilidad y respeto pero, más que eso, espero que mi historia recuerde o despierte en ti tu propio viaje espiritual y los momentos de revelación y verdades profundas que son tu propia percepción del Grial o experiencia de la Diosa.

En la fábula alegórica de Barry Lopez *El cuervo y la comadreja,* dos amigos regresan a casa después de un largo viaje cuando encuentran a Badger. Ellos le cuentan dónde han estado y qué les ha ocurrido. Ella sabe que lo importante no sólo es el viaje, sino también la historia, y les explica por qué:

Las historias que cuentan las personas sirven en cierto modo para cuidar de sí mismas. Si las historias vienen a ti, cuida de ellas. Y aprende a desprenderte de ellas cuando alguien las necesite. En ocasiones una persona necesita más una historia que alimento para seguir viva.



Ámate a ti mismo en *tu* viaje.

Fin